

SOLO PARA PARTICIPANTES
DOCUMENTO DE REFERENCIA
DDR/2
4 de noviembre de 2014
ORIGINAL: ESPAÑOL

Primera Reunión de la Mesa Directiva de la Conferencia Regional
sobre Población y Desarrollo de América Latina y el Caribe

Santiago, 12 a 14 de noviembre de 2014

LA NUEVA ERA DEMOGRÁFICA EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

La hora de la igualdad según el reloj poblacional

CELADE-División de Población

Este documento fue elaborado por Tim Miller, Oficial de Asuntos de Población; Paulo Saad, Jefe del Área de Población y Desarrollo; Ciro Martínez y Juan José Calvo, consultores, todos del Centro Latinoamericano y Caribeño de Población y Desarrollo (CELADE)-División de Población de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Fue preparado para ser utilizado como material de referencia durante la Primera Reunión de la Mesa Directiva de la Conferencia Regional sobre Población y Desarrollo de América Latina y el Caribe, que se celebrará en Santiago del 12 al 14 de noviembre de 2014.

Las opiniones expresadas en este documento, que no ha sido sometido a revisión editorial, son de exclusiva responsabilidad de los autores y pueden no coincidir con las de la Organización.

Las denominaciones empleadas en los mapas y la forma en que aparecen presentados los datos que contienen no implican, de parte de la Secretaría de las Naciones Unidas, juicio alguno sobre la condición jurídica de países, territorios, ciudades o zonas, o de sus autoridades, ni respecto de la delimitación de sus fronteras o límites.

Índice

Resumen	5
Introducción	7
I. La nueva era demográfica en América Latina y el Caribe.....	9
A. La experiencia demográfica de las personas	9
1. Una vida más prolongada.....	9
2. Un bajo nivel de fecundidad	13
3. La equiparación de oportunidades desde la demografía	15
B. La experiencia demográfica de las poblaciones	17
1. La gran convergencia	17
2. La pérdida de población por emigración	20
C. De la explosión demográfica a la estabilización	21
1. La reducción sustancial del crecimiento natural	21
2. Poblaciones declinantes.....	22
3. La importante recomposición relativa de las poblaciones mundiales y de la región.....	22
D. El cambio de la estructura por edad	26
1. Las “olas” de población	26
2. El fin de la sociedad juvenil	27
3. La dependencia demográfica	30
E. América Latina urbana	32
1. La urbanización	32
2. El crecimiento de las metrópolis y megalópolis	34
II. Los cambios demográficos y su impacto en la economía de América Latina y el Caribe.....	37
A. El surgimiento de las economías envejecidas	37
B. La propagación del bono y del impuesto demográfico en el mundo	40
C. El bono de la igualdad de género	42
D. La tasa de cambio demográfico	46
1. Cómo la educación de calidad se vuelve asequible	46
2. Cómo las pensiones decentes se vuelven más costosas.....	51
E. El aumento de las enfermedades crónicas y el predominio del gasto en el sector de la salud.....	55

F. El surgimiento del Estado intergeneracional.....	58
G. Las tres D: demografía, desigualdad y derechos	62
III. Conclusiones. Los elementos del cambio demográfico estructural y los desafíos y oportunidades que genera, en clave de realización de derechos humanos y de lucha contra la desigualdad	67
Bibliografía.....	71
Anexo.....	73

Resumen

Este documento tiene por objetivo principal mostrar los cambios demográfico-poblacionales estructurales que experimentan los países de América Latina y el Caribe desde una perspectiva de largo plazo, que abarca el período comprendido entre 1950 y 2100. Esos cambios son de tal magnitud que se propone la expresión “nueva era demográfica” para describirlos y abarcarlos. El estudio también procura demostrar que esas transformaciones tienen una importante incidencia en las oportunidades y desafíos presentes y futuros de la lucha contra la desigualdad.

En la primera parte se abordan los cambios ocurridos en la experiencia demográfica de las personas y las sociedades, deteniéndose en las modificaciones que se producen en la longevidad, la fecundidad, la urbanización, el crecimiento y sobre todo en la estructura etaria de la población. En la segunda parte el análisis se concentra en el impacto de estos cambios demográficos en la economía regional, prestando especial atención a las fuentes de oportunidades y desafíos en materia de realización de derechos humanos y de lucha contra la desigualdad. El análisis se detiene en el aprovechamiento del bono demográfico, particularmente en las posibilidades de invertir para mejorar la cobertura y la calidad de la educación y del bono de género; el surgimiento de las sociedades envejecidas y los desafíos futuros que deberán enfrentarse para financiar la sostenibilidad de los sistemas de pensiones, de salud y cuidados. El último apartado resume las principales conclusiones y recomendaciones desarrolladas a lo largo del documento.

Introducción

La necesidad de generar evidencias, análisis y reflexiones acerca de las implicaciones de los cambios demográficos en la desigualdad y el ejercicio de los derechos humanos con un enfoque de largo plazo está claramente estipulada en el mandato establecido por el Consenso de Montevideo, un instrumento acordado en 2013 por los países de América Latina y el Caribe, congregados en la Primera reunión de la Conferencia Regional sobre Población y Desarrollo, y que brinda el marco conceptual para la implementación de las acciones en materia de población y desarrollo durante las próximas décadas en la región. En el Consenso se adoptan, profundizan y extienden en el tiempo los acuerdos alcanzados en la Conferencia Internacional sobre la Población y Desarrollo (CIPD), celebrada en El Cairo en 1994, y en sus posteriores revisiones, incluida aquella realizada al cumplirse los 20 años de su aprobación, que es de la que emana puntualmente el Consenso, entre otros acuerdos logrados durante la 47ª sesión de la Comisión sobre Población y Desarrollo de las Naciones Unidas, que se llevó a cabo en Nueva York en abril de 2014.

Este documento se inscribe en este mandato, y por lo tanto tiene por objetivo principal mostrar los cambios demográfico-poblacionales estructurales que experimentan los países de América Latina y el Caribe desde una perspectiva de largo plazo, que abarca el período comprendido entre 1950 y 2100, y demostrar que esos cambios tienen una importante incidencia en las oportunidades y desafíos presentes y futuros de la lucha contra la desigualdad.

Si bien desde una mirada de largo aliento, el comportamiento demográfico de América Latina y el Caribe se alinea y converge con el de otras regiones del mundo, también posee características particulares que lo distinguen, fruto del momento en que se iniciaron las transiciones demográfica, epidemiológica y urbana de sus países, la velocidad a la que ocurrieron, la diversidad de situaciones entre y dentro de ellos, y especialmente el contexto de heterogeneidad estructural y su principal consecuencia en el plano social, la desigualdad, que se expresa con mayor persistencia y profundidad que en otras regiones del mundo.

La magnitud y la velocidad de los cambios poblacionales esperados en el período considerado son de tal envergadura que podría acuñarse la expresión “nueva era demográfica” para englobarlos. Entre las transformaciones ya ocurridas durante la segunda mitad del siglo XX se cuentan el intenso crecimiento del volumen de la población de la región (que pasó de 161 millones de habitantes en 1950 a 512 millones en 2000), el avance acelerado del proceso de transición demográfica, el enlentecimiento del ritmo de crecimiento y el reperfilamiento urbano de la población. Y entre los cambios que ocurrirán, si bien las proyecciones para el presente siglo

aún suponen un aumento de la población (hasta 734 millones en 2050, aunque habrá un descenso posterior, a 687 millones en 2100), las principales modificaciones se observarán en la estructura por edad de la población, con el avance y la profundización del proceso de envejecimiento.

En los distintos momentos, los diferentes contextos demográficos dieron y darán lugar a oportunidades y desafíos específicos para las políticas que buscan la igualdad y el desarrollo centrado en las personas. Este documento pretende reflexionar y compartir ideas sobre estas oportunidades y posibles obstáculos, sobre la base de proyecciones de la población de largo plazo y de nuevos desarrollos metodológicos en el campo de las cuentas nacionales de transferencias.

La estructura del documento contempla una primera parte que aborda los cambios ocurridos en la experiencia demográfica a nivel individual y colectivo, deteniéndose en las modificaciones que se producen en la longevidad, la fecundidad, la urbanización, el crecimiento y, muy especialmente, en la estructura por edad de la población.

En la segunda parte, el análisis se concentra en el impacto de estos cambios demográficos en la economía regional, poniendo especial atención en las fuentes de oportunidades y de desafíos en materia de realización de derechos humanos y de lucha contra la desigualdad. Así, este apartado se detiene en el aprovechamiento del bono demográfico, particularmente en las posibilidades de inversión en la mejora de la cobertura y la calidad de la educación y del bono de género; el surgimiento de las sociedades envejecidas y los desafíos futuros que deberán enfrentarse en materia de financiamiento para la sostenibilidad de los sistemas de pensiones, de salud y cuidados. El último apartado resume las principales conclusiones y recomendaciones desarrolladas a lo largo del documento.

I. La nueva era demográfica en América Latina y el Caribe

A. La experiencia demográfica de las personas

1. Una vida más prolongada

Entre los cambios demográficos más relevantes ocurridos en América Latina y el Caribe en las últimas seis décadas se encuentran el descenso de la fecundidad y sus consecuencias sobre la estructura por edad de la población —la reducción del peso y del volumen de los grupos de jóvenes y adultos—, y el gran incremento de su volumen. En el mediano y largo plazo se sentirá el impacto de otro cambio también muy importante y que va a tener un efecto directo sobre la vida de las personas: el incremento de la longevidad. Desde el quinquenio de 1950-1955 hasta la actualidad (2010-2015), un habitante de la región ganó en promedio más de 23 años en la duración de su vida —un incremento de casi 4 años por cada década transcurrida—, hasta alcanzar la esperanza de vida promedio actual de casi 75 años.

En el contexto mundial, el incremento de la esperanza de vida regional ha sido notable. La distancia con los países más desarrollados se redujo a la mitad en el período señalado. De una mediana¹ de la esperanza de vida de 55,7 años en 1950-1955, más de 10 años inferior a la mediana de las regiones desarrolladas, se llegó a un valor de 74,7 años en la actualidad, inferior en alrededor de cinco años a la de las regiones desarrolladas (véase el gráfico 1).

La esperanza de vida ha experimentado una mejora aún mayor en Asia y Oceanía; en el primer caso, su mediana se incrementó 25 años, y la distancia de este indicador respecto del de Europa y América del Norte se redujo de alrededor de 20 años en el período 1950-1955 a solo 5 y 6 años, respectivamente, en el presente quinquenio. En la actualidad, Asia, América Latina y el Caribe y Oceanía —algo rezagada— registran niveles muy similares de medianas de la esperanza de vida; los países desarrollados se mantienen ligeramente por encima de ellos y solo África, a pesar de haber logrado una mejora sustancial —cerca de 20 años en las décadas pasadas—, permanece con un retraso de otros 20 años frente a los países desarrollados.

No obstante la espectacularidad de estos cambios, la evolución que se presenta en el gráfico 1 llama la atención sobre otra tendencia que tiene una importancia trascendental en el análisis de los escenarios demográficos futuros. Se trata de la marcada convergencia entre

¹ En este documento se da preferencia al uso de la mediana sobre los promedios ponderados. La mediana es el valor del indicador a partir del cual la mitad de los países están por encima y la otra mitad por debajo. Al dar a todos y cada uno de los países el mismo peso en la distribución, se evita el sesgo hacia los valores de los países más grandes que se produce al usar los promedios ponderados.

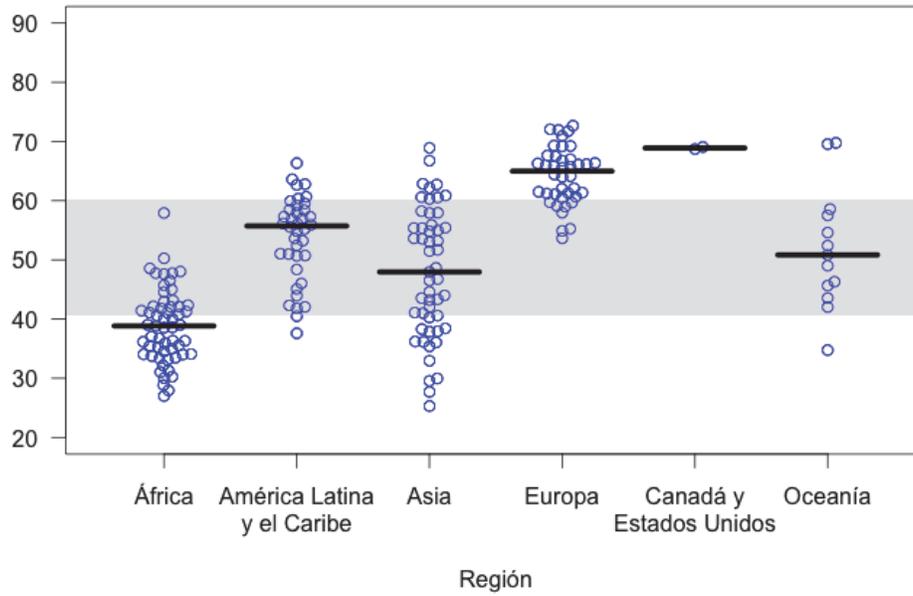
regiones y países. El gráfico permite observar que se ha reducido de manera sustancial tanto la variabilidad de la esperanza de vida entre las regiones del mundo como entre los países dentro de ellas. Claramente se aprecia que, a medida que se reducen las diferencias entre las regiones, los países de cada región se van aglomerando de manera cada vez más estrecha alrededor de la mediana, con la excepción de África, donde aparentemente la dispersión aumenta.

Las cifras corroboran esta convergencia hacia niveles altos de la esperanza de vida: en 1950-1955 la mitad de los países que se aglutinaban alrededor de la mediana (cuartil 2 y cuartil 3, representados por la franja gris en los gráficos) alcanzaban esperanzas de vida de entre 40 años y 60 años, mientras que en 2010-2015 la mitad registraba valores de entre los 66 años y los 77 años. La diferencia en la esperanza de vida entre los países del primer y del tercer cuartil de la distribución descendió de 19,7 años en 1950-1955 a 14,8 años en 1980-1985, para llegar a los 11,8 años en el quinquenio actual (2010-2015).

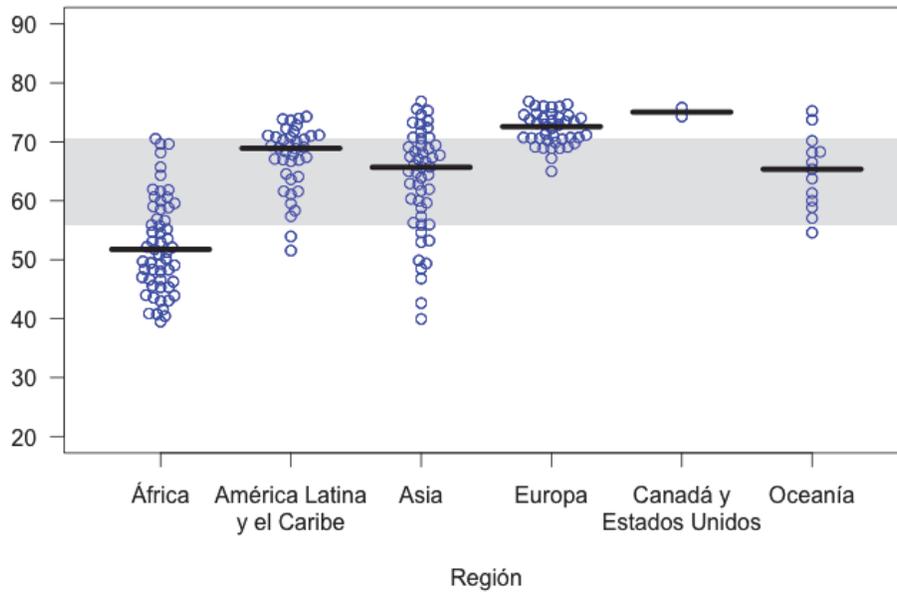
El aumento de la esperanza de vida en América Latina y el Caribe se ha logrado en buena medida por la reducción de la mortalidad en las edades tempranas, sobre todo de la mortalidad infantil. La reducción de la mortalidad en la infancia ha sido un logro generalizado en la región y, como resultado, se observa una marcada convergencia hacia niveles bajos de esta variable. Sin embargo, es necesario señalar que aún persisten diferencias significativas, relacionadas con las limitaciones diferenciales que impone la situación de pobreza e inequidad prevaeciente en la región. De acuerdo con estimaciones de las Naciones Unidas, Bolivia (Estado Plurinacional de) y Haití presentaban niveles de mortalidad infantil superiores a las 40 defunciones por cada mil nacidos vivos en 2010, mientras que otros países como Chile, Costa Rica y Cuba ya registraban tasas iguales o inferiores a las 10 defunciones por cada mil nacidos vivos (United Nations, 2013a). Es decir, se observaba una brecha de casi cinco veces entre los países más y menos avanzados en esta materia. Por otra parte, dentro de los países se mantienen brechas significativas entre las zonas urbanas y rurales y entre grupos socioeconómicos y de población. Hacia 2010, la mortalidad infantil de las zonas rurales era 1,4 veces la de las zonas urbanas (CEPAL, 2010), y en algunos países, como Panamá y el Perú, esa distancia era de casi tres veces. Las diferencias según el nivel educativo siguen siendo muy marcadas: dentro de la región hay países en los que la sobremortalidad de los hijos de las madres de menor nivel educativo llega a representar cinco veces la de los hijos de aquellas con mayor nivel de escolaridad. La población indígena registra sistemáticamente los niveles más altos de mortalidad infantil en comparación con otros grupos de la población de los respectivos países. En el Ecuador, Panamá, el Paraguay y Venezuela (República Bolivariana de) los niños indígenas tienen probabilidades de morir antes de cumplir un año entre dos y tres veces mayores que la de los niños no indígenas.

GRÁFICO 1
ESPERANZA DE VIDA POR PAÍSES Y REGIONES, 1950-1955 A 2010-2015^a

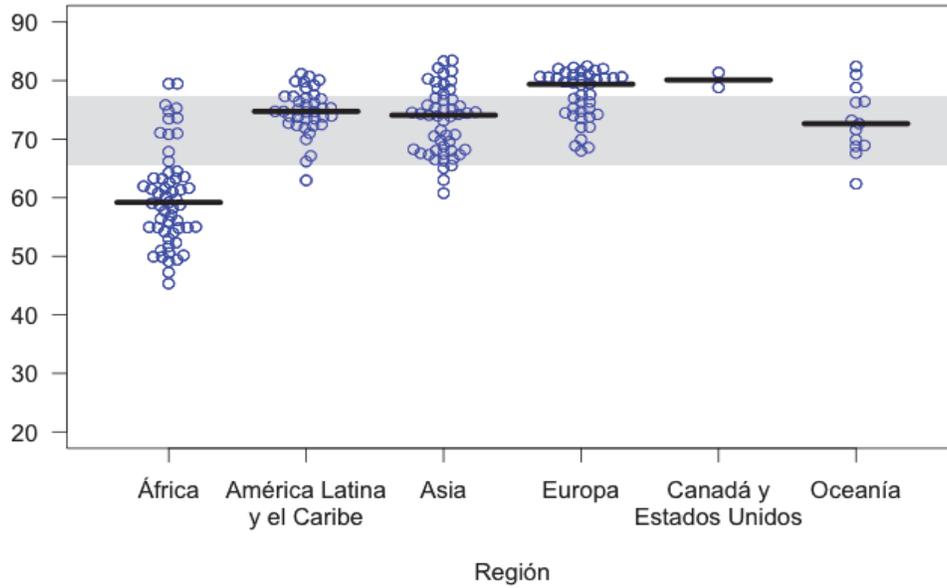
A. 1950-1955



B. 1980-1985



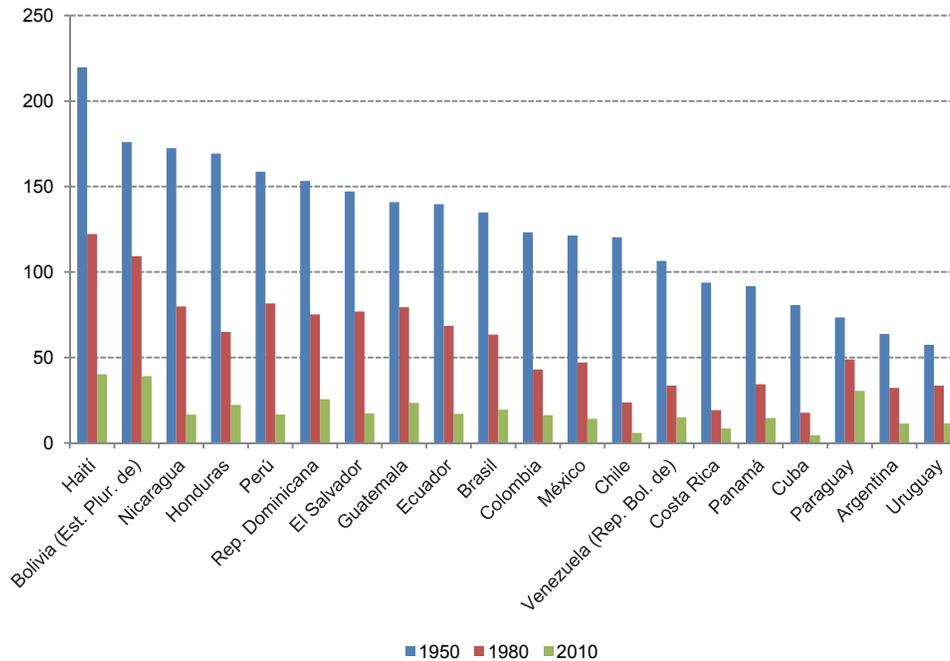
c. 2010-2015



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013.

^a Cada país está representado por un círculo. La mediana de cada región está marcada con una línea.

GRÁFICO 2
AMÉRICA LATINA: EVOLUCIÓN DE LA TASA DE MORTALIDAD INFANTIL, 1950-2010



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013.

2. Un bajo nivel de fecundidad

Uno de los rasgos sobresalientes del cambio demográfico ocurrido en la región a partir de la primera mitad del siglo XX ha sido el descenso acelerado de la fecundidad. Desde entonces, América Latina y el Caribe ha pasado de tener índices reproductivos que estaban entre los más altos del mundo, con una tasa global de fecundidad (TGF) de casi 6 hijos por mujer en el quinquenio 1950-1955, a un nivel actual menor a 2,2 hijos por mujer. Este valor está ligeramente por debajo de la mediana mundial (2,3 hijos por mujer), es similar al de Asia y menor que el de África y Oceanía, pero aún se encuentra por encima del de los países desarrollados, aunque ya está prácticamente situado en el llamado “nivel de reemplazo generacional”².

Una mirada a la evolución de la fecundidad en las seis décadas pasadas muestra que el ritmo de descenso de esta variable fue realmente acelerado: una reducción de casi 4 hijos por mujer en la fecundidad promedio de la región en ese lapso (véase el gráfico 3). En el contexto mundial, América Latina y el Caribe y Asia fueron las regiones que registraron los ritmos más acelerados de reducción durante todo ese período, mientras que los países desarrollados (Europa y América del Norte), que vivieron antes la fase más intensa de esta transformación, pasaron a tener una fecundidad por debajo del nivel de reemplazo en la década de 1980, con escasas modificaciones posteriores.

El examen aún más detallado deja en claro que el descenso de la fecundidad en América Latina y el Caribe fue más intenso en las tres décadas iniciales del período y se atenuó en los decenios más recientes. En el futuro pueden preverse descensos adicionales de la fecundidad en la región, pero pequeños, dado el escaso margen para modificaciones más allá del nivel de reemplazo.

Durante las seis décadas estudiadas se experimentaron períodos de divergencia y otros de convergencia de los niveles de fecundidad. En el gráfico 3 se puede apreciar la forma en que aumentó la dispersión de los niveles de fecundidad de los países en el período comprendido entre los quinquenios 1950-1955 y 1980-1985, y se tornaron menos dispersos entre la década de 1980 y la actualidad. Los datos que subyacen a ese gráfico indican que en 1950 el 50% intermedio de los países (la franja sombreada del gráfico) tenía niveles de fecundidad de entre 4,2 y 6,7 hijos por mujer, y la diferencia promedio entre los países del primer y el tercer cuartil era de 2,6 hijos por mujer. En 1980-1985 la dispersión aumentó: la diferencia intercuartílica pasó a 4 hijos por mujer. Hoy en día, el 50% intermedio de los países registra entre 1,8 hijos y 3,8 hijos por mujer, con una distancia intercuartílica de 2 hijos por mujer, inferior a la que se observaba en el período inicial.

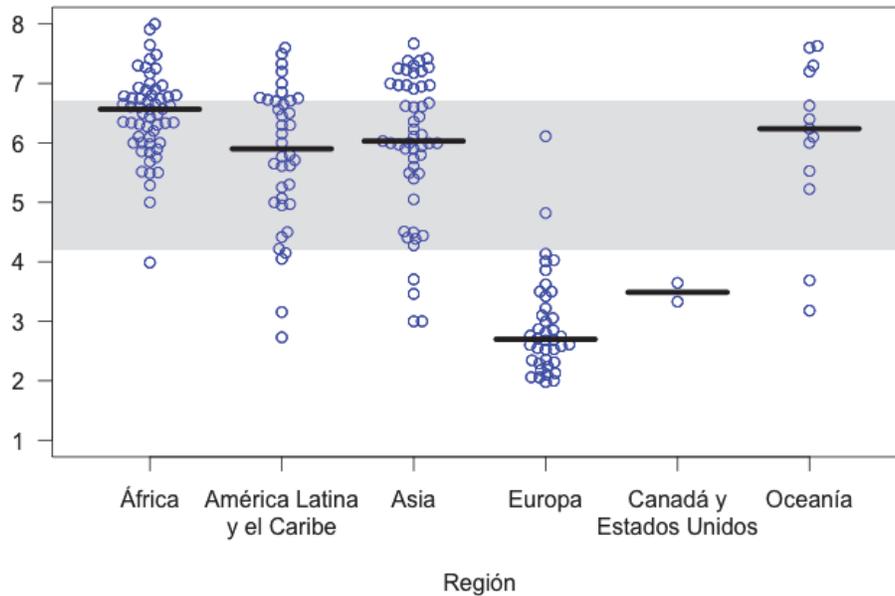
Si bien este es el panorama promedio mundial, los períodos de divergencia y convergencia de los niveles de fecundidad se presentaron de manera asincrónica en las distintas regiones. En las desarrolladas las tasas de fecundidad de los países mostraron una tendencia convergente durante todo el período observado, mientras que en América Latina y el Caribe la dispersión aumentó entre 1950-1955 y 1980-1985, lo que coincide con el inicio y la aceleración del proceso de transformación de la fecundidad, para después adoptar un comportamiento convergente entre la década de 1980 y el momento actual. Aproximadamente el mismo comportamiento ocurrió en Asia y Oceanía, aunque el cambio ha sido más rápido en América Latina y el Caribe, que actualmente tiene la menor dispersión de niveles de fecundidad entre las regiones menos desarrolladas. Mientras tanto, en África esta dispersión recién está aumentando en la actualidad. Este panorama pone de relieve la existencia de una asociación entre las etapas de inicio y de mayor cambio de la fecundidad y el grado de dispersión o convergencia de los niveles entre los países y las regiones.

² Se trata del nivel de fecundidad necesario para asegurar la sustitución de una generación por otra de igual tamaño. Corresponde aproximadamente a una tasa total de fecundidad de 2,1 hijos por mujer, la que a su vez corresponde a una tasa neta de reproducción de una hija por mujer. La tasa neta de reproducción es igual a la tasa total de fecundidad multiplicada por la proporción que representan los nacimientos femeninos en los nacimientos totales y por las probabilidades de sobrevivencia de las mujeres hasta el fin de su vida reproductiva.

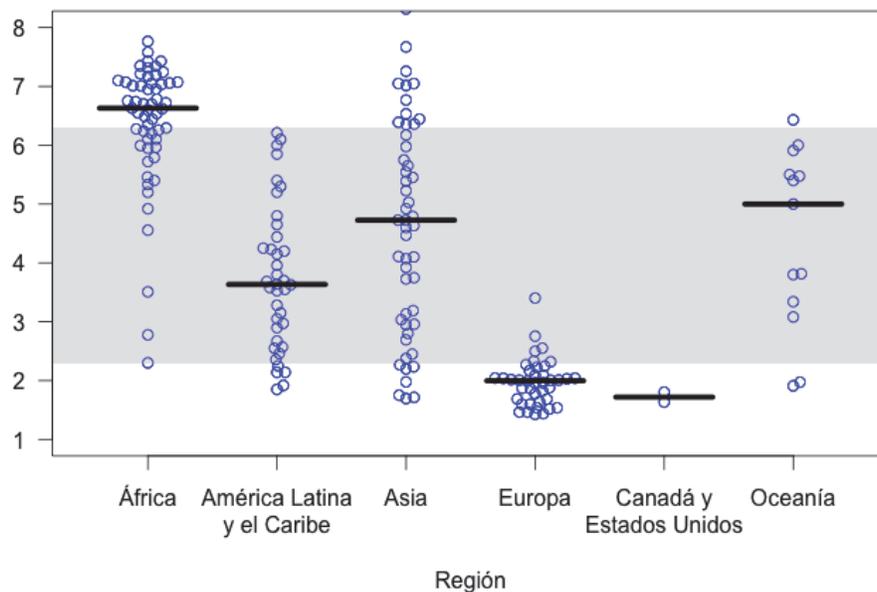
La convergencia de los niveles de fecundidad observada en el pasado más reciente continuará hacia el futuro, y es parte de una tendencia global. Entonces, en el escenario demográfico de la región, se observarán niveles bajos de fecundidad en la mayoría de los países. Incluso puede preverse una marcada convergencia de esos niveles dentro de los países, entre grupos sociales y divisiones territoriales, lo que obedece a la adopción extendida de patrones reproductivos proclives a una baja fecundidad.

GRÁFICO 3
TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD POR PAÍSES Y REGIONES, 1950-1955 A 2010-2015^a

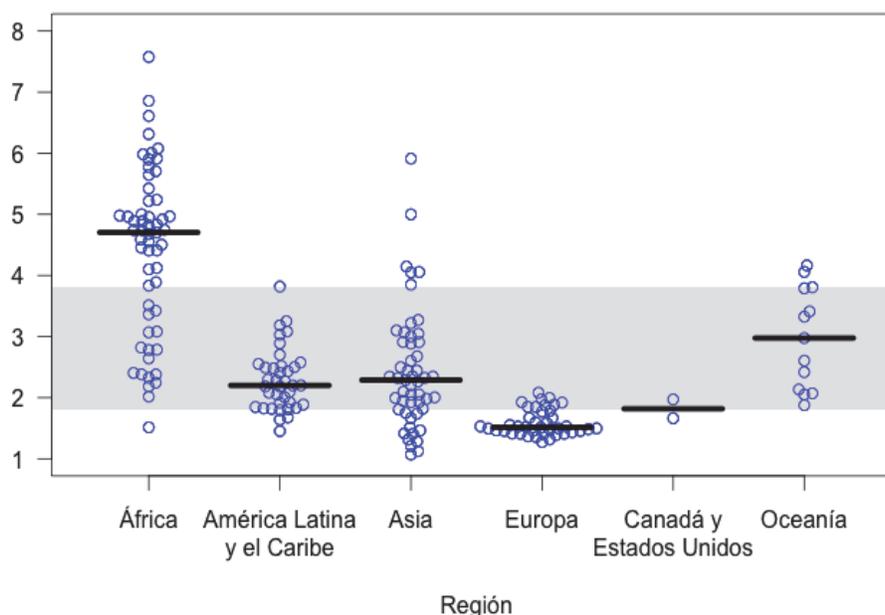
A. 1950-1955



B. 1980-1985



C. 2010-2015



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013.

^a Cada país está representado por un círculo. La mediana de cada región está marcada con una línea.

3. La equiparación de oportunidades desde la demografía

Las proyecciones demográficas disponibles permiten prever la que sería la tendencia o la característica clave de la nueva era demográfica de América Latina y el Caribe: la convergencia conjunta de casi todos los países hacia niveles bajos de fecundidad y hacia una esperanza de vida prolongada. En el gráfico 4 se representa la conjunción de estos dos fenómenos. En 1950, la mitad de los países se concentraba en un área de altos niveles de fecundidad (entre 6 y 7 hijos por mujer) y de baja esperanza de vida (entre 44 años y 57 años). Las diferencias entre cuartiles eran de 13,4 años en la esperanza de vida y de solo 0,7 hijos por mujer en la fecundidad. Únicamente los países que experimentaron procesos de transición demográfica más tempranos (Argentina, Chile, Cuba y Uruguay) aparecían por debajo de esa área en ambos indicadores.

Hacia 1980 se pueden apreciar los efectos del cambio demográfico estructural causado principalmente por el descenso de la fecundidad, pero también por las ganancias apreciables en la esperanza de vida. Si bien la dispersión en este último indicador disminuyó (con una diferencia intercuartílica de 9,3 años), la de la fecundidad aumentó (con una diferencia intercuartílica de 1,6 hijos por mujer). Desde entonces hasta hoy la transformación ha sido muy significativa: la mayoría de los países se concentra en un área de alta esperanza de vida (entre 73,2 y 77,1 años) y de baja fecundidad (entre 2,1 y 2,7 hijos por mujer). Ya en 2010 la diferencia en la tasa de fecundidad era de solo 0,5 hijos por mujer. Esto significa que los países tenían prácticamente los mismos niveles de fecundidad y muy similares en la esperanza de vida —con excepción de Bolivia (Estado Plurinacional de), Guatemala y Haití.

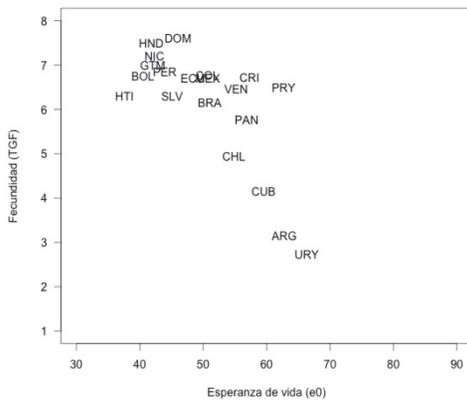
En el futuro, la convergencia de estas dos variables se acentuará. En 2040 todos los países, incluso los más atrasados en el proceso, tendrían tasas de fecundidad inferiores a 3 hijos por mujer; la mayoría registraría tasas de alrededor de 2 hijos por mujer, y la mitad estaría entre los 1,8 y los 2 hijos por mujer. Todos los países superarían los 70 años de esperanza de vida; la mayoría se encontraría en una franja de entre 75 años y 88 años, y la mitad se situaría entre los 79,4 años y los 82,6 años. En 2070, todos los países estarían por encima de los 75 años de esperanza de vida, la

mitad entre los 83,8 y los 86,2 años. Respecto de la fecundidad, las tasas por debajo del nivel de reemplazo serán un fenómeno prácticamente generalizado en los países de la región, y los valores entre ellos serían muy similares.

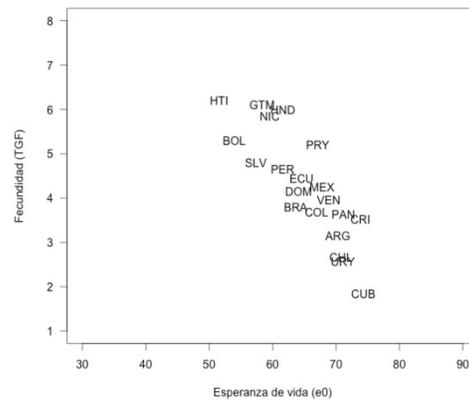
El escenario indica que las inercias demográficas proporcionan a la región mejores oportunidades para avanzar en el propósito de reducir la desigualdad socioeconómica. Sin embargo, este es solo el escenario que surge de las proyecciones de población sobre la base de las tendencias del pasado. En la realidad, la persistencia de las desigualdades socioeconómicas características de la región podría convertirse en un impedimento considerable para capitalizar las oportunidades demográficas y convertirlas en avances hacia la igualdad. Lo que efectivamente se logre en este sentido dependerá de que se adopten medidas tanto en el ámbito macroeconómico (transformación productiva, regímenes fiscales progresivos) como en el político (afianzamiento de la democracia) y el social (educación y protección social), además de las medidas necesarias para no retroceder en la transformación de los comportamientos reproductivos (con una mirada especial a las y los adolescentes), como se discutirá más adelante.

GRÁFICO 4
AMÉRICA LATINA: ESPERANZA DE VIDA Y TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD POR PAÍSES, 1950-1955 A 2070-2075

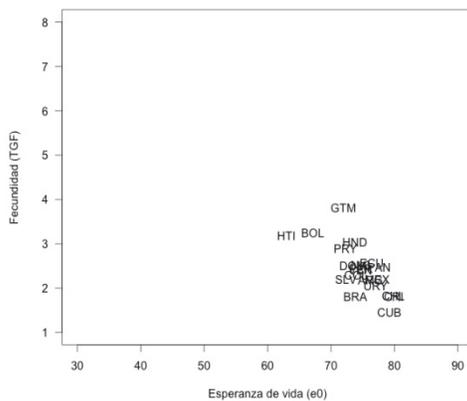
A. 1950-1955



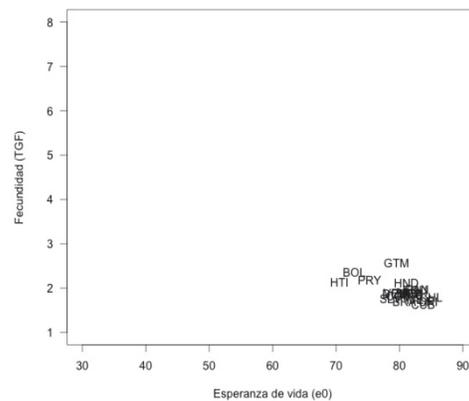
B. 1980-1985

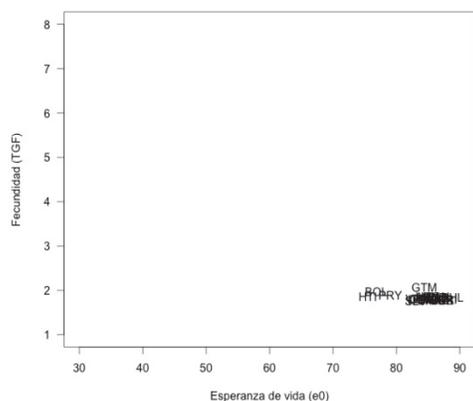


C. 2010-2015



D. 2040-2045



E. 2070-2075

Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013.

B. La experiencia demográfica de las poblaciones**1. La gran convergencia**

En la primera sección de este capítulo se ha presentado la experiencia demográfica de individuos promedio de los países utilizando la TGF (hijos promedio de una mujer) y la esperanza de vida al nacer (duración media de la vida de las personas). En este apartado se expone la evolución demográfica de las poblaciones en conjunto, utilizando como indicadores la tasa bruta de natalidad, la tasa bruta de mortalidad y la tasa de crecimiento natural.

En las seis décadas pasadas, todos los países de la región experimentaron un proceso de transición demográfica³, aunque con inicios desfasados en el tiempo y con ritmos dispares. En general, el ritmo de esta transición puede considerarse muy acelerado frente a la experiencia anterior de los países desarrollados. Este proceso se ve reflejado en la evolución de los niveles de la natalidad y la mortalidad. En el quinquenio 1950-1955, la mediana de la tasa de natalidad de la región era de 46 nacimientos por cada mil habitantes, en el de 1980-1985 había pasado los 32 por mil, y en la actualidad se sitúa en los 20 por mil. La mediana de la tasa bruta de mortalidad bajó de 17 defunciones por cada mil nacidos vivos a 8 por mil y a 6 por mil, respectivamente, en los períodos mencionados⁴. Como respuesta a estos cambios de la natalidad y la mortalidad, la tasa mediana de crecimiento natural bajó de 28 personas por cada mil a 25 por mil (1980-1985) y a menos de 15 por mil en el transcurso de las seis décadas.

Dos características resaltan al principio del período (1950-1955): una alta dispersión de las tasas brutas de mortalidad, que variaban desde alrededor de 10 defunciones por cada mil nacidos vivos en la Argentina, Cuba, el Paraguay y el Uruguay, hasta alrededor de 25 por mil en Bolivia (Estado Plurinacional de), Haití y Honduras (véase el gráfico 5). En cambio, se observaba una menor dispersión de la tasa bruta de natalidad, puesto que la mayoría de los países se agrupaban en niveles de entre 40 y 60 nacimientos por cada mil habitantes, con excepción de los

³ Se llama transición demográfica al proceso por el que todos los países pasan de tener tasas de crecimiento demográfico bajas, con niveles de natalidad y mortalidad altos, a registrar tasas de crecimiento también bajas, pero con tasas de natalidad y mortalidad igualmente bajas (al respecto, véase CEPAL, 2009).

⁴ Las tasas brutas de natalidad y mortalidad están afectadas por la estructura etaria de las poblaciones, y esto incide en la comparabilidad entre los países y entre las tendencias futuras. Como se verá más adelante, en el futuro las tasas brutas de mortalidad volverán a aumentar en los países más avanzados en la transición demográfica, por el efecto de la edad. No obstante, las tasas brutas tienen la ventaja de permitir el análisis conjunto con el crecimiento natural, como se pretende en esta sección.

ya mencionados que iniciaron antes su transición: la Argentina, Cuba, Chile y el Uruguay. Esto último también sucedía con la tasa de crecimiento natural (marcada en el gráfico por las líneas diagonales), ya que casi todos los países tenían un crecimiento por encima de las 20 personas por cada mil, con la excepción de la Argentina y el Uruguay. Algunos países presentaban ya una transición demográfica más avanzada y registraban tasas de mortalidad relativamente bajas para esa época (entre 10 y 15 por mil), aunque con cierta heterogeneidad en los niveles de natalidad y de crecimiento natural alcanzados (entre 20 y 35 por mil y entre 10 y 23 por mil, respectivamente).

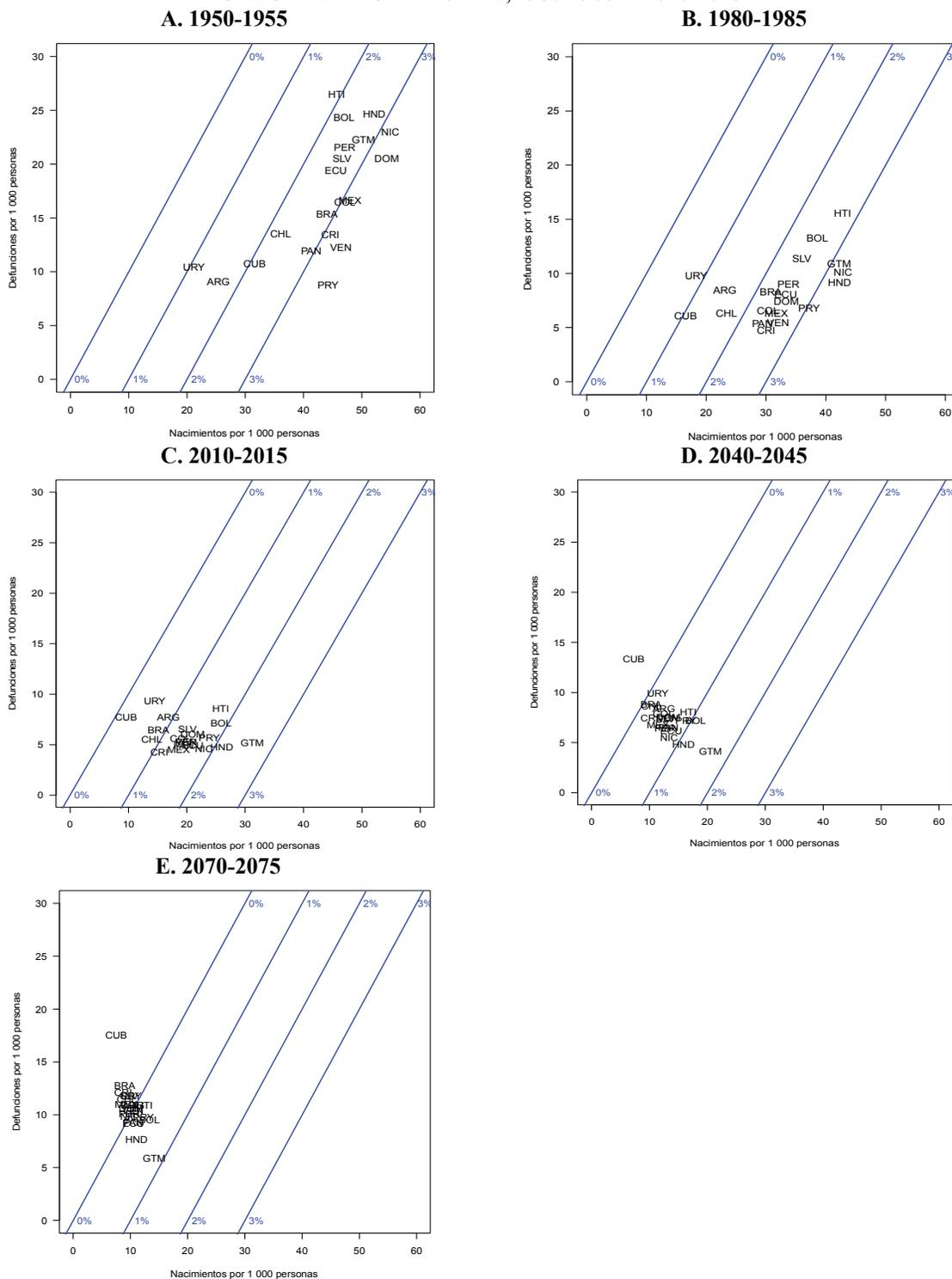
La secuencia presentada en el gráfico deja ver una evolución diferente de la natalidad, la mortalidad y el crecimiento en cuanto a la dispersión y la homogeneidad entre los países. Entre 1950-1955 y 1980-1985 hubo un descenso marcado de la mortalidad, acompañado de una reducción de la dispersión —como lo indica el paso de la diferencia intercuartílica de 9,6 a 3,6 puntos por mil. La natalidad también registró un descenso pronunciado, pero en este caso hubo un aumento de la dispersión —la diferencia intercuartílica pasó de 4 a 8 puntos por mil. El máximo de dispersión de la natalidad se presentó hacia la década de 1980, lo que puede estar relacionado con los inicios y avances dispares de la transición de la fecundidad de los países de la región. Hacia el momento actual, la convergencia de los niveles de mortalidad y natalidad ha continuado y los países se agrupan marcadamente en niveles bajos de ambas variables.

En la nueva era demográfica que se avecina, la región deberá estar preparada para una gran concentración de los países en niveles bajos de natalidad: todos tendrán tasas menores a los 20 nacimientos por cada mil en el quinquenio 2040-2045 e inferiores a 15 por mil en 2070-2075.

Otro fenómeno particular de la nueva era demográfica es que algunos países experimentarán incrementos de sus tasas brutas de mortalidad, como consecuencia de sus estructuras etarias envejecidas. Se destacan los aumentos de la mortalidad bruta en Cuba y el Uruguay hacia 2040-2045, pero después, hacia 2070-2075, prácticamente todos los países de la región habrán vivido este fenómeno, incluso aquellos de menor avance demográfico, como Guatemala y Honduras.

¿Qué implicaciones puede tener este panorama, de cumplirse, para las políticas públicas? Es un aspecto que se examinará más adelante con mayor detalle. Por ahora baste señalar que, por una parte, las menores presiones del crecimiento demográfico generarían una oportunidad para lograr un mejor balance entre los recursos y la población, mientras que por la otra, los aumentos de la mortalidad bruta están asociados con todo el proceso de envejecimiento y sus consecuentes demandas de atención más compleja y costosa en materia de salud y cuidados.

GRÁFICO 5
AMÉRICA LATINA: TASAS BRUTAS DE NATALIDAD, MORTALIDAD
Y CRECIMIENTO NATURAL, 1950-1955 A 2070-2075



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013.

^a Las líneas diagonales representan la tasa de crecimiento de las isocuantas marcadas al 0, 1, 2 y 3% de crecimiento anual.

2. La pérdida de población por emigración

Ante la reducción de la natalidad, y por lo tanto del crecimiento natural, la migración adquiere una importancia singular en el crecimiento y la distribución de la población en la región. En la década de 1990 y durante el primer decenio del presente siglo se produjo un significativo incremento de la emigración hacia los países desarrollados, hasta que esa tendencia se atenuó por la crisis internacional. Los efectos de esta crisis se han traducido en una moderación de los flujos migratorios hacia los países desarrollados y en la recomposición de los destinos, pues varios países latinoamericanos se transformaron en opciones alternativas (Argentina, Chile, Costa Rica, México y Panamá). También se ha observado un incremento de los flujos de retorno.

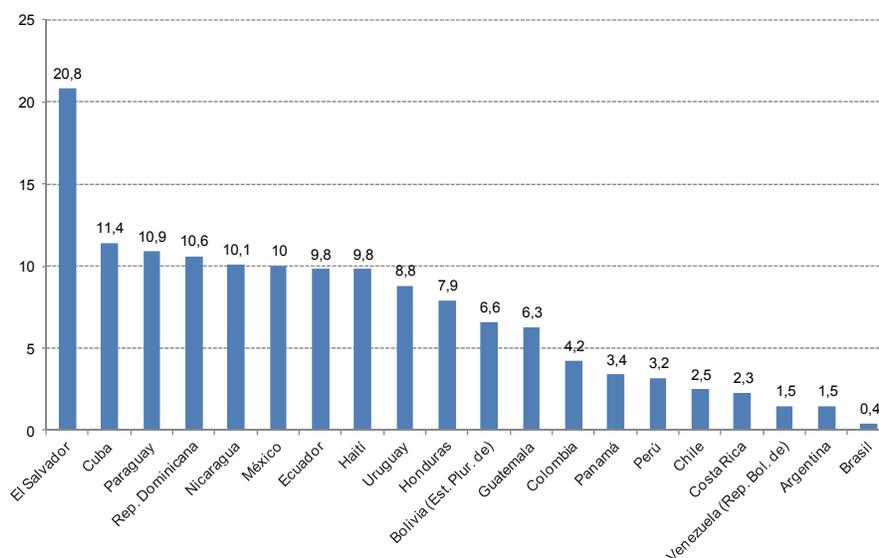
Aunque se trata de los *stocks* y no de flujos netos, el porcentaje de población nacida en países de América Latina y que ha sido censada en otros países, presentado en el gráfico 6, da idea de la importancia relativa de la pérdida de población que experimenta la mayoría de los países de la región. El Salvador se destaca como el país que ha perdido relativamente más población, con un 20,8% de sus nativos residiendo en otros países alrededor de 2010. Varios países centroamericanos y del Caribe se cuentan entre los que tienen mayores proporciones de su población viviendo afuera (alrededor del 10% o más), y son reconocidos desde hace varias décadas por la importancia de sus flujos de emigración, principalmente hacia los Estados Unidos. Otros países sudamericanos como Bolivia (Estado Plurinacional de), Colombia, el Ecuador, el Paraguay, el Perú y Venezuela (República Bolivariana de) han registrado incrementos más recientes de sus flujos de emigrantes, buena parte de los cuales ha tenido como destino a España —para varios, entre ellos Colombia, España sustituyó a los Estados Unidos como principal receptor— y otros países europeos.

Varias son las causas de la emigración de la población de los países de América Latina, pero una razón principal es la persistencia de grandes diferencias en la calidad de vida y en las oportunidades entre los países pobres y los desarrollados. Mientras tales diferencias existan o se agudicen, es de esperar que estos flujos migratorios continúen. Con todo, los impactos de la crisis pueden desestimular la emigración durante algún tiempo, así como impulsar retornos más sostenidos, procesos de migración norte-sur y de migración intrarregional, elementos que deben considerarse en las nuevas tendencias de la migración regional.

La migración juega un rol decisivo en los mercados laborales de los países de destino, pues muchos migrantes realizan labores especializadas, lo que produce efectos positivos sobre la demanda y la oferta de trabajo. Sin embargo, los efectos positivos no siempre son reconocidos, y en muchos países desarrollados se advierte una tendencia al endurecimiento de las barreras para el ingreso de migrantes. Se ha mostrado que la imposición de tales barreras es un factor que alimenta la irregularidad migratoria y agudiza la vulnerabilidad de las personas migrantes, además de ir a contracorriente con las tendencias de incremento de la movilidad observadas antes de la crisis.

Entre las implicaciones directas de este proceso para la política pública se encuentra la necesidad de realizar esfuerzos sostenidos de protección y garantía de los derechos humanos de las personas migrantes, destinados a eliminar su vulnerabilidad ante situaciones de violencia y trata de personas, un fenómeno que es más marcado en el caso de las mujeres, de quienes buscan refugio y de los desplazados forzados, y que se incrementa también por factores de discriminación nacional, etaria, étnica, de género y generacional.

GRÁFICO 6
AMÉRICA LATINA: POBLACIÓN NACIDA EN LOS PAÍSES DE LA REGIÓN RESIDIENDO EN PAÍSES DISTINTOS AL DE SU NACIMIENTO, ALREDEDOR DE 2010
(En porcentajes)



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de J. Martínez, V. Cano y M. Soffia, *Tendencias y patrones de la migración latinoamericana y caribeña hacia 2010 y desafíos de agenda*, Santiago, CEPAL, 2014, y CELADE-CEPAL, *Estimaciones y proyecciones de población a largo plazo 1950-2100. Revisión 2013*, [en línea] http://www.cepal.org/celade/proyecciones/basedatos_BD.htm.

C. De la explosión demográfica a la estabilización

1. La reducción sustancial del crecimiento natural

Como consecuencia directa de la transformación demográfica sustancial ocurrida en la región en las últimas seis décadas, América Latina ha arribado a una etapa de crecimiento natural muy reducido de su población. Al principio de la década de 1950, la mediana de la tasa de crecimiento natural era de 28 personas por cada mil, a comienzos de la década de 1980 había descendido relativamente poco (a 25 por mil), pero luego la reducción se acentuó, de manera que en el período actual se sitúa en 15 por mil.

A pesar del bajo nivel mediano alcanzado por la natalidad, y de que hoy en día los países de la región ya han logrado en promedio una fecundidad al nivel de reemplazo, se mantiene un crecimiento que es el resultado del cambio de la estructura por edad de la población —concentración en las edades reproductivas—: es el llamado *momentum* de la población.

Actualmente, la mayor parte de los países de la región tiene tasas de crecimiento natural que se encuentran entre las 10 y las 20 personas por cada mil. Los diferentes momentos en que los países de América Latina ingresaron en etapas de transformación demográfica más intensa se reflejan en una ampliación de la dispersión de los niveles de crecimiento entre la década de 1980 y el momento actual. Sin embargo, como se apreciaba en el gráfico 5, son muy pocos los países que están en los extremos: la Argentina, el Brasil, Chile, Cuba y el Uruguay, todos con crecimientos inferiores a las 10 personas por cada mil, y en el otro extremo solo se encuentran Guatemala y Honduras, con crecimientos superiores a las 30 personas por cada mil.

No obstante, en el escenario demográfico del futuro próximo y mediano se observarán los impactos que ha tenido la transformación demográfica, por lo que la población de la región crecerá a ritmos extraordinariamente inferiores a los del pasado, y al mismo tiempo habrá una clara tendencia a la homogenización de los niveles de crecimiento. En efecto, de acuerdo con las proyecciones del CELADE, la mediana de la tasa de crecimiento natural de la región descenderá a 6 personas por cada mil en el período 2040-2045, y será negativa en el período 2070-2075 (-3 por mil). En este último quinquenio, todos los países de la región tendrán crecimientos inferiores a las 10 personas por cada mil, la mayoría de ellos estarán agrupados alrededor del crecimiento nulo (poblaciones estacionarias) y seis países ya tendrán un crecimiento natural negativo.

2. Poblaciones declinantes

En la década de 1950, América Latina y el Caribe tenía algo más de 167 millones de habitantes, menos que la población actual del Brasil, pero su crecimiento era relativamente rápido como consecuencia de la elevada expansión demográfica de las décadas de 1950 y 1960, cuando se redujo la mortalidad más que la fecundidad. De esa manera, entre 1950 y 2010 la población regional se triplicó con creces, y alcanzó los 590 millones de personas en 2010 (3,5 veces la población de 1950).

Durante ese período la población mundial, estimada en aproximadamente unos 7.000 millones de personas en 2010, se habría multiplicado por 2,7 veces con relación a 1950. Es decir, el crecimiento de América Latina y el Caribe durante esas seis décadas estuvo por encima del promedio mundial; aunque se mantuvo por debajo del crecimiento de gran parte de África y Asia, donde la población casi se quintuplicó en esos 60 años, pero muy por encima del crecimiento de la población de Europa, que solo aumentó en un 30% (United Nations, 2013a; CEPAL, 2013b).

Así, la población de América Latina ascenderá a 679 millones en 2025 (solo un 15% adicional con respecto a 2010) y a 751 millones en 2050 (un 11% más que en 2025), pero a partir de 2059, aproximadamente, el crecimiento de la región empezará a ser negativo, es decir, la población empezará a disminuir en términos absolutos.

El momento en que la población empezará a decrecer —teniendo en cuenta el crecimiento natural y la migración— constituye un importante hito de la nueva era demográfica⁵. Según las proyecciones de las Naciones Unidas, la población de América Latina dejará de crecer muy cerca de 2060, lo mismo que ocurrirá en Asia (véase el gráfico 7). Por su parte, Europa dejará de crecer durante 2020, mientras que África, Oceanía y América del Norte lo harían más allá de 2100; en el caso de África por conservarse altos niveles de natalidad, mientras que en el de América del Norte y Oceanía como resultado del saldo migratorio positivo.

El panorama de homogenización del crecimiento natural cambia al considerar el papel de la migración en el crecimiento total, puesto que al producirse esa homogeneización, la migración adquiere un peso mayor en este último. Y en este aspecto —es decir, el del crecimiento total— hay una gran heterogeneidad, la que refleja el estrecho vínculo entre la migración y las desigualdades sociales y económicas prevalecientes en la región (véase el gráfico 6).

3. La importante recomposición relativa de las poblaciones mundiales y de la región

Las tendencias diferenciales del crecimiento de la población en las distintas regiones han motivado una reconfiguración de sus pesos relativos en el total mundial. En 1950 la población de América Latina y el Caribe era algo superior a los 167 millones de personas (véase el gráfico 8); era una de las dos regiones más pequeñas del mundo (solo superaba a Oceanía según ese criterio) y representaba el 6,6% de la población mundial. En 1980, con 364 millones de personas, la región superó a América del Norte (sin México), y pasó a ocupar el cuarto puesto después de Asia, África y Europa. En 2010,

⁵ En el anexo de este documento puede consultarse una cronología de los principales hitos demográficos de los países de la región durante el período considerado en este estudio.

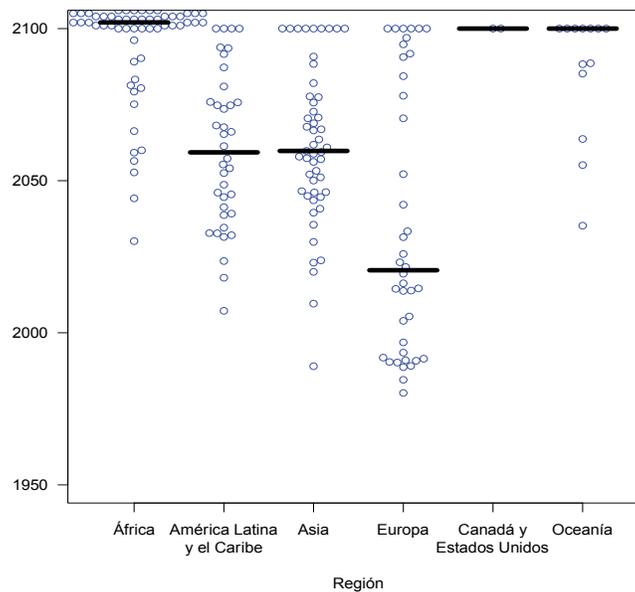
mientras la población del mundo bordeaba los 7.000 millones, América Latina y el Caribe registraba 596 millones de personas y aportaba el 8,6% del total mundial.

En la nueva era demográfica se proyecta que la población de la región continuará creciendo, y que escalará posiciones en el contexto mundial. En 2040, con 757 millones de personas, superará a la población de Europa y pasará a ocupar el tercer lugar en cantidad de población después de Asia y África, y en 2070 llegará a los 788 millones. Sin embargo, como resultado del descenso del ritmo del crecimiento, la población de la región representará un peso cada vez menor de la población mundial (8,4% y 7,7% respectivamente, en 2040 y 2070). En 2100 el crecimiento de la región habrá pasado a ser negativo y la población se reducirá a 687 millones. Mientras tanto, la población mundial continuará creciendo y superará los 10.000 millones en 2100, con lo que el peso relativo de la región se reducirá a solo un 6,8%, volviendo casi a la misma proporción que tenía en la década de 1950.

En lo que respecta a las otras regiones, Europa ha perdido importancia demográfica relativa desde la década de 1950 y se espera que esta tendencia continúe por lo menos hasta 2075, al tiempo que Asia empieza a experimentar esa reducción en el presente quinquenio, y América del Norte se mantendrá con una proporción constante en la población mundial, mientras que África es la única región cuyo peso relativo seguirá en aumento según el panorama trazado por las proyecciones de las Naciones Unidas.

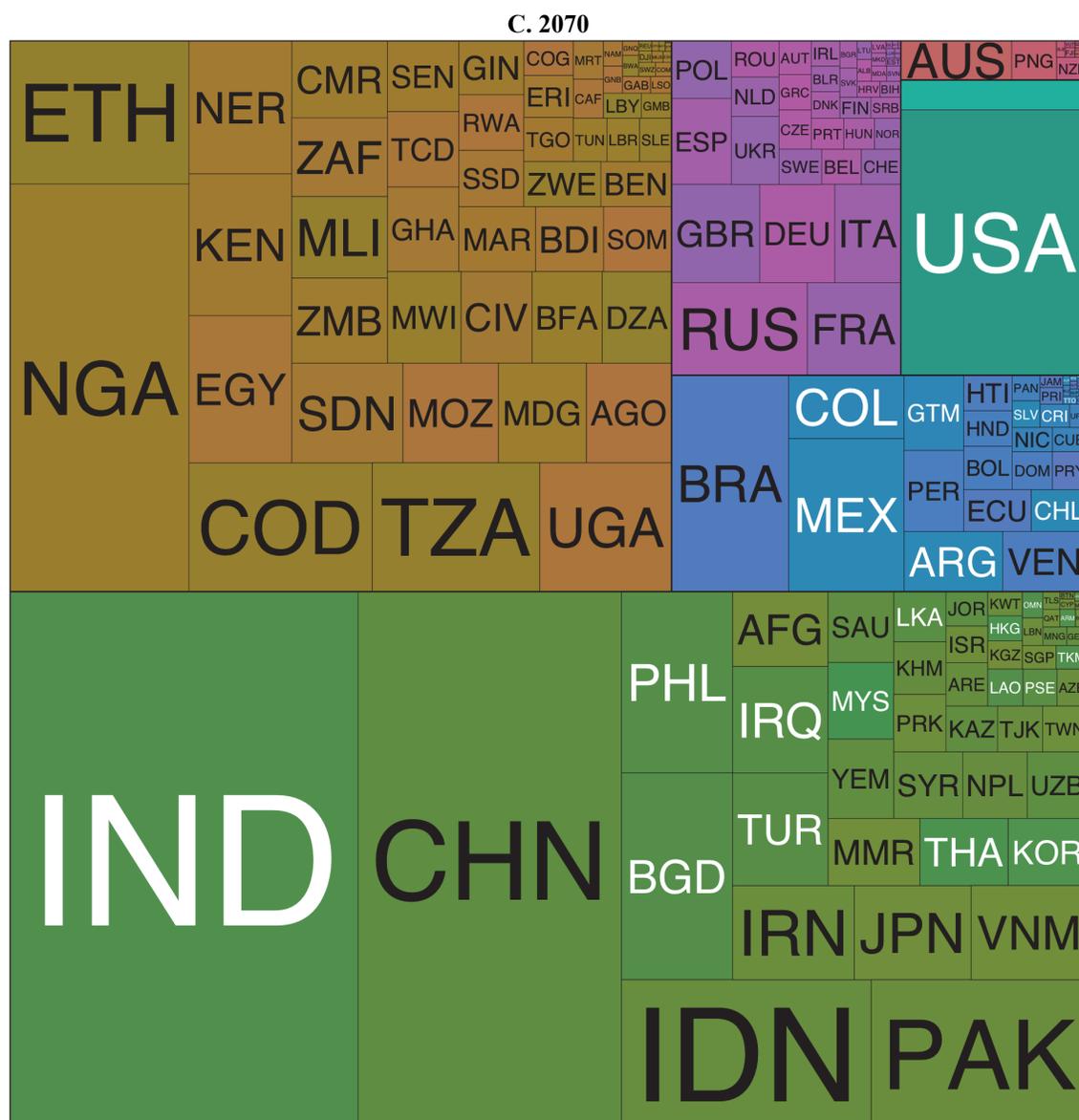
También se ha producido una recomposición intrarregional en función de los tamaños de la población de los países. Entre 1950 y 2010 el hecho destacable era el aumento del peso de la población de Colombia, que desplazó a la Argentina en el tercer lugar, y de Venezuela (República Bolivariana de), que desplazó a Chile en el sexto lugar. Entre 2010 y 2070 Venezuela (República Bolivariana de) seguirá avanzando posiciones y desplazará al Perú en el quinto lugar; además, se producirá un salto importante de la población de Guatemala, del noveno al séptimo lugar.

GRÁFICO 7
AÑO EN QUE LA POBLACIÓN DEJA DE CRECER ^a



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013.

^a Cada país está representado por un círculo. La mediana de cada región está marcada con una línea.



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013.

^a El tamaño relativo de cada población está representado proporcionalmente por un rectángulo. Los países están agrupados y diferenciados por colores según regiones y representados por su código ISO de tres letras.

D. El cambio de la estructura por edad

1. Las “olas” de población

Como consecuencia directa de la profunda transformación demográfica que ha vivido América Latina y el Caribe en las últimas seis décadas, ha ocurrido un cambio sustancial de la estructura por edad de la población. La profundización de este cambio es quizás la transformación más importante desde el punto de vista de sus implicaciones económicas y sociales.

En el período examinado, la población regional pasó de tener una estructura por edad característica de una población joven en 1950 a una población que comienza un proceso acelerado de envejecimiento hoy en día. La parte más intensa de este cambio se concentró en las

últimas cuatro décadas, en la medida que las sucesivas generaciones fueron acusando el impacto del descenso de la fecundidad en el pasado, el que se apreció claramente en la reducción de la población infantil, en el crecimiento de la población activa y en el inicio del envejecimiento. Los cambios en los diferentes grupos de edad fueron importantes. El peso de la población menor de 15 años pasó de un 40% en 1950 a menos de un 28% actualmente; el grupo de 15 a 64 años pasó de constituir el 55% de la población total de la región a un 65% en la actualidad, y el grupo de personas mayores (de 65 años y más) comenzó a tener un peso importante, pasando de apenas un 3,5% en 1950 a un 6,8% actualmente.

En las próximas décadas, los cambios de la estructura por edad serán menos intensos pero significativos. De acuerdo con las proyecciones del CELADE-CEPAL (2013), se espera que el grupo menor de 15 años continúe disminuyendo hasta alcanzar solo el 15% en 2100, el de 15 a 64 años llegaría a un máximo del 67% en 2030, para volver a situarse en un 55% en 2100. Hacia 2040, la proporción creciente de personas mayores superará a la de los menores de 15 años. Este punto marca un hito a partir del cual el proceso de envejecimiento se convertirá en el fenómeno demográfico preponderante. A partir de allí, los cambios de la estructura por edad estarán dominados por las implicaciones en las generaciones de personas mayores, más que en las jóvenes, y el envejecimiento y su incidencia sobre las demandas sociales serán la tendencia que dominará esta nueva era demográfica.

Dada la relación diferente que la población tiene con el consumo y las actividades productivas y reproductivas en las distintas etapas del ciclo de vida, el comportamiento de estas ondas de la población por edad tiene implicaciones importantes sobre las demandas y ofertas económicas y sociales (como se ilustrará con más detalle en el siguiente capítulo). De allí la relevancia de su análisis como elemento clave para el diseño de políticas públicas.

2. El fin de la sociedad juvenil

La transición de la estructura etaria se produce siguiendo una secuencia particular. Para ilustrarla, se divide a la población en cuatro grandes grupos de edad: población juvenil (de 0 a 19 años), adultos jóvenes (de 20 a 39 años), adultos de mediana edad (de 40 a 59 años) y personas mayores (de 60 años y más). Como puede apreciarse en el gráfico 9, es posible rastrear estos cambios a lo largo del tiempo. Desde antes de 2000 ocurre una oleada caracterizada por el declive de la población infantil (de 0 a 19 años), patrón que se repite una generación después con los adultos jóvenes y más tarde con los adultos de mediana edad. La fase final de la transición de la estructura etaria ocurre con la oleada de la población de personas mayores, que continúa creciendo hasta más allá de 2060.

Debido a que en el pasado las tasas de fecundidad tenían niveles de 5 o 6 hijos por mujer y luego cayeron a 2 hijos por mujer o menos, la generación nacida antes de esta disminución fue más cuantiosa que las posteriores. Probablemente no se verá una generación tan numerosa en el futuro. Conforme esta cohorte envejeció, fue abultando el conjunto de niños y jóvenes, después de adultos jóvenes, luego el de adultos de mediana edad y finalmente el grupo de las personas mayores, tal como se aprecia en el gráfico 9 en los máximos sucesivos de los grupos de edad.

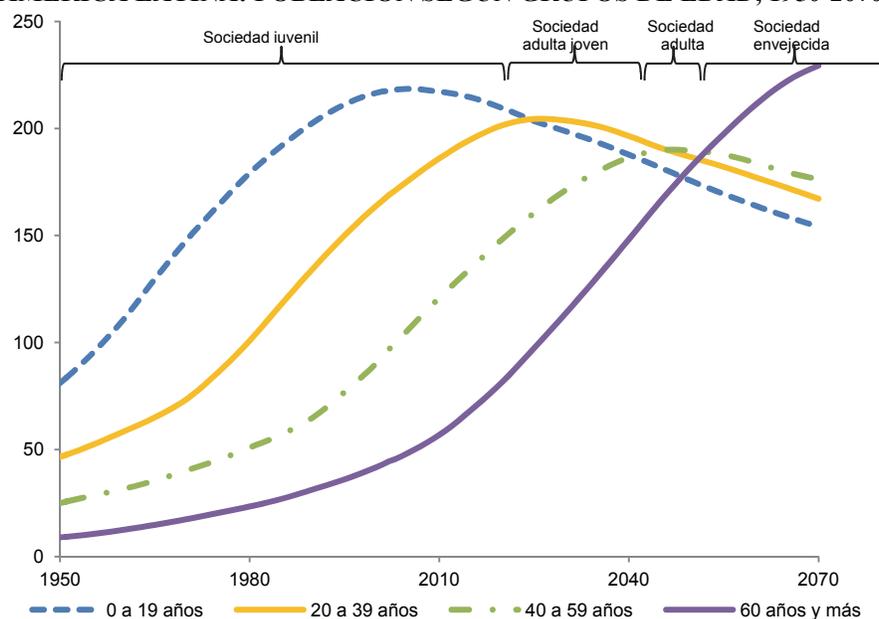
Los puntos de cruce de las trayectorias de los diferentes grupos de edad constituyen hitos importantes y marcan etapas diferentes de la transformación etaria. El punto de cruce de la curva de la población de 0 a 19 años con la del grupo de 20 a 39 años marca el fin de una primera etapa, la de la sociedad juvenil, e inicia una segunda fase, caracterizada por el predominio de la población adulta joven (de 20 a 39 años). El siguiente cruce de las curvas marca el fin de la etapa de la sociedad abundante en adultos jóvenes y el ingreso en la tercera etapa, de la sociedad abundante en adultos (de 40 a 59 años). A partir de allí se inicia la cuarta etapa, la de la preeminencia de las personas mayores, es decir, la etapa de las sociedades envejecidas.

En el gráfico 10 puede observarse que el fin de las sociedades juveniles se experimentó (como mediana) en Europa aproximadamente a fines de la década de 1980, mientras que en América del Norte este cambio ocurrió durante la década de 1990. En Asia se presentará un poco

antes que en América Latina y el Caribe, donde se espera hacia 2037, mientras que en Oceanía se observará durante la década de 2070 y en África durante la de 2090. Sucesivamente, las regiones pasarán por las etapas de predominio de adultos jóvenes, de adultos y personas mayores. Todas las regiones del mundo presentarán este paso a sociedades envejecidas dentro del presente siglo.

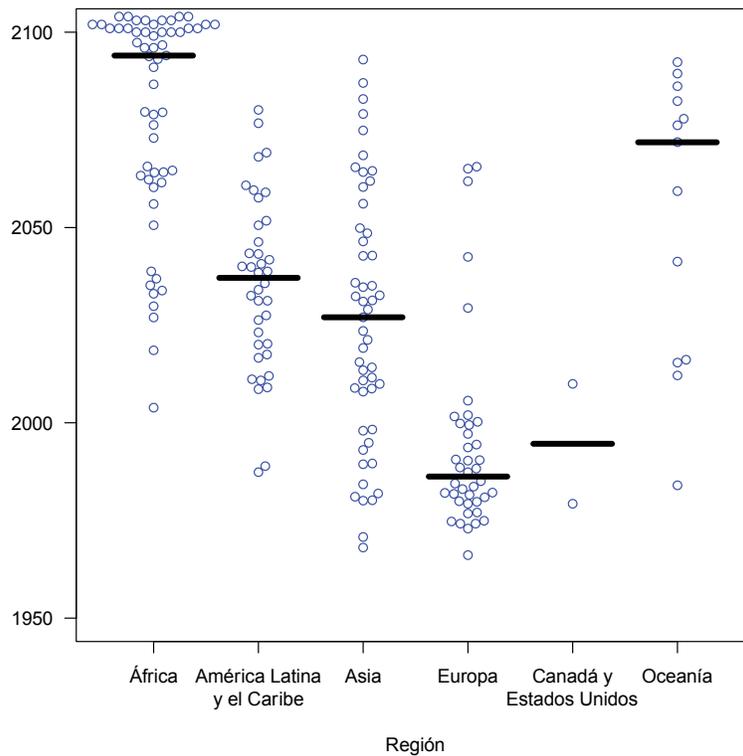
La asincronía de la transición de la estructura etaria es un fenómeno mundial. La diversidad es evidente en el mapa 1a, que muestra el estado del mundo en 2010 de acuerdo a las cuatro etapas definidas. En 2010 había aún algunos países con abundancia de población juvenil — principalmente aquellos localizados en el África subsahariana. La mayor parte de América Latina, y de hecho la mayor parte de los países en desarrollo, se encontraba en esa fecha en la segunda etapa de la transformación de la estructura etaria, es decir, tenía un predominio de adultos jóvenes. China, los Estados Unidos, casi toda Europa y las economías avanzadas atravesaban la tercera etapa, pues su población de adultos de mediana edad registraba sus niveles más altos. El Japón es el único país del mundo que ya ha entrado a la etapa final de la transformación: una sociedad en la que abundan las personas mayores, que forman el grupo demográfico más relevante en términos de cantidad. Sin embargo, en el curso de este siglo, este nuevo perfil demográfico pasará a dominar el mundo: como se muestra en el mapa 1b, en 2070 la mayoría de los países de Asia, Europa, América Latina y el Caribe y América del Norte tendrán sociedades abundantes en personas mayores o poblaciones envejecidas.

GRÁFICO 9
AMÉRICA LATINA: POBLACIÓN SEGÚN GRUPOS DE EDAD, 1950-2070



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013.

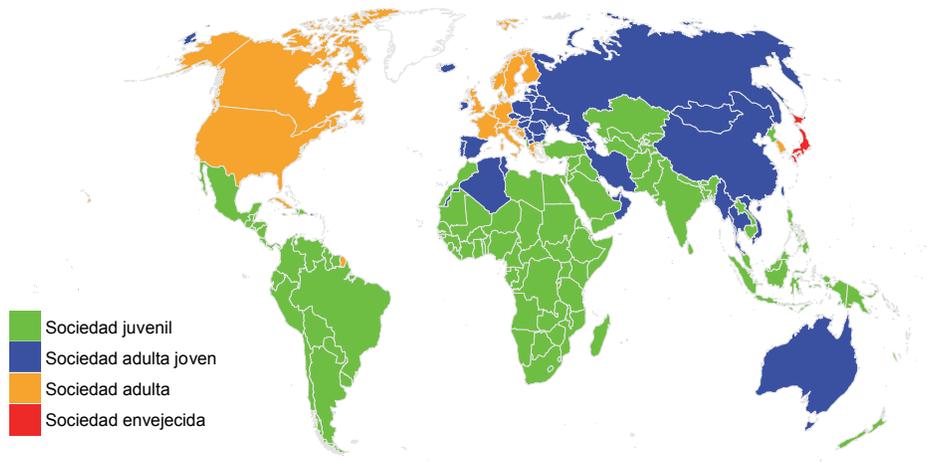
GRÁFICO 10
AÑO EN QUE TERMINA LA SOCIEDAD JUVENIL

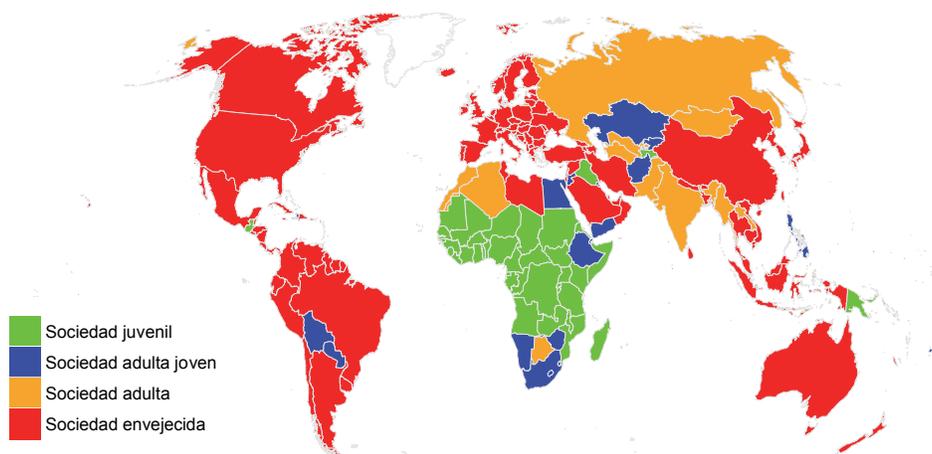


Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013.

^a Cada país está representado por un círculo. La mediana de cada región está marcada con una línea.

MAPA 1
LA TRANSFORMACIÓN DE LA ESTRUCTURA ETARIA DE LA POBLACIÓN EN EL MUNDO
A. 2010



B. 2070

Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013.

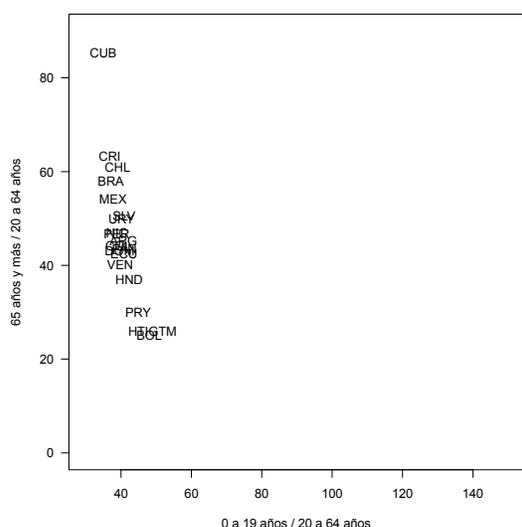
3. La dependencia demográfica

Como consecuencia de la transformación de la estructura etaria, los países de la región experimentan actualmente, y también en el mediano plazo, un período en el que la relación de dependencia demográfica, es decir, la relación de la población potencialmente dependiente y la potencialmente activa, desciende a valores nunca antes observados. Este es un período particularmente importante para los países. Se trata de la fase del bono u oportunidad demográfica, durante el que los países, a través de las medidas adecuadas de reinversión social de los ahorros obtenidos, podrían lograr importantes avances en las condiciones determinantes del crecimiento económico y mejoras en materia de reducción de la pobreza y la desigualdad.

En el gráfico 11 la relación de dependencia se ha desagregado en dos tramos que resultan significativos para las políticas públicas: la relación de dependencia de los jóvenes (población de 0 a 19 años dividida por la población de 20 a 64 años) y la relación de dependencia de las personas mayores (población de 65 años y más dividida por la población de 20 a 64 años)⁶. La secuencia es muy clara: en 1950 los países de la región se alineaban en el sector de relaciones de dependencia de personas mayores muy bajas y de relaciones de dependencia de menores que tendían a ser altas. La Argentina y el Uruguay presentaban las relaciones de dependencia de menores más bajas (entre un 60% y un 80%), mientras en el otro extremo Guatemala, el Paraguay y la República Dominicana se acercaban a un nivel de 140 dependientes menores por cada 100 activos.

En la medida que se avanza en la transición demográfica, se inicia y se acelera el proceso de envejecimiento y las relaciones de dependencia de las personas mayores empiezan a subir. En 2010 ya había aumentado en varios países de la región: la Argentina, Chile, Cuba y el Uruguay. Al mismo tiempo se presentaba la máxima diversidad en la dependencia de los jóvenes, con niveles muy bajos en los países mencionados y altos en Guatemala, por encima del 120%. Ese año la diferencia entre los países respecto de este indicador era la máxima observada (una distancia intercuartílica de 30 puntos, el doble que la de 1950), lo que se relaciona directamente

⁶ La población en edad de trabajar se define como el grupo de 20 a 64 años, mientras que se consideran como dependientes los grupos de 0 a 19 años y los mayores de 65 años. Se escogieron estas divisiones para reflejar mejor la nueva realidad económica de estas poblaciones en el siglo XXI. Por supuesto, la dependencia demográfica es una medida bruta, y no captura la dependencia económica real ni refleja con precisión los cambios en los roles económicos a través del tiempo (por ejemplo, una persona de 17 años de edad solía considerarse parte de la fuerza de trabajo).

E. 2070

Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013.

E. América Latina urbana**1. La urbanización**

La característica más destacada de la distribución espacial de la población de América Latina y el Caribe es su rápida urbanización, junto con la tendencia también marcada a la conformación de metrópolis o ciudades millonarias (de un millón de habitantes o más).

El proceso de urbanización ha sido acelerado en la región. Si en 1950, como muestra el gráfico 12, los niveles de urbanización de América Latina y el Caribe eran menores que los registrados en las regiones desarrolladas (América del Norte y Europa) y también en Oceanía, en menos de 40 años la región alcanzó y superó los porcentajes urbanos de Europa y Oceanía y se acercó estrechamente a los de América del Norte. Actualmente, el 80% de la población regional reside en áreas clasificadas como urbanas. Se convierte así en la región más urbanizada del mundo en desarrollo, y su nivel de urbanización es únicamente sobrepasado por América del Norte, de forma leve. Las previsiones sugieren que el porcentaje urbano de la región seguirá en alza, pero a ritmos decrecientes: las proyecciones oficiales de las Naciones Unidas prevén un aumento continuo del porcentaje urbano, que llegaría en torno al 90% en 2050.

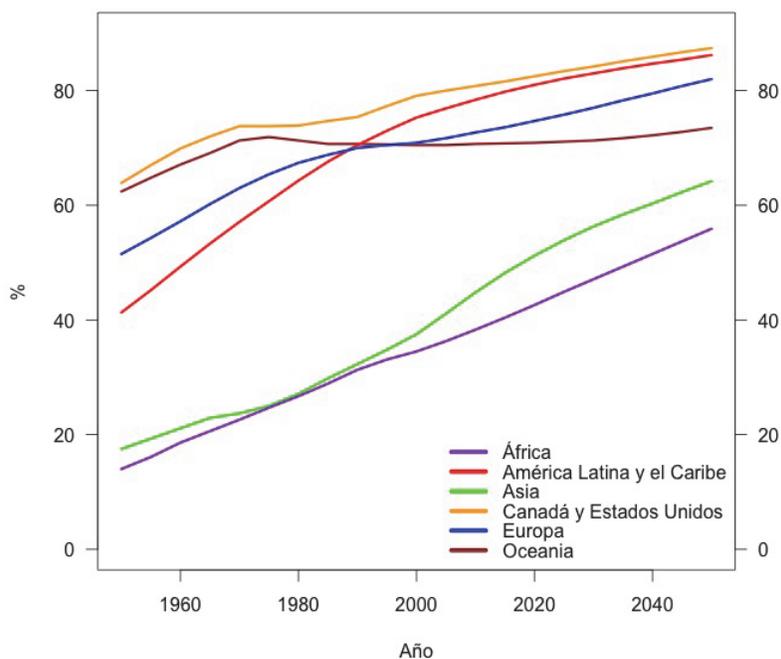
Las diferencias entre los países dentro de la región en cuanto al porcentaje de población urbana son significativas, pero han ido disminuyendo con el tiempo. En el gráfico 13 se observa que en 1950 la mayoría de los países de la región tenía un porcentaje urbano igual o menor que el 50%, y solo la Argentina, Chile, Cuba y el Uruguay superaban ese umbral. En 1980, varios países más habían sobrepasado el 50%: el Brasil, Colombia, México, el Perú, la República Dominicana y Venezuela (República Bolivariana de), completando la mitad de los países de la región. En 2010 solo Guatemala conservaba un porcentaje urbano ligeramente inferior al 50%. Las previsiones indican que en 2040 todos los países tendrán el 60% de su población residiendo en ciudades, y podrán considerarse países eminentemente urbanos. Por otra parte, el gráfico muestra que también hay una tendencia marcada a la convergencia en el fenómeno de la urbanización, característica clave del nuevo panorama demográfico de la región.

Diversos estudios han identificado la emigración masiva de la población de las áreas rurales que experimentó la región desde la década de 1930 como la causa principal de la rápida

urbanización de sus países, la que alcanzó su cúspide entre 1940 y 1980. Posteriormente este fenómeno de emigración de la población rural ha disminuido, pero estimaciones basadas en los censos muestran que en todos los países de la región se mantuvo la transferencia neta rural-urbana en las dos últimas décadas del siglo pasado, e incluso en la de 2010.

La migración desde las áreas rurales, a su vez, fue causada por el estancamiento productivo y social del campo y la aguda inequidad en el acceso a los recursos en estas zonas, lo que provocó el ensanchamiento de las brechas efectivas de oportunidades entre ambos ámbitos, ciertamente en desmedro del rural, y gatilló la salida de su población. A esto se sumó otra gran fuerza estructural, el proceso de industrialización y de modernización sociocultural de los países, cuyo locus estuvo en las ciudades. Justamente la persistencia de estas desigualdades sociales entre las zonas urbanas y las rurales explica la continuidad del fenómeno emigratorio desde el campo pese a la crisis de la década de 1980, que afectó con particular intensidad a las ciudades, sobre todo a las grandes, y el cambio de modelo de desarrollo hacia uno más enfocado en la exportación de productos primarios⁷.

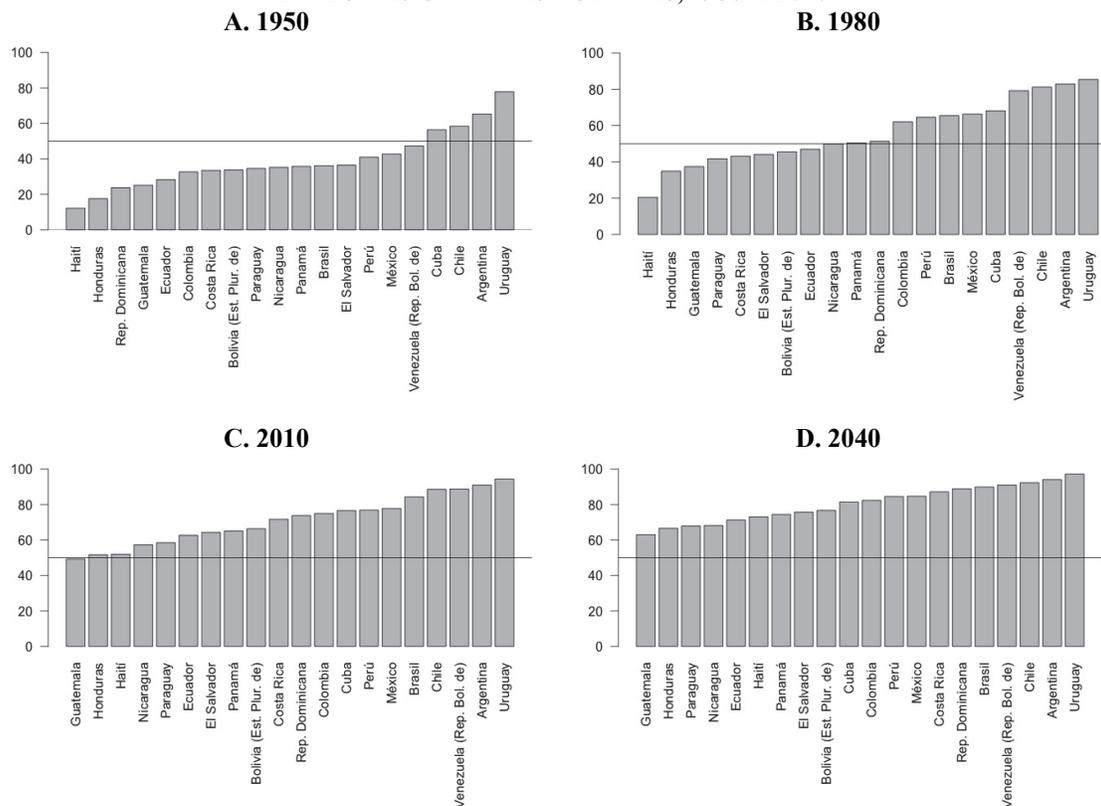
GRÁFICO 12
PORCENTAJE DE POBLACIÓN QUE RESIDE EN ZONAS URBANAS, POR REGIÓN, 1960 A 2040



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Urbanization Prospects: The 2014 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2014.

⁷ Puede encontrarse un análisis detallado de las tendencias de la urbanización, la migración y la concentración de la población de América Latina en las grandes ciudades en CELADE-CEPAL (2012).

GRÁFICO 13
AMÉRICA LATINA: PORCENTAJE DE POBLACIÓN QUE RESIDE
EN ZONAS URBANAS POR PAÍS, 1950 A 2040



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Urbanization Prospects: The 2014 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2014.

2. El crecimiento de las metrópolis y megalópolis

La concentración en ciudades de poblaciones millonarias es una tendencia muy marcada en la región y ha cambiado rápidamente su fisonomía. Como se aprecia en el gráfico 14, en 1950 había ocho ciudades millonarias: una de 5 millones de habitantes, Buenos Aires; dos ciudades de 3 millones, México y Río de Janeiro; una de 2 millones, São Paulo, y cuatro ciudades de un millón, Montevideo, Santiago, Lima y La Habana. En el transcurso de 30 años aparecieron 20 nuevas ciudades millonarias. En 1980, México y São Paulo superaban los 12 millones de habitantes; Río de Janeiro y Buenos Aires los 8 millones; Lima los 4 millones; Santiago y Bogotá los 3 millones; había seis ciudades de 2 millones y 15 de un millón. En 2010 el número de ciudades millonarias había crecido a 62 y las ciudades más grandes, como México y São Paulo, se convirtieron en hipermegalópolis, con cerca de 20 millones de habitantes cada una.

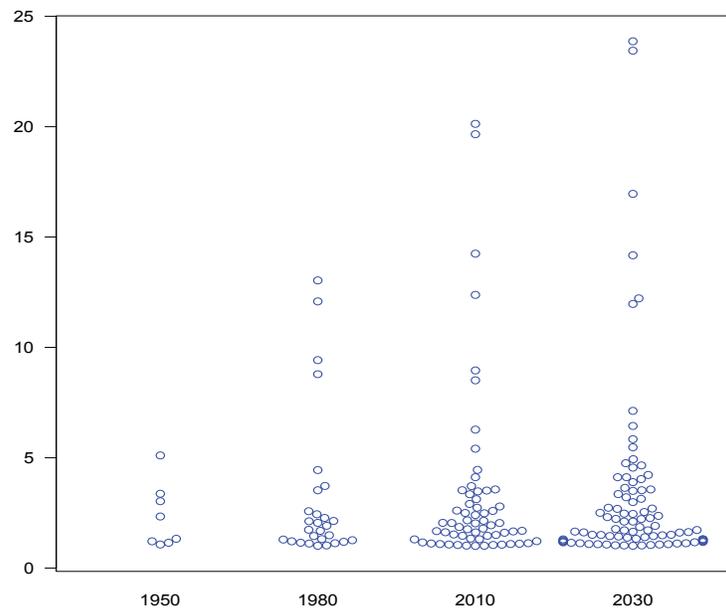
Aunque las megalópolis y parte de las metrópolis perdieron su atractivo migratorio durante las décadas de 1980 y 1990, esta tendencia parece no haberse consolidado, y las grandes ciudades como conjunto siguen siendo focos de atracción de población. Debido a ello, se proyecta que la tendencia a la concentración en grandes ciudades continuará. Sobre la base de tales previsiones, se espera que en 2030 haya 90 ciudades millonarias, entre ellas seis megalópolis con 10 millones de habitantes o más.

La importancia de la concentración de la población regional en las ciudades grandes es evidente en las cifras del porcentaje de población que residía en ciudades millonarias. En 1950 era de más del 50% en el Uruguay, del 30% en la Argentina y de entre el 8% y el 20% en el

Brasil, Chile, Cuba, México y el Perú. Los otros países no presentaban un grado importante de concentración en este sentido. La rapidez del proceso de constitución de ciudades grandes y muy grandes implicó un cambio radical del panorama hacia 2010: con la excepción de dos países, la región presentaba porcentajes de población residiendo en ciudades millonarias cercanos al 20% y hasta de cerca del 50%. La previsión para 2030 indica que ya todos los países de la región tendrían el 15% o más de su población viviendo en ciudades millonarias (United Nations, 2014).

Si bien hacia el futuro se puede esperar cierta reducción de la intensidad migratoria hacia las grandes ciudades, e incluso algunos procesos de desconcentración, la tendencia general sería la paulatina estabilización de la urbanización, sin señales de inflexión, y la consolidación de las ciudades grandes y medianas con un atractivo persistente como los pilares del sistema urbano. Los encargados de tomar decisiones de política pública se enfrentan entonces a una situación más holgada, no solo por la reducción del crecimiento y de las oleadas migratorias, sino por la posibilidad de proyectar escenarios de localización y movilidad de la población a largo plazo.

GRÁFICO 14
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: CIUDADES MILLONARIAS, 1950 A 2030



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Urbanization Prospects: The 2014 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2014.

II. Los cambios demográficos y su impacto en la economía de América Latina y el Caribe

En la primera parte del documento se presentó una visión general sobre el profundo cambio del panorama demográfico que caracterizará a este siglo en América Latina. En este segundo capítulo se examinan sus implicaciones económicas para la prestación de servicios de salud, educación y pensiones; para la función de apoyo económico de los gobiernos, las familias y las personas, y para la promoción de la igualdad en la región. Se destaca la investigación realizada por el CELADE en este ámbito, que se traduce en la presentación de siete características de la economía de América Latina que surgen de los cambios demográficos.

A. El surgimiento de las economías envejecidas

Como se vio anteriormente, en 1950 todos los países del mundo tenían poblaciones con predominio de edades infantiles, y el segmento etario de menos de 20 años representaba el grupo mayoritario. A finales de este siglo, por el contrario, casi todos los países tendrán poblaciones con predominio de personas mayores, es decir, el grupo etario con mayor representación será el de 60 años y más. Este cambio de la estructura etaria de la población será acompañado por una redistribución de los recursos económicos desde los niños y jóvenes hacia las personas mayores, con importantes implicaciones para los mercados de capitales, laborales y de productos, especialmente en lo concerniente a la atención de la salud. Al igual que la transición etaria, esta transición económica se desarrollará gradualmente durante décadas. Para llamar la atención sobre este cambio, es útil marcar fechas clave en este proceso. El primer hito sería el año en el que la economía se convierta en una *economía envejecida* —es decir, aquella en la que los recursos económicos consumidos por las personas mayores exceden los consumidos por los niños y jóvenes.

Las economías envejecidas son un fenómeno nuevo que en las próximas décadas se consolidará como dominante en la economía mundial. Para aproximarse a la comprensión de esta transformación se pueden utilizar datos sobre los patrones de consumo por edad (véase el recuadro 1) y las estimaciones y proyecciones de la estructura etaria de la población, con el propósito de calcular la cantidad agregada consumida por las personas mayores (de 65 años y más) y compararla con la consumida por los niños y jóvenes (personas de 0 a 19 años). Según estos cálculos, en la década de 1990 el Japón se convirtió en la primera economía envejecida a

nivel mundial. En 2010 había 19 economías envejecidas en el mundo —todas ellas, a excepción del Japón, se localizaban en Europa (véase el mapa 2a).

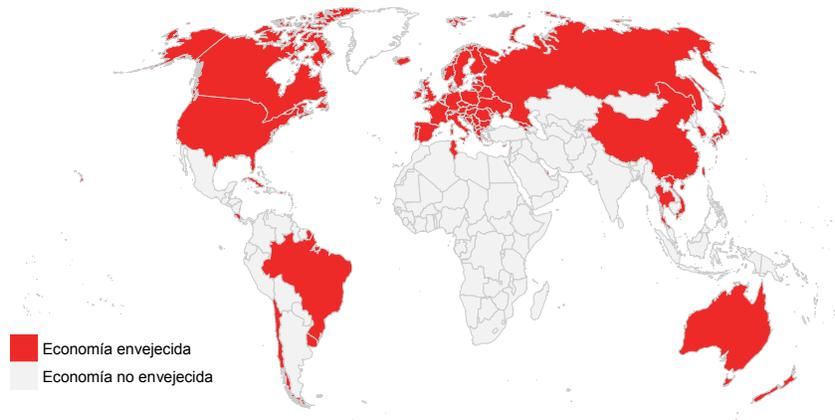
Hace 30 años esta realidad no existía. Dado que su aparición es tan reciente, no se sabe mucho acerca de las consecuencias a largo plazo de su existencia. ¿Qué pasará con el crecimiento económico?, ¿se incrementará la desigualdad?, ¿son sostenibles los sistemas de apoyo intergeneracional para las personas mayores frente a estos cambios demográficos? Las presiones demográficas sobre los sistemas de atención de la salud y las pensiones se incrementarán dramáticamente en los próximos años. ¿Cómo responderán los sistemas políticos a estos desafíos fiscales?, ¿cómo se invertirá en la juventud frente a demandas crecientes sobre los ya escasos recursos provenientes de la recaudación de impuestos?, ¿el envejecimiento de la población representa una amenaza para las inversiones en la juventud?

La razón por la que el CELADE y otras organizaciones están estudiando con tanta urgencia estos temas se hace evidente en los mapas 2b y 2c. Hacia 2040 el número de economías envejecidas se habrá triplicado con creces, incrementándose de 19 a 77. El Brasil, Chile, Costa Rica, Cuba, el Uruguay y casi todo el Caribe pasarán a ser parte de los países con economías envejecidas. En 2070 la mayoría de las economías del mundo tendrán esta característica.

MAPA 2
LA EVOLUCIÓN DE LAS ECONOMÍAS ENVEJECIDAS EN LOS PRÓXIMOS 60 AÑOS^a
A. 2010: 19 economías



B. 2040: 77 economías



C. 2070: 123 economías



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de R. Lee y A. Mason, “National Transfer Accounts”, University of California at Berkeley and the East-West Center, 2014, y United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013.

^a Las estimaciones del consumo agregado de las personas mayores y de los niños y jóvenes surgen al multiplicar el número de personas de cada edad —sobre la base de las proyecciones de población de las Naciones Unidas (United Nations, 2013a)— por su consumo promedio según la medición realizada en el año más reciente para el que existen datos del proyecto de CNT (Lee y otros, 2014). Para aquellos países que no participan en el proyecto, se utiliza como una aproximación el consumo promedio por edad en todos los países que sí forman parte de él. El año en el que el consumo agregado de las personas mayores excede el de la juventud marca el inicio de la fase de la *economía envejecida* en ese país.

RECUADRO 1

LAS CUENTAS NACIONALES DE TRANSFERENCIAS

Debido a que este fenómeno de las economías envejecidas es tan novedoso y que se propagará, es vital implementar mecanismos para medir su efecto en las economías, tratar de predecirlo y adaptarse a él. El proyecto sobre las Cuentas Nacionales de Transferencia (CNT) está implementando globalmente una metodología estándar para medir la actividad económica de los países según la edad, la que incluye el consumo de bienes y servicios (tanto privados como públicos), las ganancias provenientes del trabajo, las ganancias financieras, los impuestos y las transferencias (tanto hechas por el gobierno como dentro de las familias). En su conjunto, estas actividades por edad definen la economía generacional. Las Naciones Unidas han publicado recientemente un manual presentando los conceptos, metodología y procedimientos de estimación para medir estos flujos económicos durante el ciclo de vida (United Nations, 2013b).

A pesar de que sus componentes se han estudiado individualmente en profundidad, la innovación de las CNT consiste en proveer un marco integrado para analizar la economía generacional en su totalidad. Una segunda innovación reside en el uso de un método estandarizado en todos los países participantes, y la tercera es la facilidad con que el marco se puede extender más allá de la dimensión etaria, para medir diferencias por sexo o por estatus socioeconómico.

Actualmente, 11 países de América Latina están participando en el proyecto global, que comprende 46 países de Asia, África, Europa y las Américas. Los países miembros de la región son la Argentina, el Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, el Ecuador, El Salvador, Jamaica, México, el Perú y el Uruguay. Se han estimado medidas base de la economía generacional en estos países que han revelado características peculiares de la región en comparación con otras partes del mundo. Entre estas características se encuentra el bajo nivel de consumo de los niños y jóvenes, asociado a los bajos niveles de la inversión pública, sobre todo en educación. Esto es particularmente preocupante, ya que las inversiones educacionales son vitales para la reducción de la desigualdad en las generaciones futuras.

Fuente: P. Saad; T. Miller; C. Martínez y M. Holz, *Juventud y bono demográfico en Iberoamérica*, Santiago, CELADE-CEPAL y OIJ, 2009; T. Miller; P. Saad y M. Holz, “National Inequality Accounts: The case of Chile”, Forthcoming issue of *Policy in Focus* from the International Policy Center for Inclusive Growth, 2014.

B. La propagación del bono y del impuesto demográfico en el mundo

La convergencia global de la estructura etaria de la población, discutida en la primera parte de este documento, tiende a contribuir a la convergencia global del bienestar económico. Todas las poblaciones pasan por un período en el que se produce una concentración de la población en el segmento de los adultos de edades activas, lo que corresponde con la segunda y tercera etapa de la transición de la estructura etaria (mostradas en el mapa 1), cuando se produce una oleada de la población de adultos jóvenes y de mediana edad. Este período es particularmente favorable para el crecimiento económico, ya que la fuerza laboral potencial crece más rápidamente que la población dependiente (Bloom, Canning y Sevilla, 2003; Wong y Carvalho, 2006).

Este período económico favorable o *bono demográfico* dura algunas décadas, y en su punto máximo puede contribuir con más del 1% al crecimiento anual del PIB per cápita. Todos los países del mundo experimentan este bono demográfico, en el que la estructura por edad de su población es particularmente favorable para el crecimiento económico. Sigue después un período en el que el cambio demográfico es adverso, ya que la fuerza laboral potencial crece más lentamente que la población dependiente. Este período económico de *impuesto demográfico* también es temporal. Así, a raíz de que los países en desarrollo están pasando por una etapa favorable de bono demográfico y los desarrollados por una fase adversa de impuesto demográfico, las diferencias demográficas contribuirían a una convergencia del PIB per cápita entre el mundo en desarrollo y el desarrollado.

Este cambio del PIB per cápita a causa de las transformaciones de la estructura etaria de la población se calcula de manera simplificada mediante la diferencia entre la velocidad de crecimiento de la población en edad de trabajar —considerándola como un *proxy* de la fuerza laboral y el crecimiento del PIB— y la velocidad de crecimiento de la población en general. Por ejemplo, en el caso de México, la población en edad laboral (de 20 a 64 años) creció a una tasa anual del 2,5% en el período de 1980 a 2010 (de 29 millones a 62 millones de personas). La población total creció a un ritmo más lento, de 1,7% anual de 1980 a 2010 (de 70 millones a 115 millones). Este crecimiento más rápido de la población en edad laboral que la población total habría incrementado el PIB per cápita en un 0,9% anual, o un 30% entre 1980 y 2010. Si se usan las proyecciones de población por edad de las Naciones Unidas, se pueden calcular fácilmente los efectos del cambio de la estructura etaria sobre el crecimiento económico para períodos de 30 años, observando la propagación de los bonos y los impuestos demográficos en todo el mundo, tal como se muestra en el mapa 3.

En el mapa 3a se observan los importantes impactos del cambio de la estructura etaria sobre el crecimiento del PIB per cápita. En el período 1980-2010 el impacto económico del bono demográfico fue particularmente grande en México y China, donde el PIB por persona se incrementó aproximadamente en un 30%, es decir, se añadió alrededor del 1% por año al crecimiento anual del PIB per cápita.

En el mapa 3b se aprecia un cambio sustancial de la geografía del verano demográfico para el período 2010-2040. Durante las próximas décadas, será África la región que disfrute de los beneficios de una estructura etaria más favorable, pues su población se concentrará en las edades activas. En América Latina se observa que el bono demográfico se desplazará hacia Centroamérica, con efectos particularmente intensos en esa zona, así como en los países andinos en América del Sur.

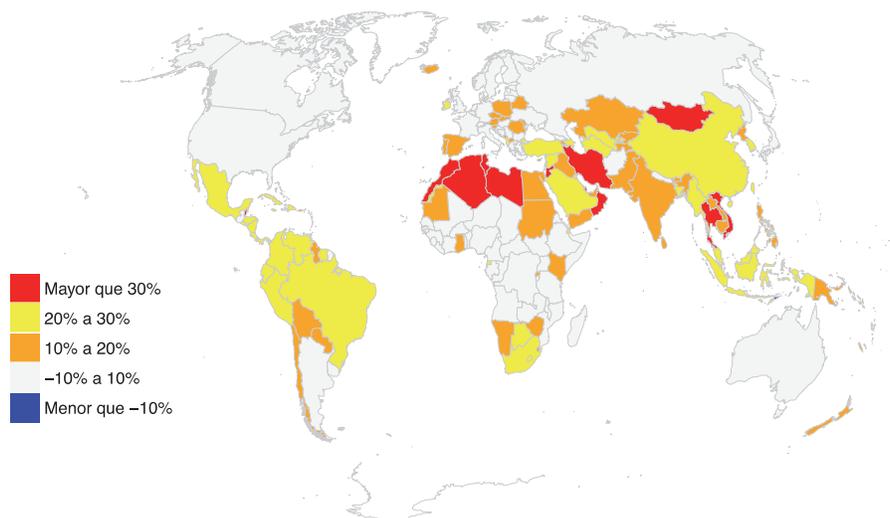
En este mismo período, se perciben los primeros impuestos demográficos. En algunos países se proyecta que la población dependiente crecerá significativamente más rápido que aquella en edad de trabajar. Este cambio demográfico pesaría en el crecimiento del PIB per

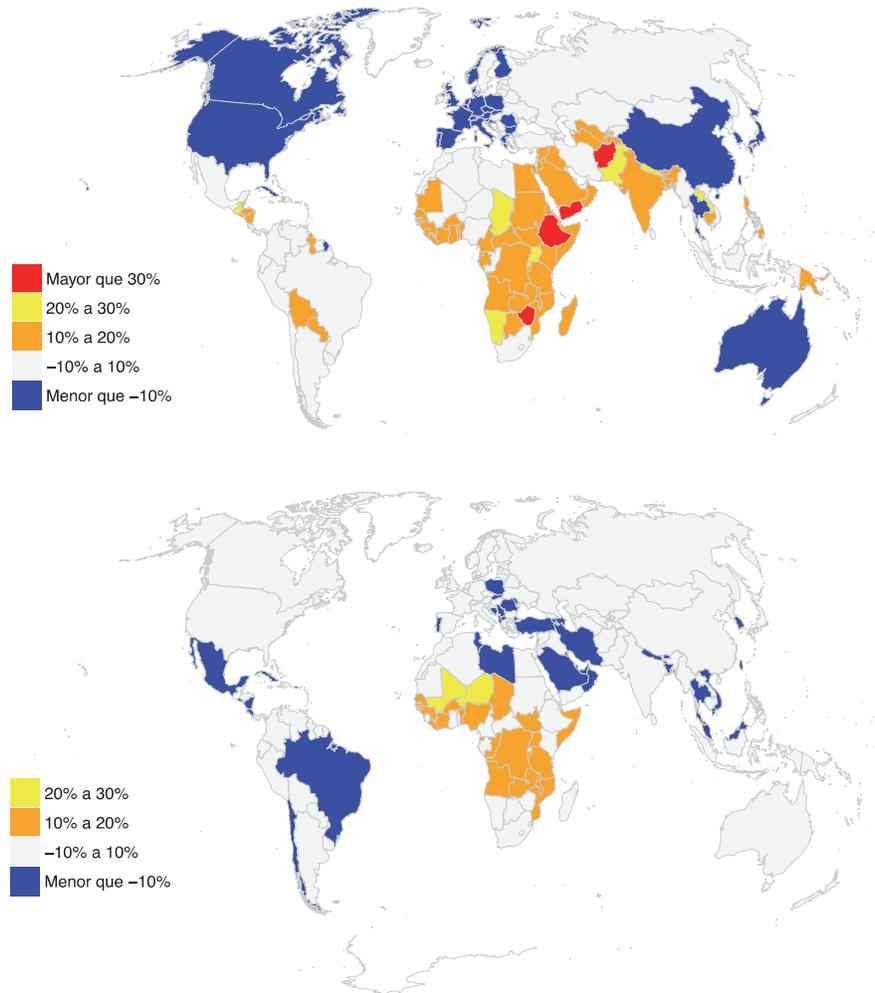
cápita. El efecto es leve, pero notable. El Japón, grandes partes de Europa, Canadá, Australia y Cuba pagarán impuestos demográficos a medida que envejecen sus poblaciones —sufrirán un giro hacia condiciones económicamente más adversas en las próximas décadas.

En el mapa 3c se aprecia la proyección del período comprendido entre 2040 y 2070. Ese lapso marca la desaparición del bono demográfico en el mundo. Unos cuantos países de África continuarían registrando efectos positivos; sin embargo, el bono demográfico habría terminado en la mayoría. En América Latina se observaría el comienzo del período del impuesto demográfico en el Brasil, Chile y Costa Rica, junto con China, Indonesia y una gran parte del Oriente Medio y del norte de África. El impuesto demográfico, así como el bono demográfico, constituyen fases temporales. Una vez que la gran onda de población generada por la disminución de la fecundidad pase por la población, la era de los bonos y los impuestos terminará. Es decir, el mundo está experimentando un evento demográfico único que se desarrollará en el transcurso de este siglo.

Los efectos directos del bono demográfico, como se ha medido aquí, ascienden solamente al 1% por año, en un período de 30 años. Por supuesto, en las economías en las que el PIB per cápita está creciendo a una tasa del 8% o el 9% anual, este impacto demográfico directo representa una proporción pequeña del crecimiento. Sin embargo, los bonos demográficos pueden ser realmente importantes para el bienestar económico. En primer lugar, existen efectos indirectos sustanciales de los cambios de la estructura etaria sobre las economías, que pueden ser mucho más significativos que los efectos directos medidos aquí y que son planteados en la próxima sección. En segundo lugar, también es importante tener en cuenta que la mayoría de los beneficios directos del bono demográfico los experimentarán las familias —y especialmente las más pobres—, dado que la reducción del número de hijos en el hogar aumenta el consumo per cápita dentro de este, así como también la posibilidad de trabajar fuera de él. Entonces, los cambios demográficos no solo han contribuido a un aumento del PIB per cápita, también fueron muy importantes en la reducción de la pobreza en la región. Un reciente informe del UNFPA resume la evidencia macroeconómica: “Transformaciones de estructuras de edad son responsables de una parte sustancial de la reciente reducción de la pobreza en algunos países, debido al bono demográfico” (Hakkert y otros, 2012).

MAPA 3
LA CONTRIBUCIÓN DE LAS TRANSFORMACIONES DE LA ESTRUCTURA
ETARIA AL CRECIMIENTO DEL PIB PER CÁPITA ^a
(En puntos porcentuales)





C. El bono de la igualdad de género

Por lo general, la participación de la mujer en la actividad económica ha sido tradicionalmente baja en América Latina. Sin embargo, en las últimas décadas se ha observado un incremento significativo de este indicador, favorecido por el proceso de transición demográfica, especialmente la reducción de la fecundidad y los cambios del tamaño y la composición de las familias asociados a ella. El incremento de la participación de las mujeres en la actividad económica, en la medida que esté vinculado a empleos de calidad, puede traducirse en un aumento sustancial del aporte que ellas realizan a los ingresos de sus hogares y, por lo tanto, al crecimiento económico y a la reducción de la pobreza. De ahí surge el concepto de *bono de género*, que de manera general se refiere al beneficio económico potencial que se obtiene por el incremento de la participación de la mujer en la actividad laboral. La magnitud económica del bono de género se define como el incremento del producto per cápita que se logra en la medida en que se avanza hacia la equidad de género en la participación económica (Martínez, Miller y Saad, 2013).

Una manera de estimar la magnitud del bono de género en un determinado país sería mediante el aumento de la producción económica per cápita resultante de la paridad laboral entre hombres y mujeres, calculado sobre la base de las cuentas nacionales del país. Se trata de una medida aproximada, ya que no considera en sus cálculos la producción económica que no es captada en las cuentas nacionales, tales como el cuidado de la familia y el trabajo en el hogar. Dado que las mujeres desempeñan estas actividades con mayor frecuencia que los hombres, la estimación en este caso tendería a exagerar la magnitud del verdadero bono de género. Es decir, esta medida trae implícito el supuesto de que las mujeres no generan ningún aporte económico fuera del mercado de trabajo; pero en realidad lo que sucede es que por lo general ellas producen servicios esenciales que, de acuerdo a las prácticas metodológicas actuales, no se incluyen en las cuentas nacionales. De todas formas, si bien esta medida exagera la verdadera magnitud del bono de género, refleja fielmente su impacto en el crecimiento del PIB per cápita medido por las cuentas nacionales.

Se podrá disponer de una imagen precisa de la magnitud del bono de género cuando el uso del tiempo se tenga en cuenta de manera adecuada. Actualmente, Donehower (2013) está desarrollando las Cuentas Nacionales de Transferencias del Tiempo (CNTT) como una cuenta satélite de las cuentas nacionales, con el fin de medir la inversión de tiempo por género y las respectivas transferencias de tiempo entre las personas. De manera similar a lo que sucede con las CNT, las CNTT se estiman para muchos países y para diferentes años. Las comparaciones internacionales de estos datos producirán una rica fuente de información no solo acerca de la magnitud del bono de género, sino también sobre la especialización de género en las economías a lo largo del tiempo, la igualdad de género y la medición de la economía del cuidado, especialmente la provisión de transferencias de tiempo destinadas a los niños y las personas mayores.

A la espera de los resultados que serán posibles gracias a los esfuerzos de los próximos años, se presenta una estimación preliminar de la magnitud del bono de género con respecto al bono demográfico. A falta de datos, se recurre a la utilización de un método muy simplificado para la estimación de estos dos dividendos en dos períodos de 30 años, que representan el pasado reciente y el futuro próximo: 1980-2010 y 2010-2040. Se define el PIB per cápita como el producto de tres factores: la producción por trabajador, la proporción de la población en edad de trabajar (entre 20 y 64 años) y la tasa de participación laboral del mismo tramo etario. El crecimiento del PIB per cápita se deriva del crecimiento de esos tres factores. El tamaño del bono demográfico está representado por la tasa de crecimiento anual de la proporción de la población en edad de trabajar durante el intervalo. En tanto, la tasa de crecimiento anual de la participación laboral durante el intervalo es el indicador del tamaño del dividendo de género. La mayor parte del cambio de la tasa de participación laboral en el pasado reciente (y en un futuro próximo) se debe al crecimiento de la oferta laboral femenina. Por esta razón, es posible aproximarse fácilmente a la contribución de la participación laboral de las mujeres mediante el uso de los cambios de la participación total de la fuerza de trabajo. Estas medidas pueden ser consideradas como aproximaciones a la contribución de estos factores al crecimiento del PIB per cápita durante los intervalos.

De esta manera, se puede medir en forma bruta el tamaño aproximado de las contribuciones de los cambios demográficos y el aumento de la participación laboral de las mujeres al crecimiento económico en el pasado reciente y el futuro cercano. También es posible evaluar la magnitud relativa del bono de género con respecto al bono demográfico. Como ejemplo se considera el caso del Brasil. La población en edad de trabajar creció de 57 millones en 1980 a 115 millones en 2010. La población total creció a un ritmo más lento, de 122 millones a 195 millones. Este crecimiento más rápido de la población en edad de trabajar que de la población total incrementó la proporción de la primera del 46% al 59%. El crecimiento de este factor es la medida de la contribución del bono demográfico al crecimiento del PIB per cápita en el Brasil: 0,8% anual durante este período. Como ya se indicó, la contribución del bono de género al

crecimiento del PIB per cápita se mide a partir de la tasa de crecimiento de la participación de la fuerza laboral en el rango de 20 a 64 años de edad. En el Brasil, la tasa de participación en la fuerza laboral aumentó del 65,4% en 1980 al 78,6% en 2010, o un aumento anual del 0,6% durante este período. Por lo tanto, el dividendo de género jugó un papel tan importante como el bono demográfico en el crecimiento económico reciente del Brasil.

En el gráfico 15, el panel A muestra las contribuciones anuales de los dos bonos combinados (demográfico y de género) al crecimiento económico anual de 20 países de América Latina en el pasado reciente (1980-2010). El impacto estimado sobre el crecimiento del PIB per cápita es considerable: casi todos los países muestran una contribución de más de un punto porcentual por año al crecimiento —con la excepción de Cuba, Haití y el Uruguay. El país con el mayor bono combinado durante el pasado reciente fue Colombia, donde el impacto sobre el crecimiento del PIB per cápita fue de 1,8 puntos porcentuales. Las contribuciones del bono de género y del bono demográfico fueron más o menos iguales allí. Observando todos los países se encuentra que, en promedio, el bono de género fue casi tan grande como el bono demográfico durante este período. En promedio, el bono de género contribuyó aproximadamente 0,6 puntos porcentuales al crecimiento anual del PIB per cápita, igual que el dividendo demográfico. Esa es precisamente una de las principales conclusiones: que el bono de género es casi tan significativo como el bono demográfico.

Sin embargo, aparece una variación sustancial entre los países. La Argentina, Bolivia (Estado Plurinacional de), Colombia, el Ecuador y Guatemala tuvieron bonos de género por encima de la media regional —que contribuyeron en más de 0,8 puntos porcentuales por año al crecimiento del PIB per cápita. Mientras, otros países como Cuba y Haití registraron bonos de género inferiores a esa medida —con contribuciones inferiores a los 0,2 puntos porcentuales. Respecto del bono demográfico se evidenció una variación similar durante el pasado reciente: en el Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba y México fue superior a la media en el período —contribuciones de más de 0,8 puntos porcentuales anuales al crecimiento del PIB per cápita—, en tanto que otros países, tales como la Argentina, Guatemala y el Uruguay, registraron bonos inferiores a ese parámetro, con un dividendo demográfico que contribuyó menos de 0,2 puntos porcentuales al crecimiento anual del PIB per cápita.

Si se mira hacia el futuro próximo, las estimaciones del impacto combinado de los bonos demográfico y de género en el período 2010-2040 ponen en evidencia cambios entre los países (véase el gráfico 16, panel B). Se proyecta que Colombia, que tuvo el bono combinado más alto de los últimos tiempos (1,8 puntos porcentuales), pasaría a tener uno de los dividendos más bajos en un futuro próximo (0,4 puntos porcentuales). Haití, que al contrario registró el bono combinado más bajo en el pasado reciente (0,4 puntos porcentuales), alcanzaría un bono combinado de 0,9 puntos porcentuales en el futuro cercano. Además, se prevé que varios países tendrán bonos que excedan un punto porcentual por año: Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua.

En comparación con el pasado reciente, se observa una disminución del tamaño del bono demográfico en la mayoría de los países de la región (16 de 20). En promedio, la contribución de este bono al crecimiento del PIB per cápita caería de 0,6 a 0,3 puntos porcentuales. La contribución del bono de género al crecimiento económico, en tanto, también se reduciría desde 0,6 a 0,4 puntos porcentuales. Por lo tanto, en promedio, el dividendo de género será más importante que el bono demográfico en América Latina en el período considerado. Se proyecta que en 12 de los 20 países el dividendo de género excederá el bono demográfico. Este hallazgo tiene implicaciones importantes para la dirección de las futuras investigaciones y políticas públicas en la región.

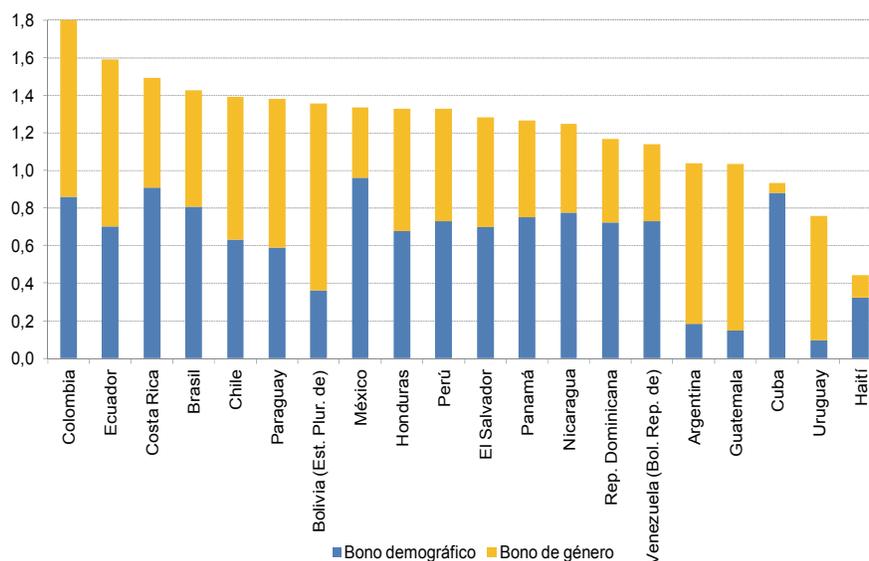
En América Latina, como en gran parte del mundo en desarrollo, se está experimentando un incremento sustancial y sostenido de las tasas de participación económica de las mujeres, que conduce hacia una convergencia de la participación femenina hacia la magnitud de la participación masculina. Entre los principales factores relacionados con la creciente participación

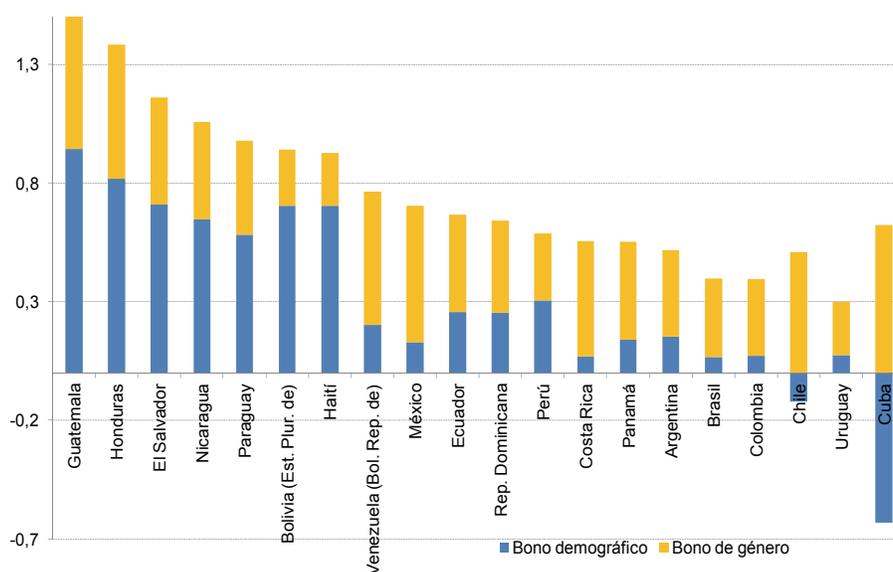
de las mujeres sobresale el descenso de la fecundidad, asociado al proceso de transición demográfica, así como una serie de transformaciones interrelacionadas con él, como la reducción del tamaño y el cambio de la estructura de los hogares, el aumento del nivel educativo de las mujeres y sus indudables avances en el logro de una mayor autonomía.

A pesar de ello, la brecha entre las tasas de participación económica de mujeres y hombres aún es muy alta e incluso los países más avanzados de la región muestran un importante retraso comparado con lo que han logrado algunos países europeos. Esto sugiere que persisten condiciones culturales y factores estructurales en el mercado laboral que no solo dificultan el acceso y la permanencia de las mujeres en el empleo, sino que además implican que reciban menores remuneraciones que los hombres. De ahí la existencia de un amplio margen para el aprovechamiento del bono de género en la región, capaz de generar un aumento importante de la producción económica per cápita, en la medida que se avance hacia la paridad entre mujeres y hombres en el mercado de trabajo. Tal contexto plantea a todos los países el reto y la oportunidad de avanzar en la implementación de políticas tendientes a estimular la participación femenina en igualdad de condiciones que la masculina. Se ha demostrado que la autonomía de la mujer tiene un alto impacto positivo en sus posibilidades de participación económica. Por lo tanto, debe favorecerse su empoderamiento mediante su presencia en todas las esferas de la vida social, desde el hogar, pasando por el espacio comunitario, hasta la participación política en las altas esferas del poder, todo ello en el marco de acciones tendientes a la transformación de los factores culturales relacionados con la distribución tradicional de los roles productivos y reproductivos entre mujeres y hombres. La economía de la nueva era demográfica en América Latina depende de manera crucial de la promoción de la igualdad entre hombres y mujeres.

GRÁFICO 15
AMÉRICA LATINA: IMPACTO DE LOS BONOS DEMOGRÁFICO Y DE GÉNERO
SOBRE EL PIB PER CÁPITA, 1980-2010 Y 2010-2040^a
(En puntos porcentuales)

A. 1980-2010



B. 2010-2040

Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013.

^a La contribución del bono demográfico al crecimiento del PIB per cápita durante cada período de 30 años se mide como la diferencia entre el crecimiento de la población en edad laboral (de 20 a 64 años) y la población total durante ese lapso. La contribución del bono de género se mide como el crecimiento de la tasa de participación laboral de aquellas personas de entre 20 y 64 años de edad (dado que la mayor parte de este crecimiento, tanto en el pasado reciente como en el futuro próximo, ocurrirá debido a la creciente participación de las mujeres).

D. La tasa de cambio demográfico

Prácticamente todos los países de la región se enfrentan con problemas para ampliar la cobertura de sus sistemas de educación y pensiones. En este apartado se analiza en qué medida los cambios demográficos contribuyen a disminuir o aumentar esos retos.

1. Cómo la educación de calidad se vuelve asequible

Mientras que el bono demográfico es transitorio, la capacidad de financiar una educación de calidad para todos los niños y jóvenes debido al descenso significativo de su peso en la población es una característica permanente de las nuevas economías de América Latina. La gran reducción de la proporción de niños y jóvenes hace que sea posible extender a todos los beneficios de una educación de alta calidad de la que antes solo se beneficiaba una pequeña minoría. Al invertir en la juventud, los países promueven la igualdad y simultáneamente preparan la futura fuerza de trabajo para hacer frente a los retos del envejecimiento de la población. Aquí, como en las secciones anteriores, se presentan resultados que hacen hincapié en el impacto del cambio demográfico en las posibilidades económicas.

La proporción de recursos que las sociedades destinan a la educación es tanto el resultado de decisiones políticas como de la situación demográfica de cada país. Esto es fácil de demostrar con datos recientes sobre el gasto público en educación. El gasto en educación pública como porcentaje del PIB puede descomponerse en dos factores: la generosidad promedio del beneficio recibido por cada individuo y la estructura por edad de la población. El primer factor es el resultado de decisiones de política pública, mientras que el segundo se relaciona con los cambios demográficos.

Las políticas públicas determinan la relación de generosidad de beneficios (RGB), que mide el gasto educativo promedio por joven en relación con el PIB por adulto en edad de trabajar. Es una medida de la inversión en la educación de los niños y jóvenes con respecto a la productividad de la población en edad de trabajar en esa economía. La influencia de la demografía sobre el gasto en educación se refleja en la relación de dependencia de la educación, que se define como la proporción de la población “en riesgo” de recibir el beneficio educativo dividida por la población en edad de trabajar. El gasto total es el producto de esos dos factores. El gráfico 16 presenta los niveles de gasto corriente de los países. Las estimaciones del gasto público en educación como porcentaje del PIB se han tomado de la UNESCO, mientras que las estimaciones de la relación de dependencia educativa se calcularon sobre la base de los datos de población de las Naciones Unidas. La relación de generosidad de los beneficios se calcula como residuo.

Los datos de la relación de dependencia de la educación (que se muestran a lo largo del eje horizontal) varían de 25 jóvenes en edad escolar por cada 100 adultos en edad de trabajar en los países europeos, como España, Italia y Eslovenia, hasta alrededor de 100 jóvenes en edad escolar por cada 100 adultos en edad laboral en los países africanos como Etiopía, Nigeria y Uganda. Por lo tanto, los dos grupos enfrentan cargas demográficas muy distintas para educar a la siguiente generación.

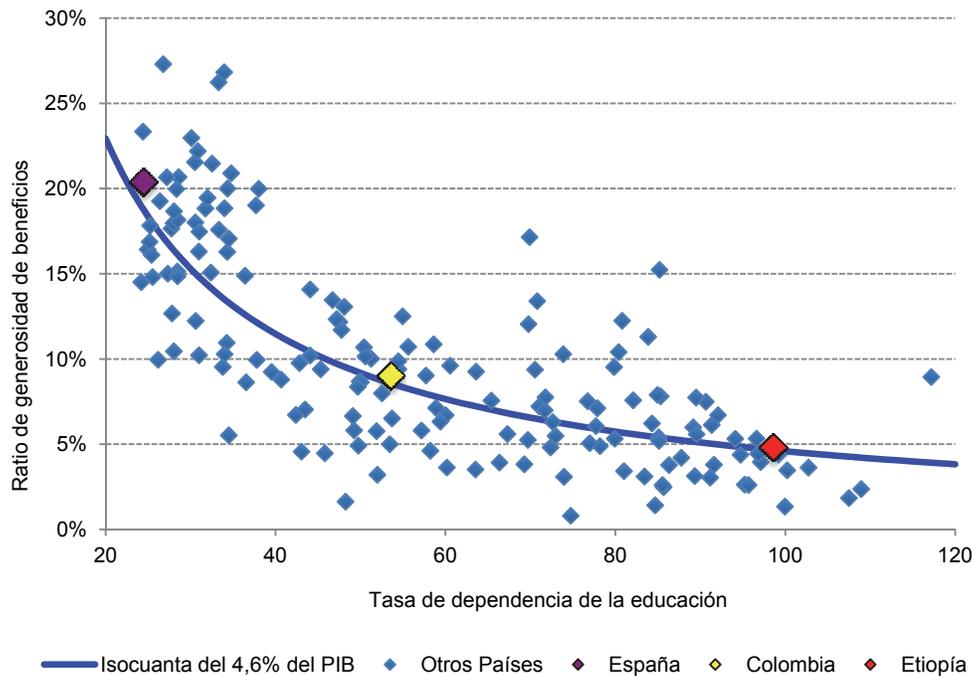
La relación de generosidad de beneficios (que se muestra a lo largo del eje vertical) varía desde alrededor del 2% en los países africanos del Chad, Eritrea y Uganda hasta alrededor del 22% en los países europeos de Bélgica, Dinamarca y Finlandia —una diferencia de diez veces en la inversión en educación por joven. Esta amplia distancia se debe a las diferencias tanto en las tasas de matrícula como en el gasto por estudiante (para un análisis más detallado de esas diferencias en materia de educación secundaria, véase CEPAL, 2009). La curva isocuanta que aparece en el gráfico muestra todas las combinaciones posibles de la RGB y de la relación de dependencia educacional que arrojan un 4,6% del PIB destinado a la educación (la mediana del gasto). En promedio, Colombia, España y Etiopía están destinando la misma cantidad relativa de recursos para la educación de la siguiente generación (alrededor del 4,6% de su PIB), pero con montos significativamente diferentes de inversión por joven debido a las divergencias de sus estructuras etarias. Sobre la base de este análisis transversal, parece que los países no están dispuestos políticamente o no son económicamente capaces de responder a las grandes poblaciones de jóvenes con un aumento del gasto público en educación. Se observa poca variación en el gasto total en educación pública en países con muy diferentes estructuras por edad de su población. En consecuencia, la inversión en educación por joven está inversamente relacionada con el tamaño relativo de la población juvenil.

El cambio demográfico en América Latina debido a la reducción del número relativo de niños y jóvenes en la población generará una disminución sustancial y permanente del costo asociado con la financiación de la educación, lo que permitirá un aumento significativo del gasto en educación por persona. En el gráfico 17 se comparan cuatro tendencias de la relación de dependencia de la educación en América Latina durante el período 1950-2070. En los países de la tendencia I —Brasil, Colombia, Costa Rica, Ecuador, México, Panamá, Perú, República Dominicana y Venezuela (República Bolivariana de)— la relación de dependencia de la educación comenzó a disminuir de manera significativa durante 1970, cuando se encontraba alrededor de los 90 jóvenes en edad escolar por cada 100 adultos en edad de trabajar, hasta alrededor de 30 jóvenes por cada 100 adultos hacia 2070. Los países de la tendencia II —Bolivia (Estado Plurinacional de), El Salvador, Guatemala, Haití, Nicaragua y Paraguay— muestran un comportamiento similar, pero la disminución de la relación de dependencia de la educación empezó entre 15 y 20 años más tarde, el mismo rezago que tuvo la disminución de su fecundidad en relación con la experimentada en los países de la tendencia I. Aun con un retraso en el inicio de la disminución, estos países muestran un rápido descenso de la dependencia educativa de 90 jóvenes en edad escolar por cada 100 adultos en edad laboral hasta los 30 o 40 jóvenes en edad escolar por cada 100 adultos en edad de trabajar en

2070. Dos países, Chile y Cuba, presentan una tercera tendencia de descenso temprano y rápido, pasando de valores de alrededor de 70 jóvenes en edad escolar por cada 100 adultos en edad laboral a comienzos del período considerado hasta 30 o 40 por cada 100 en 2020. Una cuarta tendencia se observa en la Argentina y el Uruguay, que ya registraban relaciones de dependencia de la educación más bajas que la de la región en general en la década de 1950, porque su fecundidad ya era bastante inferior a la de los demás países.

Para la mayoría de los países de la región, la disminución de la relación de dependencia de la educación será de tres veces, es decir, se pasará de una población en edad escolar que fue de aproximadamente el mismo tamaño que la población en edad de trabajar a otra que será inferior a un tercio del tamaño de la población en edad laboral, lo que permitiría una triplicación de la inversión en la educación de la juventud sin ningún cambio en la inversión social total. El envejecimiento de la población, entonces, trae aparejado un cambio fundamental y permanente en estas nuevas economías: la posibilidad de financiar una educación de calidad para todos.

GRÁFICO 16
RELACIÓN DE DEPENDENCIA DE LA EDUCACIÓN Y RELACIÓN DE GENEROSIDAD DE BENEFICIOS, ALREDEDOR DE 2010 ^a

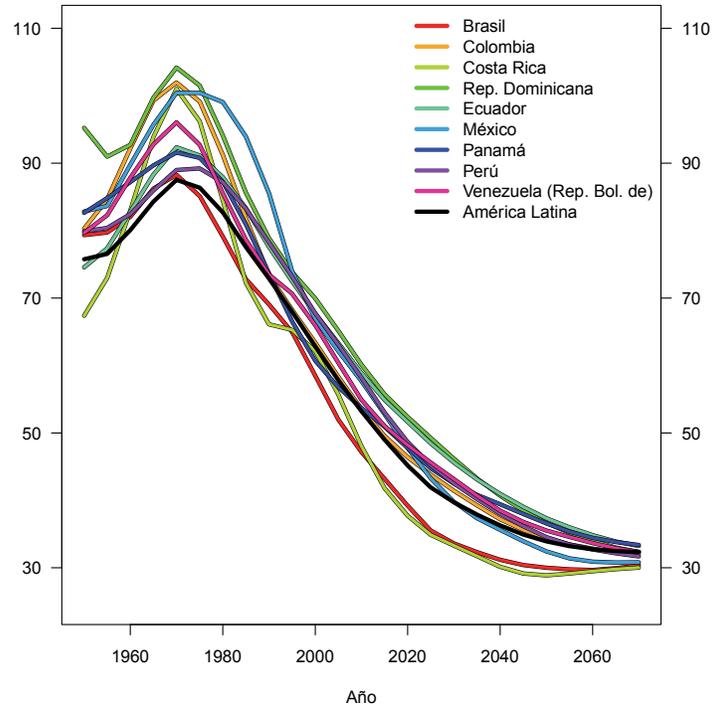


Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013, y UNESCO, Institute for Statistics, [base de datos en línea], <http://www.uis.unesco.org/datacentre/pages/default.aspx>.

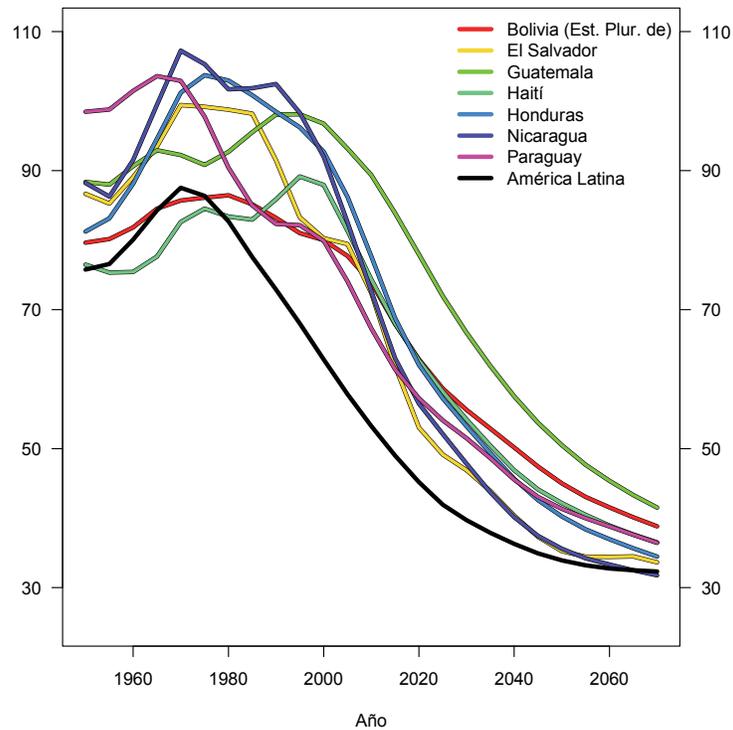
^a La ratio de generosidad de beneficios en materia de educación se define de manera residual, pues se deriva de la división entre el gasto en educación como porcentaje del PIB y la relación de dependencia de la educación.

GRÁFICO 17
AMÉRICA LATINA: CUATRO TENDENCIAS TÍPICAS DE LA RELACIÓN
DE DEPENDENCIA DE LA EDUCACIÓN, 1950-2070^a

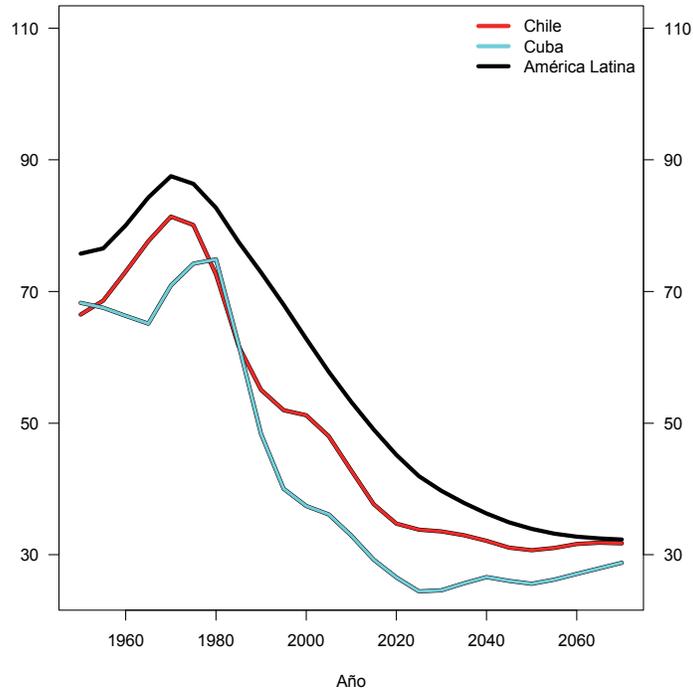
A. Tendencia I



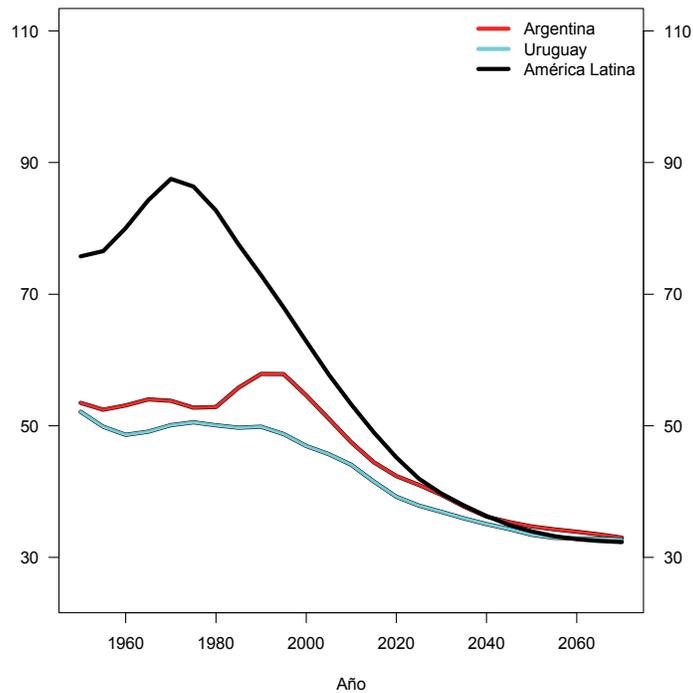
B. Tendencia II



C. Tendencia III



D. Tendencia IV



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013.

^a La relación de dependencia de la educación se define como la población en edad escolar (de 6 a 21 años) dividida por la población en edad de trabajar (de 20 a 64 años).

2. Cómo las pensiones decentes se vuelven más costosas

Si bien los cambios demográficos provocarán una reducción sustancial de la carga fiscal asociada al financiamiento de la educación, y posibilitarían una ampliación significativa de la cobertura de ese sector, también están dificultando de manera creciente el financiamiento de los sistemas de reparto de pensiones. En muchos países de la región, esta inquietud sobre la sostenibilidad fiscal a largo plazo de los sistemas públicos de pensiones condujo a su reforma, mediante la introducción de un sistema de cuentas individuales capitalizadas. En esta sección se examinan los distintos efectos del cambio demográfico en estos sistemas de reparto, mediante el mismo enfoque utilizado en el análisis de la educación.

El gasto en pensiones públicas como porcentaje del PIB también es el producto de dos factores: el político y el demográfico. El efecto de la política se mide por la relación de generosidad de los beneficios: el beneficio promedio de pensiones por persona mayor (de 65 años y más) en relación con el PIB por adulto en edad de trabajar (la RGB). El efecto demográfico se mide a través de la relación de dependencia de las personas mayores: la población de 65 años y más en relación con la población en edad de trabajar (de 20 a 64 años)⁸. En el gráfico 18 se muestran estos dos valores.

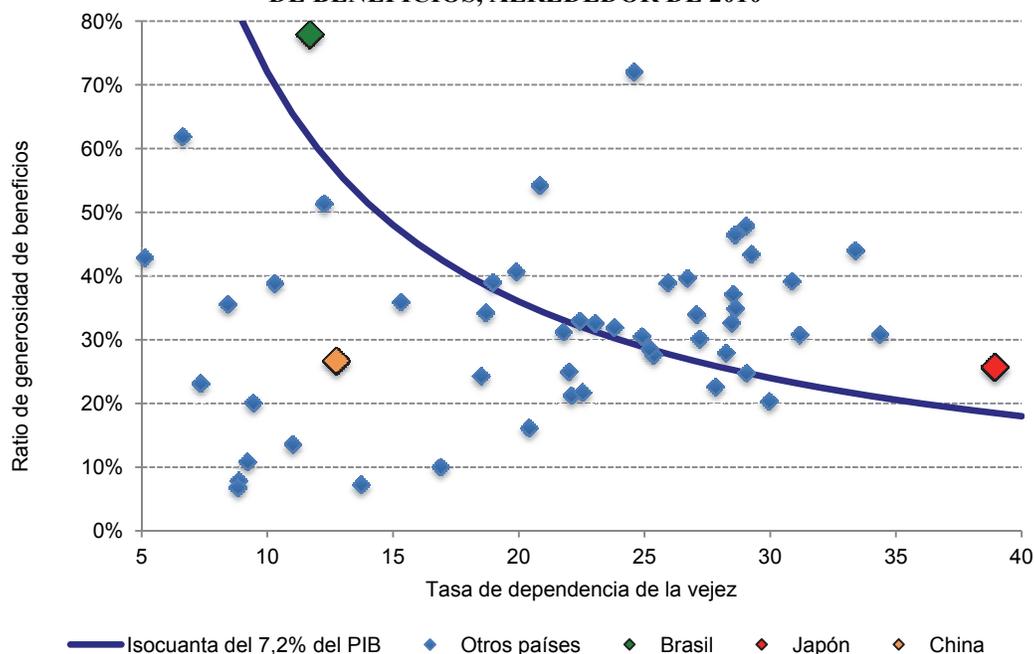
Al igual que en el caso de la educación, los países enfrentan restricciones demográficas significativamente distintas. La ratio de dependencia para el sector de las pensiones (la relación de dependencia de las personas mayores) se muestra en la coordenada horizontal del gráfico 18. En un extremo se encuentra el Japón, donde las personas mayores representan más de un tercio de la población en edad de trabajar. La India, Indonesia y el Pakistán se encuentran al otro extremo, en el que el grupo de las personas mayores constituye menos del 10% de la población en edad de trabajar.

En el mismo gráfico, la RGB en el caso de las pensiones públicas aparece en el eje vertical. Como se ve, hay una gran variación en los niveles de generosidad de las pensiones en todos los países, especialmente aquellos con pequeñas proporciones de personas mayores, lo que se refleja en las grandes diferencias en el gasto que se realiza en pensiones como porcentaje del PIB. Esta amplia variación en la dimensión política de este tema es sorprendente. Por ejemplo, el Brasil y China tienen situaciones demográficas similares: las personas mayores representan el 12% de la población en edad de trabajar en el Brasil y el 13% en China. Sin embargo, la generosidad de la pensión promedio en el Brasil es la más alta del mundo, 78% del PIB medio por adulto en edad de trabajar, mientras que en China es un modesto 27%. Como resultado, a pesar de las condiciones demográficas semejantes, el Brasil gasta casi tres veces más que China en materia de pensiones (9,1% del PIB, frente al 3,4%). Incluso este país sudamericano gasta más en pensiones públicas de lo que invierte en la educación pública, a pesar de tener una estructura etaria relativamente joven. De hecho, gasta en pensiones aproximadamente la misma cantidad que el Japón (10% del PIB), a pesar que este último tiene una de las poblaciones más envejecidas del mundo (sus personas mayores representan el 39% de la población en edad de trabajar). En el gráfico 18 se observa también la curva isocuanta para el 7,2% del PIB en pensiones públicas (la mediana de los países). Como se vio en el apartado anterior, había poca variación en el gasto educativo de los países como proporción del PIB, lo que demostraba la incapacidad o falta de voluntad de sus gobiernos para responder a las grandes poblaciones de niños y jóvenes. En el caso de las pensiones sucede lo contrario: en general, el gasto total en pensiones aumenta cuando el número de personas mayores se incrementa. De estos datos de corte transversal se deduce que los países pueden y están dispuestos a ampliar los recursos destinados a su población de personas

⁸ Como ya se indicó, en este documento la población en edad de trabajar se define como el grupo comprendido entre los 20 y los 64 años, en tanto que se consideran como grupos dependientes el de 0 a 19 años y el de 65 años y más. Se escogieron esas divisiones porque reflejan de mejor manera la nueva realidad económica de estas poblaciones en el siglo XXI. Por supuesto, la dependencia demográfica es una medida cruda, y no captura la dependencia económica real ni refleja los cambios en los roles económicos a través del tiempo.

mayores cuando esta crece, con el fin de mantener el beneficio promedio. Se volverá a abordar este tema más adelante en el documento, cuando se discuta el surgimiento del Estado intergeneracional.

GRÁFICO 18
RELACIÓN DE DEPENDENCIA DE PERSONAS MAYORES Y RELACIÓN DE GENEROSIDAD DE BENEFICIOS, ALREDEDOR DE 2010^a



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013, y B. Clements y otros, *The Challenge of Public Pension Reform in Advanced and Emerging Economies*, Occasional Paper N° 275, International Monetary Fund, 2013.

^a La ratio de generosidad de beneficios en materia de pensiones se define como residual, derivada de la división del gasto en pensiones como porcentaje del PIB por la relación de dependencia de las personas mayores.

La historia demográfica de América Latina ha demostrado que estos sistemas de pensiones relativamente generosos fueron desarrollados y ampliados a lo largo de varias décadas, durante las cuales hubo una presión demográfica bastante reducida sobre los costos. Hasta hace muy poco, en la mayoría de los países de la región las ratios de dependencia de las pensiones se mantenían en su mayor parte inalterables. Sin embargo, en las próximas décadas se espera un incremento impresionante.

En el gráfico 19 se muestran tres tendencias con respecto a la relación de dependencia de las personas mayores en la región. Los países que estaban más avanzados en la transición demográfica, como la Argentina, el Brasil, Chile, Costa Rica, Cuba y el Uruguay, están agrupados en el panel A del gráfico. Después de décadas con la relación de dependencia de personas mayores constante o ligeramente en aumento, en el período 2000-2015 estos países ingresan a una fase marcadamente creciente de esta relación. El grupo de las personas mayores pasará de representar alrededor del 15% de la población en edad de trabajar a constituir entre el 40% y el 60% antes de 2070. Este triple o cuádruple aumento de la relación de dependencia de las personas mayores implicaría la triplicación o cuadruplicación de gastos en pensiones en estas economías. En el caso de Cuba, se pronostica que la relación de dependencia de las personas

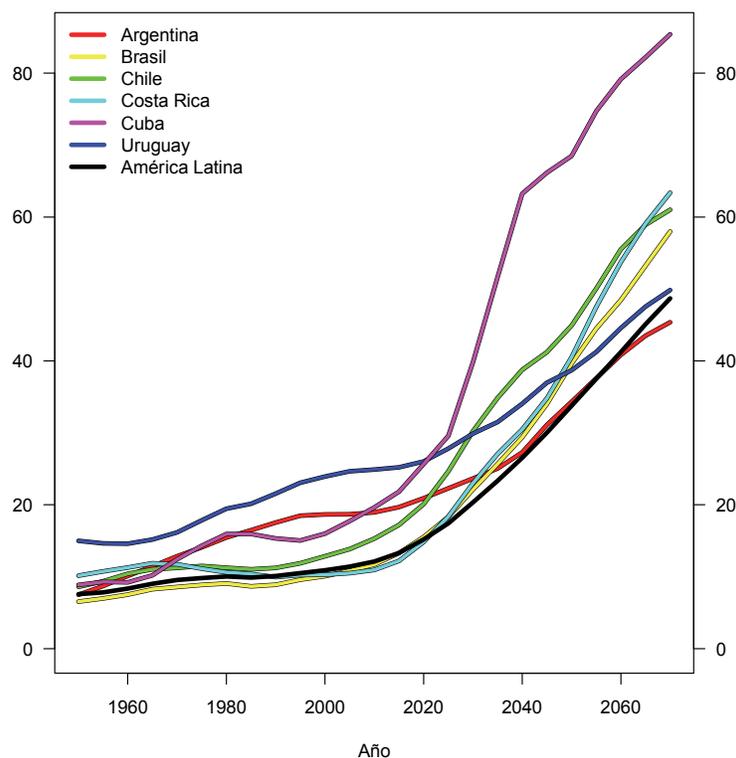
mayores va a aumentar a un ritmo sin precedentes entre 2020 y 2040, y este segmento etario llegará a representar más del 80% de la población en edad de trabajar antes de 2070.

En el panel B del gráfico 19 se presenta el segundo grupo de países: Colombia, el Ecuador, El Salvador, México, Nicaragua, Panamá, el Perú, la República Dominicana y Venezuela (República Bolivariana de). Este grupo también va a experimentar una triplicación de la relación de dependencia de las personas mayores, y de ahí la triplicación de los costos de las pensiones en la economía, puesto que este grupo etario crecerá desde por debajo del 15% de la población en edad de trabajar hasta llegar a representar alrededor del 45% de esta antes de 2070. Después de décadas en que el grupo de las personas mayores era una proporción estable de la población en edad de trabajar, el cambio demográfico traerá consigo un aumento radical y continuo de la relación de dependencia, que comienza alrededor de 2020. El tercer grupo está compuesto por países con poblaciones todavía relativamente jóvenes: Bolivia (Estado Plurinacional de), Guatemala, Haití, Honduras y el Paraguay. Estos países experimentarán una duplicación del tamaño relativo de su población de personas mayores, pero no se sentirá este aumento hasta después de 2040.

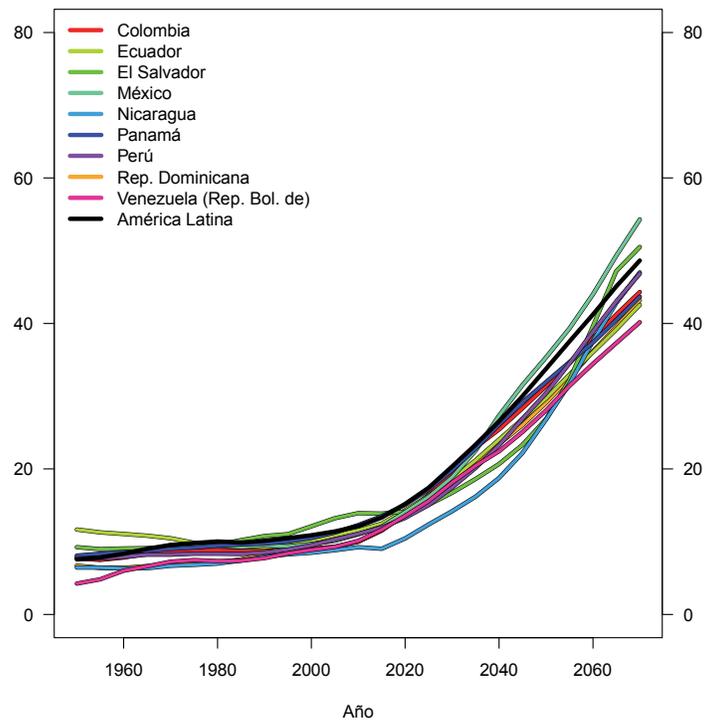
Si se mantuvieran los niveles actuales de generosidad de las pensiones (por ejemplo, en el caso del Brasil o Chile), estos cambios demográficos llevarían a grandes incrementos del porcentaje del PIB destinado a las pensiones públicas. Pero muchos países de América Latina han implementado reformas de sus sistemas de pensiones (algunos con la introducción de sistemas contributivos prefinanciados) que reducirán el impacto de estos cambios demográficos en los presupuestos gubernamentales y lo desplazarán hacia las familias y las personas. Aunque el envejecimiento de la población ejercerá una presión cada vez mayor sobre los sistemas de pensiones, es posible que su impacto en la atención de la salud sea aún más grande, un tema que se discute en la siguiente sección.

GRÁFICO 19
AMÉRICA LATINA: TRES TENDENCIAS TÍPICAS DE LA RELACIÓN
DE DEPENDENCIA DE LAS PERSONAS MAYORES, 1950-2070 ^a

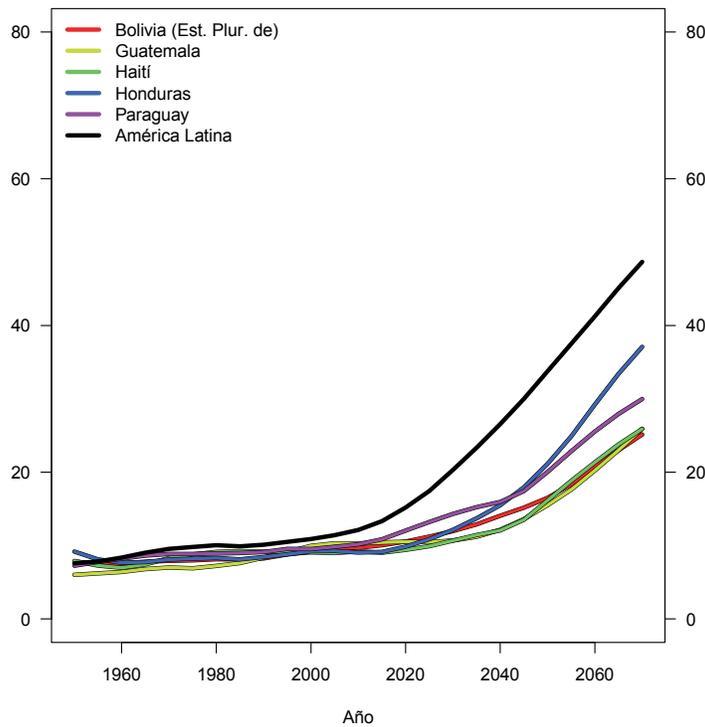
A. Tendencia I



B. Tendencia II



C. Tendencia III



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013.

^a La relación de dependencia de las personas mayores se calcula como la población de 65 años y más dividida por la población en edad de trabajar (de 20 a 64 años).

E. El aumento de las enfermedades crónicas y el predominio del gasto en el sector de la salud

Es probable que las tendencias combinadas del envejecimiento de la población y el rápido crecimiento económico previsto para las economías de América Latina⁹ den lugar a un aumento rápido y sostenido del gasto en el sector de la salud. Una proyección reciente del CELADE de los costos de salud para el Brasil, Chile y México previó una duplicación del tamaño de ese sector en relación con el PIB de estas economías antes de 2060 (CEPAL, 2013b). Estos aumentos no tienen precedentes, pero son previsibles dadas las tendencias del envejecimiento de la población y los cambios en los tipos de atención que presta el sector de la salud a medida de que las economías se fortalecen.

Existen diferencias notables en el gasto en salud según la edad entre los países de renta alta y media. El gráfico 21 muestra el promedio de los gastos anuales en salud por edad alrededor de 2010 sobre la base de datos de 22 países. El gasto se ha normalizado para las distintas monedas, expresándolo en relación con el PIB por adulto en edad de trabajar en cada economía. En las economías de renta alta, el gasto en salud anual durante el primer año de vida es equivalente al 5% del PIB por persona en edad de trabajar. Este gasto se reduce después de la infancia, llega a su punto más bajo durante los años de la adolescencia y luego vuelve a aumentar hasta alcanzar el máximo en la etapa de edad más avanzada. En el grupo etario de 90 años y más el gasto anual en salud es equivalente al 20% del PIB por persona en edad de trabajar —o cuatro veces más que el gasto promedio en la infancia y siete veces más que en las personas de 30 años. Esta tendencia del gasto en salud a incrementarse con la edad de las personas es un patrón que comparten las economías de renta alta y media. En términos comparativos, los primeros gastan una proporción mayor de su ingreso en salud en todos los grupos de edad, pero particularmente en las personas mayores.

Estas diferencias en el gasto en salud en edades más avanzadas entre las economías de renta alta y media reflejan una combinación de factores. Uno de ellos es que en las economías avanzadas el cuidado de las personas mayores tiende a ser proporcionado mediante el mercado, mientras que en los países de ingresos medios lo provee la familia, y se trata de un servicio no remunerado y por eso no es habitualmente medido, cuantificado monetariamente, ni aparece en las cuentas nacionales. Otro factor clave es que en las economías avanzadas las enfermedades crónicas se tratan de manera más agresiva e intensiva, y por lo tanto se dedican más recursos hacia el tratamiento de las personas mayores con estas condiciones. También podría considerarse el factor del poder político, ya que se trata principalmente de gastos públicos y por lo tanto es posible que las personas mayores adquieran una influencia creciente en las decisiones al respecto a medida que las sociedades envejecen¹⁰. Cualquiera que sean las causas que subyacen a este cambio de los patrones de gasto, parece lógico suponer que a medida que los países de renta media se hacen más ricos, su patrón de gasto en salud se aproximará al observado en los países de renta alta. Es probable que el crecimiento económico produzca un aumento de los gastos en salud en cada edad, pero especialmente en las más avanzadas. Sin embargo, es difícil pronosticar la velocidad con que cambiará el patrón del gasto por edad, debido a que obedece a un conjunto de factores —tecnológicos, económicos y políticos.

La otra tendencia que conduce a un aumento de los gastos en salud es el envejecimiento de la población. Este factor demográfico se puede pronosticar con exactitud considerable para muchas décadas en el futuro, ya que la población de personas mayores de 2070 ya ha nacido. Como se señaló en la sección anterior sobre las pensiones, las población de América Latina

⁹ Por ejemplo, la OCDE prevé un rápido crecimiento del PIB per cápita para las próximas cuatro décadas en la Argentina, Chile, México y el Brasil, con tasas de crecimiento anual del 2,5% hasta 2060 (Johansson y otros, 2013).

¹⁰ Un ejemplo en este sentido es la reforma de la Constitución del Uruguay para asegurar la indexación de los beneficios en las jubilaciones.

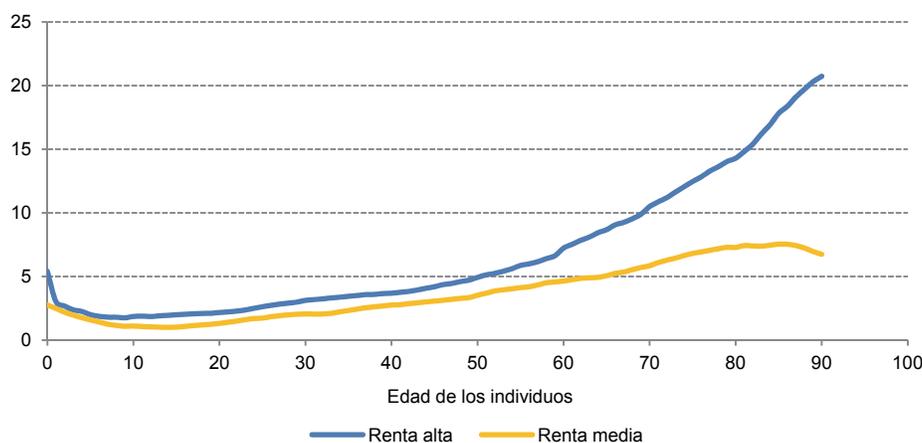
experimentará un rápido y sostenido envejecimiento en las próximas décadas. La posibilidad de una duplicación del tamaño del sector de la salud en relación con el PIB en 2070 se debe a los efectos combinados del envejecimiento de la población y del crecimiento económico. Es decir, el impacto de la creciente proporción de personas en edades avanzadas y la mayor longevidad se magnifica por el cambio hacia un mayor gasto en salud por persona en este grupo etario, impulsado por el crecimiento económico.

Debido a que los gastos en salud destinados a las personas mayores son financiados principalmente por el sector público, es probable que su aumento se refleje en un incremento de los gastos del gobierno. Un estudio reciente sobre 10 países de América Latina encontró que para muchos gobiernos financiar los costos del sector de la salud probablemente represente un desafío mayor que la financiación del costo de las pensiones públicas (Miller, Mason y Holz, 2011; Miller y Castanheira, 2013). A pesar que el debate público se ha centrado en gran medida en las pensiones, es probable que el sector de la salud surja como un importante desafío fiscal de estas economías envejecidas. Otras implicaciones para los gobiernos se discuten en la siguiente sección.

Junto con el importante incremento del tamaño del sector de la salud, también se producirán notables transformaciones en los tipos de servicios ofrecidos, de acuerdo con la evolución de la población atendida, cubriendo necesidades muy diferentes de aquellas a las que se orienta el sistema de hoy. Para ilustrar este proceso de cambio, se presentan estimaciones de la proporción de gastos en el sector de la salud destinados a las personas mayores (véase el gráfico 21). En 2010 las estimaciones se basan en la distribución por edades de la población en ese año ponderando por el gasto promedio en salud por persona según edad en las economías de renta media. En 2070 se proporcionan dos estimaciones sobre la base de diferentes patrones del gasto por edad. Las estimaciones del patrón A consideran la distribución por edades de la población en 2070, ponderando por el gasto promedio en salud por persona según edad en las economías actuales de renta alta. Es decir, el patrón A asume que los actuales países de renta media adoptarán los patrones de gasto observados en los países de renta alta de hoy. Las estimaciones para el patrón B se basan en la distribución por edades de la población en 2070, ponderando por el gasto en salud por persona según edad en las economías de renta media de hoy. Es decir, se asume que los actuales países de renta media mantienen sus patrones de gasto por edad.

En América Latina, la mediana del gasto en salud dedicado a las personas mayores en la actualidad es del 17% del gasto total. Incluso los países con una alta proporción de personas de edad avanzada, como la Argentina, Chile, Cuba y el Uruguay, dedican menos del 30% de su gasto en salud a las personas mayores. Pero esto va a cambiar drásticamente en las próximas décadas, debido a la sinergia generada por el envejecimiento de la población y la creciente intensidad del uso de la atención de salud entre las personas mayores. En 2070, la mediana del gasto en salud dedicada a las personas mayores alcanzará el 53% del gasto total. Esta gran reorientación de los recursos de salud hacia las personas mayores es impulsada principalmente por el aumento de la cantidad de personas de este grupo etario, y se prevé que ocurrirá incluso si los patrones específicos de edad de los gastos no cambian desde el perfil de ingresos medios al de ingresos altos. La profunda transformación apuntará hacia un escenario con sistemas de atención de la salud en los que la mitad del gasto se dedicará a las personas mayores. Las enfermedades crónicas jugarán un papel importante en el funcionamiento de las nuevas economías de América Latina. Es esperable que los grandes aumentos del gasto se produzcan en los servicios de salud dedicados a las enfermedades crónicas, como las patologías del corazón, el cáncer, la enfermedad pulmonar y la diabetes.

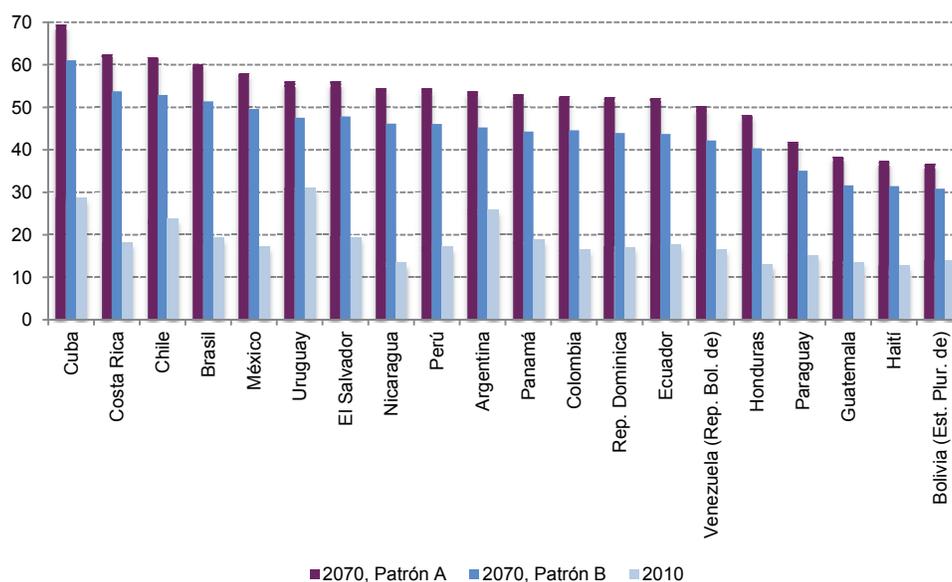
GRÁFICO 20
GASTO EN SALUD ANUAL PER CÁPITA EN PAÍSES DE RENTA ALTA
Y DE RENTA MEDIA, POR EDAD, ALREDEDOR DE 2010^a
(En porcentaje del PIB por persona en edad de trabajar)



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Cuentas Nacionales de Transferencias [base de datos en línea], www.ntaccounts.org.

^a En el grupo de países con renta alta se incluyó a Alemania, Austria, Eslovenia, España, los Estados Unidos, Francia, el Japón, la República de Corea y Suecia. En tanto, en el grupo de países de renta media se consideraron el Brasil, Chile, China, Colombia, Costa Rica, Filipinas, la India, Indonesia, Jamaica, México, el Perú, Tailandia y el Uruguay.

GRÁFICO 21
AMÉRICA LATINA: PROPORCIÓN DEL GASTO EN SALUD DEDICADA
A LAS PERSONAS MAYORES, 2010 Y 2070^a



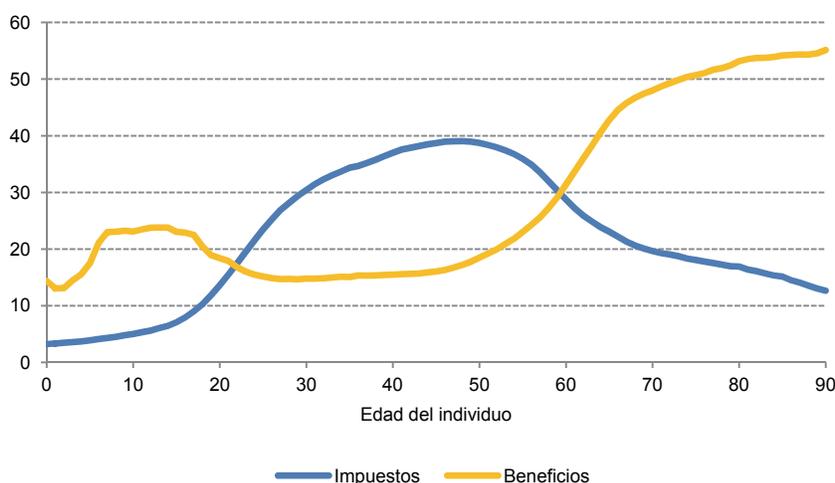
Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Cuentas Nacionales de Transferencias [base de datos en línea], www.ntaccounts.org.

^a El patrón A se basa en el patrón de gasto en atención de la salud observado en las economías de altos ingresos, mientras que el B considera el patrón de gasto observado en las economías de ingresos medios (véase el gráfico 20).

F. El surgimiento del Estado intergeneracional

Durante el siglo XX, el papel de los Estados en las economías industriales avanzadas experimentó una profunda transformación. Estos llegaron a asumir un papel central en la provisión de bienes y servicios a los niños, jóvenes y personas mayores, la que se realizó principalmente mediante tres programas sociales: educación, salud y pensiones. En 1870, estos programas representaban aproximadamente el 6% del gasto público en las economías industriales avanzadas; más de un siglo después, en 1995, constituían el 48% de los gastos estatales. Esta expansión del papel del Estado fue acompañada por una expansión de su tamaño: el gasto público cuadruplicó su peso en el PIB de las economías industrializadas, pasando del 11% en 1870 al 46% en 1995 (Miller, 2011). Esta transformación marcó el surgimiento del Estado intergeneracional en las economías industriales avanzadas: un Estado que ocupa una posición central en la economía (con un gasto que equivale a casi la mitad del PIB) y cuya función principal es proporcionar bienes y servicios a los niños, jóvenes y personas mayores (que representan alrededor de la mitad de sus gastos).

GRÁFICO 22
SECTOR PÚBLICO: TRANSFERENCIAS RECIBIDAS E IMPUESTOS
PAGADOS SEGÚN EDAD, ALREDEDOR DE 2010^a
(En porcentaje del ingreso laboral por persona de entre 30 y 49 años)



Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Cuenta Nacionales de Transferencias [base de datos en línea], www.ntaccounts.org.

^a Se trata de los promedios de los valores de 29 países del proyecto CNT: Alemania, Austria, Argentina, Brasil, Chile, China, Colombia, Costa Rica, Eslovenia, España, Estados Unidos, Filipinas, Finlandia, Hungría, India, Indonesia, Jamaica, Japón, México, Mozambique, Perú, Reino Unido, República de Corea, Senegal, Sudáfrica, Suecia, Tailandia, Taiwán (provincia de China) y Uruguay.

También es probable que los Estados intergeneracionales surjan entre las economías emergentes, debido a la fuerza motriz del envejecimiento de la población. Para entender las razones de este cambio, es útil tener en cuenta los perfiles de edad típicos de los beneficios públicos y los impuestos que se muestran en el gráfico 22. Estos perfiles son promedios basados en datos de 29 países del proyecto de CNT. Los jóvenes reciben beneficios públicos principalmente en la forma de educación —lo que es evidente en la meseta de los beneficios entre los de 6 y los 18 años de edad, los que corresponden a la enseñanza primaria y secundaria. De todos los grupos de edad, los adultos jóvenes reciben la menor cantidad de beneficios del Estado,

especialmente de los programas generales, como los servicios públicos y el transporte, que se distribuyen por igual entre todos los miembros de la población. Al envejecer los adultos, tienden a recibir más beneficios para la salud y pagos por discapacidad financiados con fondos públicos. Al alcanzar los 50 y 60 años se observan aumentos significativos de los beneficios públicos, debido a la percepción de prestaciones de pensiones y al aumento del uso de los servicios de salud estatales.

Como es evidente en el gráfico, el beneficio público per cápita recibido por las personas mayores es sustancialmente más alto que el percibido por los niños y jóvenes. A medida que las poblaciones envejecen y la proporción de personas de edad avanzada aumenta, los gobiernos se enfrentan a una demanda creciente de beneficios públicos. La información del gráfico 22 se basa en promedios, pero los datos de los distintos países presentados en el cuadro 1 confirman este hallazgo. En prácticamente todos ellos el beneficio público per cápita recibido por las personas mayores supera el percibido por los niños y jóvenes, a menudo en cantidades sustanciales (el cuadro está ordenado por el tamaño de esta relación). La mayoría de los países de América Latina se encuentra por encima de la mediana (de 2,2); el Brasil es el que tiene la relación más alta (el beneficio público per cápita recibido por las personas mayores es seis veces mayor que el de los niños y jóvenes). Las economías europeas se encuentran en la mitad de la clasificación (relaciones de gasto por adulto mayor de dos a tres veces mayores en comparación con el destinado a los niños y jóvenes). Las economías de Asia y África se sitúan cerca, gastando hasta dos veces más por persona mayor que en los niños y jóvenes. De hecho, hay cinco países en los que el beneficio público per cápita favorece a los niños y jóvenes más que a las personas mayores (tres países africanos y dos asiáticos). Pero el patrón que prevalece es aquel en el que los gobiernos favorecen a las personas mayores más que a los niños y jóvenes. Por lo tanto, se espera que el envejecimiento de la población conduzca a demandas crecientes para la mayoría de los gobiernos.

El impacto fiscal probable del envejecimiento de la población se vuelve evidente al observar el gráfico 22. En la etapa del bono demográfico, la población en edad de trabajar crece más rápido que la juvenil. Este cambio demográfico reduce la carga fiscal sobre los gobiernos de dos maneras: en primer lugar, aumenta la proporción de la población concentrada en la edad de trabajar, el principal grupo de contribuyentes en la economía. En segundo lugar, se reduce la proporción de niños, que son receptores netos de beneficios públicos. En los sistemas federales, como los del Brasil y los Estados Unidos, esta reducción de la carga es más notable en los gobiernos estatales y locales, que tradicionalmente han proporcionado la principal fuente de financiamiento para la educación pública. Esto no quiere decir que la reducción de la carga fiscal de un gobierno se traduzca en una reducción real de los impuestos. De hecho, en muchas economías que han experimentado un dividendo demográfico, la financiación de la educación pública se ha mantenido o aumentado debido a este bono, permitiendo ampliar la matrícula y realizar una mayor inversión por estudiante. El período de dividendo finalmente llega a su fin, ya que las poblaciones siguen envejeciendo y la proporción de personas mayores comienza a aumentar. Entonces, los gobiernos entran en una nueva era, en la que deberán enfrentar décadas de continuo aumento de las presiones fiscales derivadas del envejecimiento de la población.

Para evaluar estas presiones, se puede usar un índice llamado relación de apoyo fiscal, definido como la relación de los impuestos agregados con los beneficios agregados. En ausencia de endeudamiento gubernamental y del pago de deuda, esta relación sería de 1,00, con impuestos agregados iguales a los pagos de beneficios agregados. Como la población envejece, y el número de contribuyentes disminuye en relación con el número de beneficiarios de las transferencias públicas, la relación de apoyo fiscal disminuye. Esta disminución indica el tamaño relativo del alza de los impuestos o el recorte de los beneficios que es necesario para que el gobierno retorne a su posición fiscal inicial.

En el cuadro 2 se presentan las relaciones de apoyo fiscal de 20 economías que forman parte del proyecto CNT durante un período de 100 años (1950-2050). Las estimaciones se basan en los perfiles de edad de los beneficios públicos recibidos y los impuestos pagados, ambos per

cápita, por los individuos de cada economía en años recientes, junto con las estimaciones y proyecciones de la población por edad de 1950 a 2050. La relación de apoyo fiscal en el año base (2010) se establece en 1,00, lo que corresponde a una situación en la que los impuestos y los beneficios agregados son iguales. Detrás de estos cálculos está la suposición de que la forma de los perfiles por edad de los beneficios y los impuestos por persona permanecen fijos en el tiempo. En esta suposición, los beneficios y los impuestos agregados suben y bajan únicamente debido a cambios de la estructura por edad de la población. De esta manera, la necesidad de ajustes fiscales de los beneficios o impuestos puede derivarse directamente de los cambios en la relación de apoyo fiscal.

Las economías están clasificadas en el cuadro de acuerdo con la magnitud del ajuste fiscal necesario en respuesta al envejecimiento de la población. De todas las economías que participan del proyecto, se prevé que el impacto fiscal del envejecimiento de la población será más grave en el Brasil, puesto que ese envejecimiento, en combinación con sus políticas fiscales y de prestaciones actuales, conduciría a una disminución del 31% de la relación de apoyo fiscal en 2050. Entonces, el país tendría que reducir los beneficios públicos en un 31% antes de esa fecha o tendría que aumentar los impuestos en un 45%, o bien realizar alguna combinación de las dos medidas.

Pero el Brasil no es el único país que debe enfrentar estas crecientes presiones fiscales; en Europa, el rango de la disminución del apoyo fiscal se extiende desde el 28% en Eslovenia hasta el 14% en Suecia. La disminución de la relación de apoyo fiscal entre otros países de América Latina oscila entre el 28% en Chile y el 10% en el Uruguay. Estas cifras ponen en evidencia que el envejecimiento de la población es un fenómeno mundial y no se limita a Europa. Por lo tanto, no debe sorprender que se prevea que algunos de los impactos fiscales más severos del envejecimiento ocurran fuera de ese continente. Se espera que la relación de apoyo fiscal en los Estados Unidos disminuya en un 11% en 2050 —un poco menos que en Suecia y algo más que en el Uruguay. En Asia, las tres economías con los impactos fiscales previstos más severos son el Japón (un descenso del 26%), China y Corea del Sur (descensos del 20%).

Igualmente importante para varias de estas economías es que no solo la relación de apoyo fiscal se deteriorará rápidamente en el futuro, sino que este descenso representa una clara ruptura con lo ocurrido en las décadas pasadas, cuando la relación de apoyo fiscal se mantuvo estable o mejoró. Por ejemplo, en el Brasil, Chile, Eslovenia, España, China, Corea del Sur y los Estados Unidos se llegó al punto de presión fiscal mínima en la primera década del siglo XXI.

De manera realista, se puede esperar que el perfil etario de los beneficios públicos cambie con el tiempo, por ejemplo, con el aumento de la inversión en la educación de los niños y jóvenes y una mayor inversión en la atención de la salud de las personas mayores. Además, las reformas de las pensiones públicas hacia programas financiados, como las llevadas a cabo en Chile, Alemania y en otros países, darán lugar a un cambio significativo en la carga del envejecimiento de la población, que pasará de los gobiernos hacia las familias y los individuos. Estos datos del proyecto CNT se pueden combinar fácilmente con estos supuestos más realistas sobre el cambio de los beneficios públicos, con el propósito de producir previsiones fiscales a mediano y largo plazo para los gobiernos (véanse, por ejemplo, Miller, Mason y Holz, 2011, y Miller y Castanheira 2013). Estos modelos confirman la impresión de conjunto producida por las relaciones de apoyo fiscal: los Estados tienden a crecer más y hacer frente a una situación fiscal cada vez más difícil.

CUADRO 1
PROMEDIO DE BENEFICIOS PÚBLICOS RECIBIDOS POR LAS PERSONAS
JÓVENES Y LAS PERSONAS MAYORES, ALREDEDOR DE 2010

País	Beneficio público por persona joven (como promedio de los ingresos laborales de personas de 20 a 39 años)	Beneficio público por persona mayor (como promedio de los ingresos laborales de personas de 20 a 39 años)	Razón de beneficio entre personas jóvenes y personas mayores
Brasil	20	119	6,1
Perú	16	66	4,1
Alemania	22	82	3,8
Colombia	25	93	3,7
Chile	16	57	3,6
Costa Rica	16	54	3,4
Uruguay	20	65	3,3
Austria	27	81	3,0
España	17	50	3,0
Argentina	21	64	3,0
Suiza	37	110	3,0
Reino Unido	22	64	3,0
India	13	30	2,4
Estados Unidos	23	54	2,3
Japón	31	69	2,2
Hungría	29	63	2,1
Finlandia	37	80	2,1
Eslovenia	29	61	2,1
Filipinas	13	25	2,0
México	18	32	1,8
Sudáfrica	19	34	1,8
China	14	24	1,7
Taiwán (provincia China de)	23	32	1,4
Corea del Sur	21	26	1,2
Mozambique	11	9	0,9
Kenya	8	6	0,8
Senegal	9	7	0,7
Tailandia	18	13	0,7
Indonesia	12	7	0,6
Promedio	20	51	2,4

Fuente: Elaboración propia, sobre la base de Cuentas Nacionales de Transferencias [base de datos en línea], www.ntaccounts.org.

CUADRO 2
RELACIÓN DE APOYO FISCAL, 1950-2050

País	Relación de apoyo fiscal					Año en que la estructura etaria es más favorable
	1950	2010	2020	2030	2050	
Brasil	1,00	1,00	0,94	0,86	0,69	2000
Chile	0,94	1,00	0,93	0,83	0,72	2004
Eslovenia	1,01	1,00	0,91	0,81	0,72	2002
España	0,94	1,00	0,96	0,87	0,73	2010
Austria	1,08	1,00	0,93	0,83	0,74	1950
Japón	0,91	1,00	0,92	0,87	0,74	1976
Alemania	1,11	1,00	0,94	0,84	0,75	1950
Costa Rica	0,89	1,00	0,97	0,91	0,76	2012
Hungría	1,06	1,00	0,97	0,93	0,77	1950
Taiwán (provincia China de)	0,68	1,00	0,99	0,92	0,79	2014
China	0,93	1,00	0,94	0,87	0,80	2007
República de Corea	0,76	1,00	0,97	0,89	0,80	2008
Finlandia	1,08	1,00	0,92	0,87	0,83	1991
México	0,85	1,00	1,02	0,99	0,86	2019
Suecia	1,15	1,00	0,96	0,90	0,86	1950
Estados Unidos	0,99	1,00	0,96	0,92	0,89	2006
Uruguay	1,08	1,00	1,00	0,98	0,90	1959
Tailandia	0,66	1,00	1,04	1,04	1,04	2039
Indonesia	0,79	1,00	1,06	1,10	1,08	2033
Filipinas	0,87	1,00	1,06	1,11	1,16	2050

Fuente: T. Miller (2011), “The Rise of the Intergenerational State”, in R. Lee and A. Mason (eds.), *Population Aging and the Intergenerational Economy*, Edward Elgar, United Kingdom, 2011.

G. Las tres D: demografía, desigualdad y derechos

La persistente y profunda desigualdad, como principal y dolorosa característica de la región, está profusamente documentada en la producción cepalina y de otras instituciones académicas y de organismos internacionales vinculados a los temas del desarrollo. Las causas que subyacen a este fenómeno son numerosas y complejas, y hunden sus raíces en la historia latinoamericana, en su proceso poblacional y particularmente en su proceso económico, signado por la heterogeneidad estructural.

La desigualdad, que se expresa en numerosas dimensiones (socioeconómica, de género, étnico-racial, generacional y residencial, entre otras), es sobre todo la expresión cuantificada del incumplimiento de los derechos humanos de las personas y comunidades. Los titulares de estos derechos, cuya realización es impedida por distintos motivos (la discriminación por distintas causas, las condiciones económicas estructuralmente adversas para ciertos grupos, las diferentes razones que menoscaban el acceso a las oportunidades en el plano educativo y laboral), ven deterioradas sus condiciones de vida respecto de las de quienes sí los tienen garantizados.

La demografía influye en las posibilidades de realización de los derechos, pero su rol no es el determinante. Por el contrario, se podría sostener que los procesos demográficos son determinados en gran medida por la posibilidad de realizar los derechos. Cómo nacemos, morimos y migramos y qué tipo de arreglos familiares conformamos son determinados en gran medida por la posibilidad de ejercer derechos en distintos planos, por ejemplo, el derecho a acceder a un empleo decente, a contar con atención médica de calidad, acceder a sistemas

educativos o contar con información y medios adecuados para tomar decisiones en el plano reproductivo. Pero ignorar la importancia del estatus demográfico y su cambio a la hora de pensar e implementar las estrategias de políticas públicas que busquen mejorar el bienestar y lograr la realización plena de las personas conduce con certeza a la ineficacia e ineficiencia de esas políticas. La situación demográfica es en gran medida la consecuencia de la acumulación de esas estrategias políticas y al mismo tiempo determina en gran medida cuáles deben tomarse, así como su éxito o fracaso.

En este documento se pretende advertir sobre el profundo cambio demográfico estructural que está experimentando la región. Los principales componentes de este cambio son: i) la desaceleración del crecimiento demográfico; ii) la veloz urbanización, y iii) la rápida transformación de la estructura por edad de la población, que implica el pasaje de sociedades juveniles hacia sociedades envejecidas. Lo anterior no obvia otros procesos y transformaciones en curso muy importantes, algunas de ellas aún de profundidad o velocidad de ocurrencia imprevisibles, como el avance de la segunda transición demográfica o la evolución de la migración internacional. Son tiempos complejos para quienes deben tomar decisiones y asignar recursos públicos; mientras aún se está lidiando con los desafíos generados por las etapas del importante crecimiento de la población y con transiciones demográficas en curso y en diferentes etapas, ya están presentes en el horizonte de las decisiones a tomar los desafíos de la nueva era demográfica, pues de estas decisiones sobre políticas públicas —que deben adoptarse ahora, y cuyos costos son actuales y se han identificado— depende que estén dadas las condiciones futuras para la realización de los derechos humanos y el avance en el plano de la igualdad.

La etapa del bono demográfico significa un respiro para las arcas públicas, presionadas por la demanda de infraestructura y servicios públicos básicos que generaban las sucesivas cohortes crecientes en número. La tendencia al menor crecimiento de la población y a la igualación del tamaño de las generaciones permite mejorar la calidad de esa infraestructura y servicios y atacar de manera directa la indigencia y la pobreza sin disminuir el volumen de los recursos asignados. Con el paso del tiempo, el desafío se va trasladando de la extensión de la cobertura (desafío aún presente, por cierto) a la mejora y la homogeneidad de su calidad. Pero en la génesis del proceso que produce el bono demográfico también se encuentra el desafío que sigue: lograr la igualdad en el ejercicio de los derechos en sociedades envejecidas¹¹.

Como ya se ha visto en los apartados anteriores, el envejecimiento presionará de manera intensa el financiamiento de al menos tres sistemas nacionales: el de jubilaciones y pensiones, el de salud y el de cuidados. En algunos países de la región donde la transición demográfica ha avanzado antes que en el resto, estos ya no son desafíos del futuro sino que están presentes en las agendas políticas actuales. En ocasiones, con cierta ingenuidad o desconocimiento respecto de la fuerza de las tendencias demográficas, la respuesta política ha sido intentar soluciones de corto plazo buscando revertirlas. Un ejemplo en este sentido es el de la percepción y respuesta inicial que muchas veces se intentó implementar frente al proceso de urbanización, tanto en nuestra región como en otras partes del planeta. Sin evidencia suficiente, la migración rural-urbana y el crecimiento de las ciudades fueron vistos en ocasiones con malos ojos, intentando detener el proceso sin implementar las inversiones y medidas de adaptación necesarias para una situación que había sido proyectada con anticipación, la de una región y un mundo mayoritariamente urbanos. Esta posición ignoraba tanto el hecho de estar frente a un proceso global de gran alcance (la segunda ola de urbanización) como los beneficios que esta urbanización implicaba y los costos

¹¹ Es en el escenario signado por esta preocupación que los países de la región, reunidos en la tercera Conferencia regional intergubernamental sobre envejecimiento, aprobaron la Carta de San José sobre los derechos de las personas mayores de América Latina y el Caribe, en la que reafirmaron su compromiso de “no escatimar esfuerzos para promover y proteger los derechos humanos y las libertades fundamentales de todas las personas mayores, trabajar en la erradicación de todas las formas de discriminación y violencia y crear redes de protección de las personas mayores para hacer efectivos sus derechos” (CEPAL, 2012).

de negarse a invertir en el momento oportuno para evitar las externalidades negativas del crecimiento urbano. Los resultados de este tipo de reacción —o para ser más precisos, la ausencia de esa reacción— son conocidos y han sido bien documentados: generación de pobreza y desigualdad y falta de ejercicio de derechos, en particular por parte de la población migrante interna. En lugar de negarse y oponerse sin fundamentos científicos, los procesos de ordenamiento territorial adecuados, la planificación urbana y las inversiones oportunas podrían haber evitado o al menos mitigado algunos de los aspectos negativos de la rápida urbanización en la región.

Algo similar ocurre con el envejecimiento, que muchas veces es percibido como algo negativo y no como lo que efectivamente es: el resultado del mejoramiento de las condiciones de vida de la población y del ejercicio de sus derechos. Intentar detener el envejecimiento es tan equivocado como inútil; la tendencia es global e irreversible, por lo que es mucho más correcto e inteligente (y menos costoso) generar hoy los escenarios para garantizar mejores condiciones para cuando arriben grandes contingentes de personas mayores a las poblaciones de los países de la región, lo que de hecho ya está comenzando a ocurrir.

Ante la rigidez de la redistribución del gasto público social y la posible antipatía que la opinión pública pueda expresar ante algunas de las medidas de políticas públicas necesarias para enfrentar los desafíos del envejecimiento¹² aparece la tentación de “soluciones demográficas”, por ejemplo, por medio del incremento de la natalidad o del fomento de la inmigración. En el primer caso, las medidas natalistas no solamente son incompatibles con un enfoque moderno de derechos, sino que obvian razones más profundas del cambio del comportamiento reproductivo. En todo caso, los objetivos de las políticas de población no deberían concentrarse en fijar un determinado nivel de su tamaño, sino en garantizar las condiciones para que los derechos sexuales y reproductivos sean respetados. Incluso desde una mirada puramente económica, de no revertirse los desiguales roles tradicionales de género que sobrecargan a las mujeres con tareas de cuidado, las medidas de carácter natalista actuarían disminuyendo la participación femenina en el mercado de trabajo y, por lo tanto, en sentido inverso al objetivo buscado, y esto en el muy hipotético caso que lograran aumentar la fecundidad. La inmigración, como otra “solución demográfica”, no es sostenible en el mediano y largo plazo, aunque la apertura de las fronteras de los países a los inmigrantes, garantizando su libre movilidad y el ejercicio de derechos en igualdad, es conceptualmente deseable. Pero como elemento rejuvenecedor de la pirámide de la población, la inmigración debiera ser muy significativa en número, creciente y prolongada continuamente en el tiempo para tener efectos duraderos relevantes. Y por otra parte, el planeta entero avanza firmemente en dirección al envejecimiento. Aunque positiva por varios motivos —dinamización de los mercados de trabajo, promoción de la diversidad cultural en los países de recepción—, no parece razonable que esta sea la principal estrategia para enfrentar las presiones financieras que provoca el envejecimiento.

La solución sostenible de largo aliento pasa necesariamente por asumir que la productividad de las futuras generaciones de trabajadores debe incrementarse, y esto es en gran medida resultado de la inversión actual que se realice en educación —particularmente la inversión en los sistemas educativos de niños y jóvenes, extendiendo la cobertura, añadiendo años de escolarización y mejorando su calidad— y en la capacitación para el empleo. Otro importante pilar para enfrentar la presión fiscal que generará el envejecimiento sobre el gasto en salud pasa por el desarrollo de políticas preventivas con un enfoque de ciclo de vida. Un mecanismo de reducción de esa presión consiste en acompasar el crecimiento de la esperanza de vida con buena salud y el incremento proyectado de la longevidad, lo que implica adoptar un cambio de paradigma desde sistemas basados en la atención hacia sistemas enfocados en la prevención. Por

¹² Algunas de estas medidas tienen costos que pagan hoy aportantes claramente identificados, mientras que los beneficios se recibirán en el futuro y la percepción ciudadana sobre quiénes serán los beneficiarios es difusa.

lo tanto, la preparación para una vida adulta más saludable (y por ende menos costosa) debería iniciarse desde el mismo nacimiento y debe continuar, con las especificidades propias de cada momento del ciclo de vida. La consideración de los aspectos vinculados a la salud sexual y reproductiva tiene un rol muy relevante en este sentido, y es particularmente importante realizar las inversiones necesarias para garantizar el ejercicio de los derechos asociados con las etapas de la adolescencia y la juventud. Al mismo tiempo que un desafío, la ineludible presión financiera sobre los sistemas nacionales de salud supone una oportunidad de reformular sus diseños, no solo para garantizar su sostenibilidad, también para avanzar en el logro de la igualdad.

El arribo masivo de grandes contingentes de personas mayores también catalizará la necesidad de implementar sistemas nacionales de cuidados e implicará por lo tanto otro desafío: su financiamiento. La fundamentación sobre la necesidad de establecer estos sistemas de cuidado reposa, entre otros argumentos, en la inaceptable desigualdad de género en la distribución de los cuidados de niños, personas con discapacidad y personas mayores, que es asumido en forma desproporcionada por las mujeres latinoamericanas y es por lo tanto fuente de otras desigualdades. A este argumento, de por sí suficiente, debe sumarse uno que genera otra forma inaceptable de desigualdad: ante el esperado envejecimiento masivo que ocurrirá en el futuro, la ausencia de sistemas de cuidado implicaría situaciones de desigualdad en la dignidad y la esperanza de vida de las personas mayores, dependiendo de si cuentan o no con familiares con recursos económicos y disposición a transferirlos privadamente. La transición demográfica no solo ha transcurrido de forma heterogénea entre los países, sino también dentro de ellos. Como producto de esta heterogeneidad, han envejecido antes los sectores más pudientes de la población latinoamericana, que han hecho frente a las necesidades crecientes de cuidado tanto a través de una desigual distribución de responsabilidades entre hombres y mujeres como mediante soluciones “de bolsillo”, accediendo a servicios de cuidado en el mercado. La convergencia del comportamiento demográfico supone que ahora envejecerán también aquellos sectores de la población que no disponen de recursos para este tipo de soluciones, por lo que las alternativas son sobrecargar aún más a las mujeres —con el consiguiente agravamiento de la desigualdad de género asociada— o establecer una inaceptable diferencia en las condiciones y las esperanzas de vida entre quienes cuentan con recursos económicos y pueden recurrir a la solidaridad intrafamiliar, por lo que los pobres tendrían una vejez menos prolongada y en peores condiciones.

En resumen, la lucha contra la desigualdad que está presente en el panorama social de América Latina y el Caribe, así como los desafíos que surjan de este proceso como consecuencia de las profundas transformaciones demográficas que se avecinan, debe centrarse principalmente en políticas públicas (de ordenamiento y planificación territorial, educativas, sanitarias y sociales en su conjunto) que consideren las tendencias de estas transformaciones, que dirijan la inversión de manera oportuna para evitar generar desigualdades futuras, y que no pretendan influir en la demografía desde una perspectiva que no considere el enfoque de derechos o que niegue la fortaleza que subyace a esas transformaciones.

III. Conclusiones

Los elementos del cambio demográfico estructural y los desafíos y oportunidades que genera, en clave de realización de derechos humanos y de lucha contra la desigualdad

En el período que va desde 1950 a 2100 América Latina y el Caribe experimentará un profundo cambio demográfico, de carácter estructural. La transición demográfica se inicia en distintos momentos y ocurre a diferentes velocidades entre los países y dentro de ellos, convergiendo hacia un régimen demográfico similar, en un proceso que se produce a escala global.

Como producto de lo anterior, el ritmo del crecimiento demográfico pasa de altos a bajos valores de la tasa de crecimiento natural, aunque al mismo tiempo se observa un importante incremento del volumen poblacional. En el siglo que va desde 1950 hasta 2050 la población aumentará en 562 millones de personas (pasando de 161 a 723 millones); un 27% de ese aumento ocurrió en el primer cuarto de siglo, un 35% entre 1975 y 2000, y el restante 38% tomará medio siglo más. Entre 2015 y 2050 la población se incrementará en 117 millones (21% de la variación total).

Durante las primeras décadas de este período la región adquirió una fisonomía urbana, principal rasgo del poderoso proceso de redistribución espacial de la población, que se ha venido acentuando y generalizando. Otras características del cambio han sido el comienzo de la ocupación de espacios vacíos o áreas más interiores del territorio —en relación con lo que ocurría al inicio del asentamiento, cuando se prefería la franja litoral— y una diversificación significativa del espacio urbano, aunque su estructura difiere entre los países, con redes complejas y numerosas en unos y con una o pocas ciudades relevantes en otros (CEPAL, 2009).

El siglo XX ha sido el del crecimiento de la población regional, mientras que el siglo XXI será el de su envejecimiento. El avance de la transición demográfica implica no solamente el enlentecimiento del ritmo de crecimiento, también una profunda transformación de la estructura por edad de la población regional. América Latina y el Caribe pasa sucesivamente, y en períodos cada vez más cortos, de sociedades juveniles a sociedades adultas y posteriormente a sociedades envejecidas. Los países de la región, en distintos momentos y con diferentes duraciones, ingresan a la fase del bono demográfico, período en el que mejora la relación entre las personas en edades potencialmente dependientes y aquellas en edad de trabajar. Con el transcurso del tiempo la

disminución de la fecundidad, combinada con el incremento de la esperanza de vida, envejecen la estructura etaria de la población, de tal manera que el ingreso de las cohortes a las edades avanzadas supera el efecto de la menor cantidad de niños, comenzando a desmejorar la relación de dependencia y dando inicio a la etapa del impuesto demográfico.

El cambio demográfico se procesa en un contexto regional caracterizado por una persistente desigualdad, expresada como una no realización de los derechos humanos en diferentes dimensiones. La convergencia demográfica proyectada no implica la desaparición de la desigualdad, aunque pueden variar sus expresiones. Las causas que determinan la no realización de los derechos humanos, y que son generadoras de desigualdad, son afectadas por el proceso demográfico. Así, tanto el volumen de la población como la intensidad de su crecimiento, los rasgos de la urbanización y las estructuras por edades predominantes, generan contextos y condiciones que facilitan o dificultan la implementación de estrategias contra la desigualdad. Las sociedades (juveniles, adultas o envejecidas) tienen desafíos comunes, pero también algunos específicos. América Latina y el Caribe atraviesa actualmente una etapa singular, en la que se solapan desafíos generados en las primeras fases de la transición demográfica con los propios de transiciones avanzadas. El contexto demográfico de trasfondo de las decisiones de políticas públicas indica que la región se beneficia actualmente, y por cierto espacio temporal, de las ventajas potenciales del bono demográfico. Esta es una gran oportunidad para avanzar en el campo de la igualdad. Al mismo tiempo, ya se avizora la siguiente etapa, la del impuesto demográfico, en la que el envejecimiento provocará presiones fiscales para sostener al menos tres sistemas: el de retiro, el de salud y el de cuidados. En cualquiera de los tres casos, las proyecciones de mediano y largo plazo advierten sobre la necesidad de implementar desde ya acciones y medidas para evitar que en el futuro se deterioren las condiciones de vida de las personas mayores y se generen situaciones de desigualdad catalizadas por la nueva realidad demográfica. ¿Se fortalecerá la reproducción de la desigualdad en estas sociedades? Las políticas económicas que a menudo se citan como respuestas a los efectos del envejecimiento de la población sobre el crecimiento económico—aumentar la oferta de trabajo (promoción de una mayor participación de las mujeres en la fuerza laboral, retraso de la edad de jubilación, aumento de la inmigración y la migración de retorno), impulsar la productividad del trabajo (aumento de la inversión educativa en la juventud), incrementar el ahorro (mediante cambios en los sistemas de pensiones)— son todas medidas que, dependiendo de su diseño, pueden tener un impacto importante en la lucha contra la desigualdad.

Las soluciones “estrictamente demográficas” para intentar retrasar el envejecimiento no son viables, tanto porque no se condicen con una visión moderna de derechos (en el caso de las políticas pro natalistas) como porque sus efectos no son sostenibles en el mediano y largo plazo (en el caso del fomento de la inmigración). La clave está en la planificación de largo plazo y el desarrollo de políticas públicas que interpreten los procesos demográficos. Para visualizar la verdadera magnitud de estos problemas y revelar el importante papel de los cambios demográficos en las economías es necesario adoptar entonces una perspectiva de largo plazo, diferente de la que habitualmente prima en las administraciones de gobierno, dados los tiempos con que cuentan para lograr resultados en sus gestiones. Esa postura implicará brindar la atención apropiada a decisiones de inversión que generan beneficios muchas décadas después de ocurrida esa inversión inicial (como en la educación, o en la promoción de iniciativas políticas novedosas, como los sistemas nacionales de cuidado), y permitirá un enfoque gradualista que evite respuestas políticas draconianas cuando se produzcan las crisis. Una de las mejores maneras de adoptar esta perspectiva de largo aliento es que los gobiernos desarrollen instrumentos para examinar el impacto fiscal y económico del cambio de la población. Muchos gobiernos emiten rutinariamente tales pronósticos para la sostenibilidad de sus sistemas públicos de pensiones. Este es un primer paso importante hacia el entendimiento de los efectos futuros del envejecimiento. Pero ese proceso de envejecimiento no solo afectará la sostenibilidad del sistema público de pensiones, también incidirá en el carácter redistributivo del sistema, y por lo tanto va a tener implicaciones

significativas en la desigualdad. Sin embargo, estas proyecciones rara vez incluyen evaluaciones de su impacto sobre ese aspecto. Otro paso importante reside en observar el impacto del envejecimiento de la población sobre el bienestar de las personas, en lugar de centrarse únicamente en la sostenibilidad de los programas de gobierno. Es importante comprender los desafíos del envejecimiento desde esta perspectiva más amplia: el análisis de su impacto en las personas, las familias, los mercados y el gobierno. De lo contrario se corre un gran riesgo, y es que el enfoque únicamente limitado a la sostenibilidad de los programas de gobierno se traducirá en políticas que propondrán “resolver” los desafíos del envejecimiento mediante el traslado de la carga de los gobiernos a las personas y las familias.

Para ello es clave realizar ejercicios prospectivos multidisciplinarios, formulando proyecciones demográficas adecuadas que los sustenten. En este sentido, además de la necesaria generación de información a nivel subnacional —pues la desigualdad dentro de los países es uno de los principales obstáculos a superar—, es preciso proyectar incorporando nuevos enfoques metodológicos, adecuados para brindar información relevante. Uno de los principales logros de la economía del siglo XX fue el desarrollo de las cuentas nacionales, un instrumento estandarizado e internacional para medir la actividad económica. Prácticamente todos los países del mundo han implementado este instrumento, la mayoría utilizando el Sistema de Cuentas Nacionales (SCN) de las Naciones Unidas (Comisión Europea y otros, 2009). Pero muchos desafíos de política del siglo XXI —entre ellos, la reducción de la desigualdad— se centran en las interacciones económicas entre los grupos de población dentro de una economía nacional: entre los niños y las personas mayores, hombres y mujeres, ricos y pobres. Hasta hace poco no había una metodología estandarizada y reconocida internacionalmente para la medición de los flujos de recursos entre grupos de edad dentro de una economía nacional. Las Naciones Unidas han publicado recientemente un manual que describe la forma de contabilizar estos flujos intergeneracionales en una forma consistente en todos los países (United Nations, 2013b). Este nuevo sistema de contabilidad (las cuentas nacionales de transferencias) se está aplicando en 46 países, 11 de ellos de la región. Así, se dispone por primera vez de un panorama completo de la desigualdad entre los grupos de edad dentro de un país mediante una contabilidad completa de todos los flujos económicos: el consumo (de bienes y servicios, tanto públicos como privados), los ingresos laborales, los ahorros, los ingresos de activos, los impuestos, los beneficios públicos y las transferencias familiares. Además, se cuenta con un cuadro completo del rol de todas las instituciones en la definición de estos flujos: los gobiernos, las familias y los mercados. Estos datos son útiles para dos propósitos: en primer lugar, sirven para hacer comparaciones internacionales sobre el bienestar de los niños, los jóvenes y las personas mayores en las diferentes sociedades, con el fin de comprender mejor la función de los gobiernos, las familias, los mercados y los individuos en el logro del bienestar a lo largo de la vida de las personas. En segundo lugar, cuando se combinan con las proyecciones de población, ofrecen una evaluación del impacto económico a largo plazo del envejecimiento.

En resumen, la situación demográfica futura de la región ofrece tanto oportunidades como desafíos vinculados a la lucha contra la desigualdad; para aprovechar las primeras y enfrentar los segundos, es necesario implementar acciones inmediatas y estrategias de largo plazo. Estas pasan principalmente por dirigir las posibilidades de inversión que genera la actual etapa del bono demográfico, antes de que termine, hacia los destinos que producirán soluciones en el futuro: la educación y la salud, particularmente de los niños, los adolescentes, los jóvenes y las mujeres, con lo que el aprovechamiento del bono de género produciría efectos sinérgicos con el demográfico en la lucha contra la desigualdad. Las capacidades para insertarse en el mercado laboral de quienes están ahora en edad de trabajar fueron en gran medida el resultado de la inversión en educación realizada en el pasado —un razonamiento que puede aplicarse también en el caso de la inversión en salud para la población de distintas edades, particularmente las avanzadas. Con el tiempo se observarán los retornos de las inversiones realizadas en estos ámbitos en las décadas pasadas más recientes, materializados en trabajadores cada vez más

capacitados y personas más saludables. Esos retornos futuros y los éxitos en la lucha contra la desigualdad dependerán en gran medida de mantener e incrementar ese esfuerzo de inversión.

Bibliografía

- Bloom, D.; D. Canning y J. Sevilla (2003), *The demographic dividend: a new perspective on the economic consequences of population change*, RAND Population Matters Program, N° MR-1274, Santa Monica, California.
- CELADE-CEPAL (Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía-División de Población de la CEPAL) (2013), “Estimaciones y proyecciones de población a largo plazo, 1950-2100, revisión 2013”, Santiago.
- _____ (2012), *Población, territorio y desarrollo sostenible* [LC/L.3474(CEP.2/3)], Santiago, CEPAL.
- CEPAL (2013a), “Consenso de Montevideo sobre Población y Desarrollo” (LC/L.3697), Santiago de Chile, 5 de septiembre.
- _____ (2013b), *Panorama Social de América Latina 2013* (LC/G.2580), Santiago.
- _____ (2010), *Carta de San José sobre los derechos de las personas mayores de América Latina y el Caribe* (LC/G.2537), adoptada en la tercera Conferencia regional intergubernamental sobre envejecimiento en América Latina y el Caribe, San José de Costa Rica, 8 al 11 de mayo.
- _____ (2010), *Población y Salud en América Latina y el Caribe: retos pendientes y nuevos desafíos* (LC/L.3216), documento del Comité Especial de la CEPAL sobre Población y Desarrollo, Santiago, 12 al 14 de mayo.
- _____ (2009), *Panorama Social de América Latina 2008* (LC/G.2402-P/E), Santiago.
- Clements, Benedict J.; D. Coady; F. Eich; S. Gupta; A. Kangur; B. Shang y M. Soto (2013), *The Challenge of Public Pension Reform in Advanced and Emerging Economies*, Occasional Paper N° 275, International Monetary Fund.
- Comisión Europea, Fondo Monetario Internacional, Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, Naciones Unidas y Banco Mundial (2009), *Sistema de Cuentas Nacionales 2008*, [en línea] <http://www.cepal.org/cgi-bin/getProd.asp?xml=/deype/publicaciones/externas/1/50101/P50101.xml&xsl=/deype/tpl/p54f.xsl&base=/deype/tpl/top-bottom.xsl>.
- Donehower, G. (2013), “Incorporating Gender and Time Use into NTA: National Time Transfer Accounts Methodology”, Manuscript, University of California at Berkeley, [en línea], <<http://www.ntaccounts.org>>.
- Hakkert, R.; J. M. Guzmán; M. Herrmann y D. Schensul (2012), *Impacts of population dynamics, reproductive health, and gender on poverty*, UNFPA.
- Johansson, Å.; Y. Guillemette; F. Murtin; D. Turner; G. Nicoletti; C. de la Maisonneuve; P. Bagnoli; G. Bousquet y F. Spinelli (2013), *Long-term Growth Scenarios* [ECO/WKP(2012)77], Economic Department Working Papers, N° 1000, OECD.
- Lee, R.; A. Mason and the members of the NTA Network (2014), “Is low fertility really a problem? Population aging, dependency, and consumption”, *Science*, 10, October 2014: Vol. 346, no. 6206, pp. 229-234.

- Martínez, C.; T. Miller y P. Saad (2013), *Participación laboral femenina y bono de género en América Latina*, Documento de proyecto (LC/W.570), Santiago, CEPAL.
- Martínez, J., V. Cano y M. Soffia (2014), *Tendencias y patrones de la migración latinoamericana y caribeña hacia 2010 y desafíos de agenda*, serie *Población y Desarrollo* N° 109, Santiago, CEPAL, en prensa.
- Miller, T. (2011), “The Rise of the Intergenerational State”, in R. Lee and A. Mason (eds.), *Population Aging and the Intergenerational Economy*, United Kingdom, Edward Elgar.
- Miller, T. y H. C. Castanheira (2013), “The fiscal impact of population aging in Brazil: 2005-2050”, *Revista Brasileira de Estudos de População*, Vol. 30, N° 2.
- Miller, T.; C. Mason y M. Holz (2011), “The fiscal impact of demographic change in ten Latin American countries: Projecting public expenditures in education, health, and pensions”, in D. Cotlear (ed.), *Population aging: Is Latin America ready?*, Washington, DC, World Bank.
- Miller, T.; P. Saad y M. Holz (2014), “National Inequality Accounts: The case of Chile”, Forthcoming issue of *Policy in Focus* from the International Policy Center for Inclusive Growth.
- Saad, P.; T. Miller; C. Martínez y M. Holz (2009), *Juventud y bono demográfico en Iberoamérica*, Santiago, CELADE-CEPAL y OIJ.
- United Nations (2014), *World Urbanization Prospects: The 2014 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York.
- _____ (2013a), *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York.
- _____ (2013b), *National Transfer Accounts Manual: Measuring and Analyzing the Generational Economy* (E.13.XIII.6), New York.
- Wong, L. R. y J. A. Carvalho (2006), “Age-structural transition in Brazil: demographic bonuses and emerging challenges”, en I. Pool y L. R. Wong (eds.), *Age-Structural Transitions: Challenges for Development*, París, Committee for International Cooperation in National Research Demography (CICRED).

Anexo

CUADRO A.1
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE, HITOS DEMOGRÁFICOS:
EL FIN DE LA SOCIEDAD JUVENIL

Antes de 2015	
Barbados	1987
Cuba	1989
Bahamas	2009
Chile	2011
Costa Rica	2011
Brasil	2012
2015 - 2039	
Santa Lucía	2017
San Vicente y las Granadinas	2020
Uruguay	2020
Antigua y Barbuda	2023
México	2026
Suriname	2028
Colombia	2031
Trinidad y Tabago	2031
Argentina	2033
Perú	2034
Venezuela (República Bolivariana de)	2036
Granada	2039
2040 - 2069	
Nicaragua	2040
Panamá	2040
República Dominicana	2041
Ecuador	2042
El Salvador	2043
Jamaica	2043
Belice	2046
Honduras	2051
Paraguay	2058
Guyana	2059
Haití	2060
Bolivia (Estado Plurinacional de)	2069
2070 y después	
Guatemala	2080

Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013.

CUADRO A.2
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE, HITOS DEMOGRÁFICOS:
EL COMIENZO DE LA ECONOMÍA ENVEJECIDA

2015 - 2039	
Cuba	2020
Barbados	2031
Chile	2032
Costa Rica	2039
Trinidad y Tabago	2039
Uruguay	2039
2040 - 2069	
Brasil	2041
Bahamas	2042
Santa Lucía	2042
Antigua y Barbuda	2045
México	2046
Argentina	2048
San Vicente y las Granadinas	2048
Granada	2050
Jamaica	2050
Colombia	2052
Panamá	2053
Perú	2053
Suriname	2055
República Dominicana	2056
El Salvador	2056
Nicaragua	2056
Ecuador	2057
Venezuela (República Bolivariana de)	2057
Belice	2062
Honduras	2066
2070 y después	
Guyana	2072
Paraguay	2078
Guatemala	2086
Haití	2086
Bolivia (Estado Plurinacional de)	2091

Fuente: Elaboración propia, sobre la base de R. Lee y A. Mason, "National Transfer Accounts", University of California at Berkeley and the East-West Center, 2014, y United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013.

CUADRO A.3
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE, HITOS DEMOGRÁFICOS:
LA MAYOR COHORTE DE NACIMIENTO

Antes de 2015	
Barbados	1950 - 1955
Granada	1955 - 1960
Santa Lucía	1955 - 1960
Chile	1960 - 1965
Cuba	1960 - 1965
Jamaica	1960 - 1965
San Vicente y las Granadinas	1960 - 1965
Antigua y Barbuda	1965 - 1970
Suriname	1965 - 1970
Uruguay	1970 - 1975
El Salvador	1975 - 1980
Guyana	1975 - 1980
Brasil	1980 - 1985
Trinidad y Tabago	1980 - 1985
Costa Rica	1985 - 1990
Argentina	1990 - 1995
Bahamas	1990 - 1995
Nicaragua	1990 - 1995
Perú	1990 - 1995
Haití	1995 - 2000
México	1995 - 2000
Colombia	2005 - 2010
República Dominicana	2005 - 2010
Ecuador	2010 - 2015
Venezuela (República Bolivariana de)	2010 - 2015
2015 - 2039	
Honduras	2015 - 2020
Paraguay	2020 - 2025
Bolivia (Estado Plurinacional de)	2025 - 2030
Belice	2025 - 2030
Panamá	2025 - 2030
2040 - 2069	
Guatemala	2050 - 2055

Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013.

CUADRO A.4
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE, HITOS DEMOGRÁFICOS:
EL FIN DEL CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN

Antes de 2015	
Cuba	2007
2015 - 2039	
Trinidad y Tabago	2018
Granada	2023
Jamaica	2032
Guyana	2034
2040 - 2069	
El Salvador	2041
San Vicente y las Granadinas	2044
Santa Lucía	2045
Uruguay	2046
Brasil	2048
Chile	2052
Costa Rica	2054
Suriname	2055
México	2057
República Dominicana	2061
Colombia	2065
Nicaragua	2066
Perú	2067
Argentina	2068
2070 y después	
Venezuela (República Bolivariana de)	2073
Antigua y Barbuda	2074
Bahamas	2074
Barbados	2075
Haití	2075
Ecuador	2080
Panamá	2087
Honduras	2091
Belice	2093
Paraguay	2093
Bolivia (Estado Plurinacional de)	> 2100
Guatemala	> 2100

Fuente: Elaboración propia, sobre la base de United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013.

CUADRO A.5
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE, HITOS DEMOGRÁFICOS: RESUMEN POR PAÍS

País	Fin de la sociedad juvenil	Comienzo de la economía envejecida	Mayor cohorte de nacimiento	Fin del crecimiento de la población
Antigua y Barbuda	2023	2045	1965 - 1970	2074
Argentina	2033	2048	1990 - 1995	2068
Bahamas	2009	2042	1990 - 1995	2074
Barbados	1987	2031	1950 - 1955	2075
Belice	2046	2062	2025 - 2030	2093
Bolivia (Estado Plurinacional de)	2069	2091	2025 - 2030	2100
Brasil	2012	2041	1980 - 1985	2048
Chile	2011	2032	1960 - 1965	2052
Colombia	2031	2052	2005 - 2010	2065
Costa Rica	2011	2039	1985 - 1990	2054
Cuba	1989	2020	1960 - 1965	2007
República Dominicana	2041	2056	2005 - 2010	2061
Ecuador	2042	2057	2010 - 2015	2080
El Salvador	2043	2056	1975 - 1980	2041
Granada	2039	2050	1955 - 1960	2023
Guatemala	2080	2086	2050 - 2055	2100
Guyana	2059	2072	1975 - 1980	2034
Haití	2060	2086	1995 - 2000	2075
Honduras	2051	2066	2015 - 2020	2091
Jamaica	2043	2050	1960 - 1965	2032
México	2026	2046	1995 - 2000	2057
Nicaragua	2040	2056	1990 - 1995	2066
Panamá	2040	2053	2025 - 2030	2087
Paraguay	2058	2078	2020 - 2025	2093
Perú	2034	2053	1990 - 1995	2067
Santa Lucía	2017	2042	1955 - 1960	2045
San Vicente y las Granadinas	2020	2048	1960 - 1965	2044
Suriname	2028	2055	1965 - 1970	2055
Trinidad y Tabago	2031	2039	1980 - 1985	2018
Uruguay	2020	2039	1970 - 1975	2046
Venezuela (República Bolivariana de)	2036	2057	2010 - 2015	2073

Fuente: Elaboración propia, sobre la base de R. Lee y A. Mason, "National Transfer Accounts", University of California at Berkeley and the East-West Center, 2014, y United Nations, *World Population Prospects: The 2012 Revision*, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, New York, 2013.

